

DUANE ELMER

author of *Cross-Cultural Conflict*

SERVICIO TRANSCULTURAL



Serving the World

in Christlike Humility



Servicio intercultural

Servir al mundo con humildad cristiana

Duane Elmer

www.ivpress.com/books

InterVarsity Press

P.O. Box 1400

Downers Grove, IL 60515-1426

World Wide Web: www.ivpress.com

Correo electrónico: email@ivpress.com

© 2006 por Duane Elmer

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro sin la autorización por escrito de InterVarsity Press.

InterVarsity Press® es la división editorial de InterVarsity Christian Fellowship/USA®, un movimiento de estudiantes y profesores activos en cientos de universidades, facultades y escuelas de enfermería en los Estados Unidos de América, y miembro de la International Fellowship of Evangelical Students. Para obtener información sobre actividades locales y regionales, escriba al Departamento de Relaciones Públicas de InterVarsity Christian Fellowship/USA, 6400 Schroeder Rd., PO Box 7895, Madison, WI 53707-7895, o visite el sitio web de IVCF en www.intervarsity.org.

Todas las citas bíblicas, salvo que se indique lo contrario, provienen de la Santa Biblia, Nueva Versión Internacional® (NVI®). Copyright © 1973, 1978, 1984 por la Sociedad Bíblica Internacional. Usado con permiso de Zondervan Publishing House. Todos los derechos reservados.

Diseño: Cindy Kiple

Imagen: Mel Curtis/Photodisc

ISBN 978-0-8308-7483-5 (digital)

ISBN 978-0-8308-3378-8 (impreso)

A cinco

Quien me sirvió a mí y a su mundo

Cada uno de manera diferente, distintiva y
maravillosa: Bob, Chuck, Dave, Don, Wayne

Gracias

Y a mi esposa, Muriel, mi amada, admirable
en su servicio a todos.

Contenido

Primera parte: El servicio: perspectivas básicas	page 8
1: El servicio: su carga y su desafío	page 9
2: El servicio: Elegir entre la toalla o la bata	page 20
3: Humildad: Postura del siervo	page 27
Segunda parte: El servicio: El proceso	page 36
4. Apertura: Dar la bienvenida a los demás a tu presencia.	page 37
5: Aceptación: Comunicar respeto por los demás	page 60
6: Confianza: Cómo generar confianza en las relaciones	page 83
7: Aprendizaje: Buscar información que te Transforme	page 98
8: Aprendizaje: Fundamentos bíblicos para el cambio	page 119
9: Comprensión: Ver a través de los ojos del otro	page 140
10: Servir: Llegar a ser como Cristo para los demás	page 162
Tercera parte: El servicio: Los desafíos	page 172

11: El servicio y el liderazgo	page 173
12: El sirviente y el poder	page 189
13: El sirviente y el misterio	page 201
14: El modelo del sirviente: José	page 214
Notas	page 221
Bibliografía	page 234

Primera parte

Servicio

Perspectivas básicas

1

Servicio

Su carga y desafío

“No sé cuál será vuestro destino, pero una cosa sí sé: los únicos entre vosotros que serán verdaderamente felices son aquellos que hayan buscado y encontrado la manera de servir.”

Albert Schweitzer

“No estamos llamados a ayudar a la gente. Estamos llamados a seguir a Jesús, a cuyo servicio aprendemos quiénes somos y cómo debemos ayudar y ser ayudados.”

Stanley Hauerwas y William H. Willimon

—¿Qué te gustaría desayunar mañana? —preguntó mi esposa. La respuesta me salió con naturalidad: —Huevos, tocino y tostadas. Estábamos de luna de miel, y esta sería la primera comida que ella prepararía en nuestro matrimonio. A la mañana siguiente oí el chisporroteo de las ollas y sartenes, y pronto el aroma, el aroma perfecto, llegó hasta mis fosas nasales. Las palabras «Ya está listo» me llevaron a la cocina, donde ella estaba sentada a la mesita, con una vela encendida en el centro y la mirada llena de ilusión.

Me senté y dije: «Demos gracias», pero antes de cerrar los ojos para rezar, vislumbré lo que había en mi plato. Sobresaltado, dije: «Oh, ¿qué es esto?», a lo que ella respondió: «Son tus huevos, tocino y tostadas. ¿Por qué?». La preocupación había reemplazado la expectativa. Inocentemente, respondí: «¿Qué les hiciste a los huevos?». «Los escalfé. ¿Por qué preguntas?», inquirió. Era mi turno de responder en este intercambio de preguntas que no nos llevaría a ninguna parte. «¿Por qué alguien haría algo tan inmoral con un huevo?», dije con cierta seriedad y cierta ironía. Era demasiado tarde para la ironía. Esperaba una conversación sobre el arte de cocinar huevos, pero ella ya se había marchado de la habitación llorando.

Tarde o temprano, era inevitable. Mi esposa, nacida y criada en Zimbabue con madre canadiense, aportó una fuerte influencia británica a nuestro matrimonio. Yo, criado en la zona rural del sur de Wisconsin, en una comunidad suiza, crecí comiendo huevos fritos a medio cocer, mucho tocino y tostadas crujientes. De vez en cuando, mi madre los revolvía para variar un poco, pero sabíamos que al día siguiente volvería a la rutina. Nunca había visto un huevo escalfado, y cuando lo vi en mi plato, apenas cocido (¡o mejor dicho, apenas tibio!), la discreción se perdió en la confusión que rodeaba una simple diferencia en la forma en que disfrutábamos los huevos.

El deseo de mi esposa de servirme en este sencillo pero significativo evento fue malinterpretado y mal gestionado por mí. No pensaba en servirle. No comprendía su historia cultural, y ella no comprendía la mía. Ambos nos sentimos rechazados. Lo que debería haber sido un momento hermoso se agrió.

Esta historia pone de manifiesto tanto la sencillez como la complejidad del servicio intercultural. El servicio se revela en acontecimientos sencillos y cotidianos. Pero es complejo porque el servicio está definido culturalmente; es decir, servir debe ser

sensible al contexto cultural sin dejar de ser fiel a las Escrituras. Ese es el reto y la carga del servicio, y también de este libro.

Las siguientes páginas explorarán el concepto de servicio intercultural. Si bien no es fácil, es la vocación de todo aquel que desea seguir a Jesús, ya sea en su cultura de origen o en otras. Los principios de este libro se aplican a una amplia gama de cristianos; en cierto sentido, a todos los que desean servir a los demás.

Ejemplos de matrimonio, ministerio en zonas urbanas marginales, programas de desarrollo comunitario, esfuerzos de plantación de iglesias, escuelas bíblicas y seminarios, actividades de ayuda y desarrollo, y esfuerzos de reconciliación revelarán la relevancia de Estos principios se aplican a una amplia variedad de situaciones. Dado que estas ideas se basan en las Escrituras, en investigaciones interculturales y en las experiencias de personas de numerosos países, el público al que va dirigido no son solo los occidentales, sino también quienes desean servir a Dios y a su pueblo independientemente de su país de origen. Ya sea que su misión sea a corto o largo plazo, que participe en ayuda humanitaria y desarrollo o en la plantación de iglesias, que enseñe en una escuela bíblica o trabaje en el ámbito de la medicina, y que su ministerio sea rural o urbano, este libro le ayudará a alcanzar su prioridad principal: servir a Dios y a quienes le rodean.

El Hijo de Dios entró en la cultura humana.

Las maneras en que somos efectivos en la cultura son también las principales maneras en que servimos a los demás. Servimos a las personas al entablar una relación de amor y compromiso mutuo. Como dice el apóstol Pablo: «Los amamos tanto que nos complació compartir con ustedes no solo el evangelio de Dios, sino también nuestras vidas» (1 Tesalonicenses 2:8). En las

primeras etapas, el servicio se manifiesta mejor cuando estamos dispuestos a adaptarnos a las costumbres culturales locales, incluyendo el aprendizaje del idioma. Jesús vino a nuestro contexto humano (Juan 1:14), se adaptó a la cultura judía (Lucas 2:52) y vivió entre nosotros para que, cuando llegara el momento oportuno, llevara a cabo la redención de todos los que creyeran. Esto, por supuesto, es la efectividad en la tarea. Jesús nos sirvió de manera excepcional en cada una de estas tres áreas, lo que sugiere que, de la misma manera, nosotros también podemos servir a los demás.

Este libro trata sobre el servicio, centrándose principalmente en los factores relacionales y de adaptación. Creo que la mayoría de las personas que viajan al extranjero están bien preparadas en cuanto a la eficacia en sus tareas; es decir, son técnicamente competentes para desempeñar el trabajo, ya que la mayoría de las escuelas y talleres se centran en las habilidades laborales. Este libro se centra en la competencia relacional y de adaptación para que el espíritu de servicio que deseamos proyectar sea, de hecho, percibido y valorado por la población local. Las tres competencias deben estar presentes en quien sirve para que cualquiera de ellas tenga éxito.

Una tarea de lo más antinatural

Debo confesar que cualquiera que escriba un libro sobre el servicio debe ser un tanto audaz, o quizás más que un poco. Es una tarea bastante inusual. Los escritores no solo deben conocer su tema, sino también vivirlo de forma coherente. Pocos cristianos que conozco afirmarían saber lo que significa ser un siervo, y mucho menos dirían que viven una vida de servicio en un contexto intercultural. Sin embargo, la mayoría de quienes participamos en el ministerio internacional o interétnico aspiramos a ello. Este libro está dirigido a quienes, incluyéndome a mí, aspiramos a ser siervos interculturales.

Además, no pretendo tener un conocimiento superior sobre el tema y, desde luego, no afirmo ser un mejor ejemplo de servicio que nadie. De hecho, probablemente me cueste más que a la mayoría. En realidad, creo que estoy por debajo de la media en este asunto.

Finalmente, no fue decisión mía escribir este libro. Durante quince años he estado leyendo e investigando sobre el tema, recopilando montones de artículos e ideas y entrevistando a personas en numerosos países. Mucha gente, tras escucharme hablar sobre este tema, me preguntó si el material estaba publicado, y no lo estaba, hasta ahora.

Sin embargo, he postergado todo lo posible, con la esperanza de evitar este momento. Y aquí estoy, escribiendo y resistiéndome, sin duda sintiéndome incapaz. Pero estoy convencido de que Dios ha dado origen a esta obra; al menos, así lo rezo.

He estado rodeado de misioneros durante gran parte de mi vida adulta. De hecho, fui misionero durante una buena parte de ella. La aspiración común entre los misioneros es ser un "servidor". "Quiero servir a Dios, servir a la gente, servir a la iglesia" es el tema frecuente en esta comunidad, y sin duda es una meta digna y bíblica.

Mientras escuchaba a futuros misioneros describir su deseo de servir, también viajaba mucho por otros países. Al entablar nuevas amistades y renovar viejas con diversas personas internacionales, les hice a muchos de ellos una pregunta: ¿Qué podrían hacer los misioneros para ministrar el evangelio de manera más efectiva?

¿Cristo en tu cultura? No sabía qué esperar. Pero las respuestas me sorprendieron. Muchos dijeron que valoraban la presencia de los misioneros y el amor que recibían de ellos. Sin embargo, muchos otros afirmaron, con cierta vacilación pero convicción: «Los misioneros podrían predicar el evangelio de Cristo con mayor eficacia si no se creyeran tan superiores a nosotros». Varios pronunciaron prácticamente esas mismas palabras, y otros hicieron

comentarios similares. Me quedé atónito. Al principio, pensé que solo estaba hablando con algunas personas descontentas. Pero con el tiempo comprendí que sus motivos eran sinceros y que sus comentarios surgían de una profunda preocupación por la integridad del evangelio en su país.

Mi propia confesión

Al regresar a Sudáfrica y hablar con antiguos alumnos, descubrí que yo también caía en la categoría de persona que actuaba con aires de superioridad. En aquel momento no lo sabía y me habría sentido mortificado si lo hubiera creído, pero así era. Sencillamente, era cierto en mi caso, y me avergüenzo.

La necesidad de maestros era crítica y no había tiempo para aprender sobre otras culturas. Como la instrucción era en inglés, podía empezar de inmediato. Pero solo podía enseñar desde mi contexto cultural, así que mis ejemplos, énfasis y aplicaciones se ajustaban más a la cultura de una iglesia norteamericana. Los problemas entre los creyentes en Sudáfrica eran muy diferentes. Además, no estoy seguro de que mi capacidad para aprender sobre su cultura estuviera bien desarrollada. En consecuencia, caí fácilmente en el modo de dar largas clases magistrales y volvía a casa al final del día con la satisfacción de haberles "enseñado". Una suposición devastadora estaba profundamente arraigada en mí: había recibido formación y sabía lo que era bueno para estos estudiantes. Esa arrogancia cruda se extendió a otras áreas de mi vida misionera y, aunque evidente para mis estudiantes y otras personas locales, no afloró a mi propia conciencia hasta años después. Esa conciencia me llevó a emprender un viaje.

Al encontrarme entre los culpables, decidí comprender varias cosas. Primero, ¿por qué algunas personas, que dicen tener la intención de servir, son percibidas como poseedoras de actitudes de superioridad, paternalismo o neocolonialismo, todo lo contrario

al servicio? Servir con una actitud de superioridad (incluso inconscientemente) es como, según alguien dijo, «intentar empujar un autobús estando dentro». ¡Es imposible!

Segundo, quería averiguar cómo perciben el servicio las personas de otros países. ¿Qué significa eso para cualquiera que desee servir a Cristo y a las personas de otras culturas? Tercero, quería averiguar cómo define la Escritura al siervo. En el Antiguo Testamento, la nación de Israel es frecuentemente llamada “sierva”, al igual que el Mesías, Moisés y otros líderes. En el Nuevo Testamento, Cristo vino como un siervo humilde y obediente (Fil 2). El servicio es una Es un tema poderoso en las Escrituras, y el carácter y la función de un siervo están bastante bien definidos.

En cuarto lugar, quería averiguar qué han descubierto las ciencias sociales sobre el trabajador intercultural eficaz. Los investigadores de las ciencias sociales no suelen usar las palabras "servir" o "servidor", pero están profundamente comprometidos con la eficacia y la adaptación. Por último, quería saber si existía algún acuerdo entre lo que decían los habitantes del país anfitrión, las Escrituras y la literatura de las ciencias sociales. Si hubiera coincidencias, ¿cómo sería la persona que sirve?

Consideraciones preliminares

Muchos misioneros pueden ser como yo: bienintencionados, dedicados y deseosos de servir, pero también ingenuos y con cierta negación sobre lo que significa servir en otra cultura. La realidad es que muchos queremos servir desde nuestro propio contexto cultural. Es decir, creemos que el servicio en cualquier otro lugar probablemente se parece al nuestro. De hecho, me inclino a pensar que hay un pequeño interruptor en nuestra cabeza. Cuando nos llamamos siervos, ese interruptor se activa y automáticamente

creemos que todo lo que hagamos a partir de ese momento será la personificación del servicio. En otras palabras, llamarnos siervos significa que somos siervos. Si los demás no lo ven, ese es su problema.

Muchos misioneros pueden ser como yo en otro aspecto: a menudo soy culpable de una actitud de superioridad. Sumergida en lo más profundo de mi ser, es evasiva y difícil de identificar. Rápidamente racionalizo y niego su presencia. Por lo general, la superioridad aparece disfrazada de virtudes, virtudes como

Necesito corregir su error (lo que significa que tengo un conocimiento superior, la verdad absoluta).

Mi formación me ha preparado para saber qué es lo mejor para ti (así que déjame hablar la mayor parte del tiempo mientras tú escuchas y cambias).

Estoy aquí para ayudarte (así que haz lo que te digo).

Puedo ser tu mentor espiritual (así que soy tu modelo a seguir).

Permíteme discipularte, equiparte, entrenarte (a menudo percibido como “déjame convertirte en un clon de mí mismo”).

Estas y otras supuestas virtudes corrompen nuestros intentos de servir a los demás. Creo que mis alumnos vieron estas "virtudes" en mí. La superioridad disfrazada de deseo de servir sigue siendo superioridad. No son nuestras palabras las que cuentan, sino la percepción de la gente del lugar, que observa nuestras vidas y percibe nuestras actitudes.

A esta superioridad oculta y evasiva se suma el dilema de vivir en una cultura norteamericana que a menudo nos dice que somos los más poderosos, los más avanzados tecnológicamente, los más

ricos, los mejor educados, los líderes del mundo libre, etc. Aunque esto sea, en el mejor de los casos, parcialmente cierto, el mensaje de superioridad se filtra en la mente, manifestándose de maneras sutiles pero ofensivas. Como para la mayoría de nosotros es impensable reconocer estas expresiones sutiles como superioridades, las interpretamos como virtudes. Sin embargo, otros pueden verlas por lo que son: una actitud de superioridad. La Biblia lo llama orgullo. Me dirijo principalmente a personas, como yo, que se socializaron mayoritariamente en la cultura estadounidense blanca dominante y asimilaron sus valores culturales, a menudo sin espíritu crítico. Dejo que personas de otras etnias y nacionalidades juzguen estos asuntos por sí mismas.

Mala interpretación cultural

Sin embargo, no creo que el problema se deba únicamente a una actitud de superioridad. Conozco a muchos misioneros que no tienen problemas de actitud. Aun así, pueden ser acusados de mostrarse superiores, pero por otro motivo: una mala interpretación cultural.

Craig Storti relata la experiencia del Sr. Coyle, un empleador que realiza una evaluación de desempeño a su empleado, Khalil. El Sr. Coyle le otorga a Khalil una calificación alta en casi todas las categorías, pero señala un par de áreas de mejora. Para finalizar, el Sr. Coyle le asegura a Khalil que no hay problemas graves y le entrega el informe escrito. El comentario final de Khalil es: «Lamento mucho haberlo decepcionado, señor».

Las sociedades de Oriente Medio son muy sensibles a la vergüenza y a la humillación. Khalil ha sentido el dolor de las críticas severas, a pesar de que el Sr. Coyle estaba bastante satisfecho con su actuación y no tenía intención de ser severo. Según la tradición cultural de Khalil, cualquier crítica se ofrece

con gran discreción y generalmente de forma indirecta. Por lo tanto, que el Sr. Coyle expresara la crítica directamente solo podía interpretarse como una profunda decepción. Storti continúa:

Debemos recordar que Khalil da por sentado que el Sr. Coyle se está esforzando al máximo por respetar su honor. Si esto es cierto y es lo mejor que el Sr. Coyle puede hacer —si esta es la mejor imagen que puede proyectar—, entonces la actuación de Khalil debe ser realmente pésima.

¿Cómo debería, entonces, haber manejado el asunto el Sr. Coyle? Las proporciones del Sr. Coyle son desproporcionadas; debería haber dedicado la mayor parte de la entrevista a prodigar elogios exagerados a Khalil y luego mencionar cualquier defecto muy brevemente al final. Incluso entonces, Khalil se habría tomado en serio las "críticas", pero, habiendo preservado su honor, podría haber resistido el ataque. Esto recuerda la historia de la princesa y el guisante; incluso a través de todos esos colchones, ella... Todavía se podía sentir el roce del pequeño infractor verde. En su entrevista, el Sr. Coyle omitió todos los colchones.[1]

El Sr. Coyle pretendía que la entrevista fuera positiva, pero en cambio dañó la relación. En las primeras etapas del aprendizaje de una cultura, este tipo de cosas pueden suceder con mucha facilidad. Las buenas intenciones no son suficientes al integrarse en otra cultura. También debemos contar con el conocimiento y las competencias necesarias para desenvolvernó con destreza.

Una de las tareas más difíciles de la vida es desprendernos de la cultura a la que estamos tan acostumbrados. Es como ser actor en una obra de teatro. Tu vida pasada es la "obra" que conoces tan bien. Todo fluye con naturalidad. Pero de repente, te encuentras en otra "obra" donde todos los actores, excepto tú, conocen sus personajes, sus diálogos y sus accesorios. Ahora debes aprender la nueva "obra". Al principio, se siente antinatural, incómodo e incluso vergonzoso. Pero con un poco de práctica, serás

competente y disfrutarás de la obra... de la nueva cultura.

Mirando hacia el futuro

Este libro examina el proceso de convertirse en un servidor intercultural. La información se basa en mis propias experiencias, incluyendo fracasos frecuentes, en las perspectivas de personas de muchos países que han trabajado con occidentales, en el extenso corpus de investigación intercultural y en las Escrituras, incluyendo a Cristo, quien hizo la transición cultural del cielo a la tierra para servirnos a ti y a mí.

La primera parte afirma que el servicio debe ser intencional porque no es natural. Tendemos a servir a los demás desde nuestra propia perspectiva, pero esto se percibe como superioridad, imperialismo cultural o neocolonialismo (caps. 1-2). El servicio implica un esfuerzo consciente por elegir una dirección y un conjunto de valores por encima de otros. No hay misterio alguno. La premisa fundamental es que tenemos un modelo de verdadero servicio en Cristo, pero debemos seguirlo en su humilde rol de siervo, no en sus roles de Señor y Cristo (capítulo 3).

La segunda parte describe el proceso del servicio. Este proceso se compone de siete principios. La premisa de los capítulos cuatro al diez es que no se puede servir a alguien a quien no se comprende. Si se intenta servir a las personas sin entenderlas, es más probable que se las perciba como opresores benevolentes. La tercera parte aborda las implicaciones del servicio al ejercer el liderazgo y el poder, o durante esos momentos misteriosos en los que Dios parece estar distante.

El libro concluye con el personaje del Antiguo Testamento, José, quien vivió todas estas situaciones manteniéndose fiel a su vocación como siervo del Señor.

2

Servicio

Elegir entre la toalla o la bata

“Adherirse a una doctrina u opinión solo con el intelecto no es creer en ella. La verdadera creencia de un hombre es aquella por la que vive.”

George McDonald

Cuando Dios eligió conectar con los humanos, lo hizo como un siervo. Era una forma muy improbable de conectar, pues los siervos suelen ser invisibles. Visten uniformes blancos, realizan tareas humildes, permanecen en gran medida en silencio y, si son efectivos, parecen no estar allí. La gente los ignora y rara vez los reconoce hasta que se les necesita para alguna tarea. Sus derechos son pocos, su poder insignificante y su estatus como el polvo.

¿Por qué Jesús elegiría venir como siervo? Todas las imágenes de siervo parecen tan contrarias a lo humano.

Solo se me ocurre una razón por la que Jesús vino como siervo: la naturaleza misma de Dios es servir.

De no ser así, ¿qué esperanza habría para la humanidad? Estábamos irremediablemente perdidos en nuestro pecado, incapaces de hacernos aceptables a Dios. Jesús nos salvó al hacer posible una relación eterna con el Padre mediante su vida, muerte y

resurrección.

Si Dios se conectó con nosotros como siervos, esa se convierte en la forma en que nosotros también nos conectamos con la gente de este mundo. Aunque va en contra de nuestro deseo natural, no tenemos Elección. Nunca nos parecemos más a Jesús que cuando servimos a los demás.

Es necesaria una distinción sutil pero importante. Si nos proponemos ser siervos, esto puede volverse mecánico y parecer artificial o forzado. Sin embargo, si el servicio se considera nuestra identificación más profunda con Cristo y habita en nuestro ser, entonces servir a los demás será una expresión natural, a menudo inconsciente. En este punto, el servicio no es solo lo que hacemos, sino lo que somos. Este parece ser un punto clave en Mateo 25:31-46. Quienes servían alimentando al hambriento, dando de beber al sediento, dando refugio al forastero, vistiendo al desnudo o visitando a los enfermos y a los presos aparentemente no llevaban un registro de sus «obras de servicio», sino que hacían lo que les dictaba su naturaleza. Servir a los demás era su identidad.

No la bata, sino la toalla.

Los discípulos de Jesús nunca parecieron comprenderlo, al menos hasta que fue casi demasiado tarde. Se imaginaban vistiendo la "túnica", disfrutando del estatus real junto con privilegios, un gran nombre, prominencia y muchas ventajas. En mis momentos de sinceridad más bochornosa, me doy cuenta de que me parezco demasiado a los discípulos. La "toalla", servir a los demás, sacrificarme por alguien que no conozco, anteponer las necesidades de los demás a las mías, no me atrae. Prefiero estar más cerca del "trono", más cerca de la gente de poder y del lugar de privilegio. Podemos criticar fácilmente a los discípulos hasta que nos damos cuenta de que compartimos profundamente su

egocentrismo, sus prioridades distorsionadas y su fragilidad.

De principio a fin. La primera imagen terrenal que tenemos de Jesús en el mismo El comienzo de su vida lo muestra como un bebé nacido en un establo, rodeado de ganado. La escena anuncia humildad, sencillez, vulnerabilidad, debilidad y exposición. La última imagen que tenemos de Jesús al final de su vida terrenal es la de un cuerpo maltrecho colgado en una cruz. La escena comunica humillación, sufrimiento, fracaso y, para muchos, derrota.

Ni las escenas iniciales ni las finales de la vida de Jesús sugieren otra cosa que una vida de servicio humilde: la vida de la toalla. Entre estas dos escenas, cientos de otras sugieren una especie de misión de la toalla: buscar a los perdidos, realizar milagros, ayudar a los pobres y marginados, expulsar demonios, hacer el bien, enseñar los valores del reino, nutrir a las personas, orar, ayunar y otras actividades que demuestran su servicio a la humanidad. Su vida estuvo dedicada a llevar la toalla, símbolo de un servicio humilde, obediente y, en última instancia, sufriente.

Dos metáforas. Dos metáforas representan la elección que tenemos cada día cuando Vivir nuestra fe cristiana: una toalla o una túnica. Ambas se encuentran en las Escrituras, pero solo una es apropiada para los seguidores de Jesús. En tiempos bíblicos, cuando se le entregaba una túnica a alguien, se consideraba un honor especial (Lc 15:22). Cuando alguien era investido para un cargo, el símbolo era una túnica apropiada para el cargo.[1]

Tras tres años con Jesús, los discípulos seguían anhelando el manto: prominencia y posición. Mateo narra que la madre de Santiago y Juan se acercó a Jesús con sus dos hijos y se arrodilló para pedirle un favor (Mt 20:20-28). Madre e hijos estaban juntos en esto. Ella pidió el manto para sus dos hijos en el reino de Jesús. Probablemente pensaba en un reino terrenal que estaba a punto de establecerse. Pidió los puestos más poderosos: uno a la derecha de

Jesús y otro a su izquierda.

Los otros diez discípulos oyeron esta descarada lucha por el poder y se indignaron con los dos hermanos (v. 24), lo que sugiere que compartían la misma visión. Lucas señala que, en esta ocasión, antes de la Última Cena, surgió una disputa entre ellos sobre quién de ellos era considerado el más importante (Lc 22:24).

Jesús los reprende a todos con una de sus más severas reprensiones. Actúan como gobernantes paganos («reyes de los gentiles») que «se enseñorean de ellos y ejercen autoridad sobre ellos» (Mt 20:25). El modelo de señorío no es para sus seguidores. Solo Jesús reclama legítimamente el título de «Señor» y no lo comparte con nadie. No debemos seguirlo en su rol de señor, sino en su rol de siervo. El Hijo del Hombre «no vino para ser servido, sino para servir y para dar su vida en rescate por muchos» (Mt 20:28). La grandeza no es la meta. El servicio es la meta, y la grandeza la define Cristo en su servicio a lo largo de toda su vida: «Si alguno quiere ser grande entre ustedes, sea su servidor» (Mt 20:26). Para que la vida de Cristo se reproduzca en nosotros, debe ser a través del servicio, porque eso es lo que Cristo nos dijo y nos mostró.

Esta breve exhortación de Jesús aparentemente necesitaba un refuerzo visual. Tan solo unos días después, Jesús demuestra otro ejemplo convincente de cómo deben vivir sus seguidores. Su ministerio público ha terminado; la sombra de la cruz se cierne sobre ellos. Tal vez reconoce que si los discípulos no comprenden esta idea del siervo humilde y obediente, el futuro de la iglesia sería sombrío. De hecho, podría no haber iglesia. En un acto inesperado e inolvidable, Jesús graba a fuego en sus mentes la imagen del servicio humilde. Esto fue lo que hizo Jesús.

Jesús y los Doce se reunieron para la fiesta de la Pascua, y era el momento de que Jesús “dejara este mundo e fuera al Padre” (Jn 13:1). Pero aún debía asegurarse de que los discípulos

comprendieran una cosa: el poder del amor a través de vivir como siervos: “Les mostró entonces todo el alcance de su amor... Y... comenzó a lavar los pies de sus discípulos” (Jn 13:1, 5). Por alguna razón, ningún siervo había lavado sus pies al entrar. El lavamiento de pies era “generalmente realizado por el siervo más humilde”. [2] Jesús aprovecha la oportunidad haciendo lo impensable: el Rey de reyes y Señor de señores sería el “siervo más humilde”, vertiendo humildemente agua en la palangana, envolviéndose la toalla alrededor de la cintura y sin decir palabra alguna lavando humildemente los pies polvorientos de los discípulos y secándolos con la toalla.

Después de esto, les dice: «¿Entienden lo que he hecho por ustedes?» (Jn 13:12). Me pregunto qué pensaron los discípulos. ¿Recordaron «los primeros serán los últimos» (Mt 20:16), o «el que quiera ser grande entre ustedes, que sea tu servidor» (Mt 20:26), o «yo estoy entre ustedes como quien sirve» (Lc 22:27)?

A continuación, Jesús aprovecha la oportunidad, por última vez, para aclarar los dos roles: la túnica —que representa los roles de Señor y Cristo— no la comparte con nadie, pues solo él es digno de llevarla; y la toalla —que representa al siervo humilde, obediente y sufriente—, un rol que nos ejemplificó a lo largo de su vida. Nótese en Juan 13:13-15 cómo Jesús distingue los dos roles para los discípulos: «Ustedes me llaman “Maestro” y “Señor”, y tienen razón, porque eso soy». (Nota: no dijo: «porque eso somos»). Continúa destacando su otro rol, el de siervo, que él mismo eligió: «Ahora que yo, su Señor y Maestro, les he lavado los pies...». Habiendo separado los dos roles, designa el único rol que los discípulos deben comprender y vivir: «Ustedes también deben lavarse los pies unos a otros. Les he dado ejemplo para que hagan lo mismo que yo he hecho con ustedes».

Los valores del reino de Dios son diferentes de los valores de este mundo. En el mundo, la grandeza se juzga por el poder que una persona ejerce sobre los demás. En el reino, la grandeza se juzga

por el servicio a los demás. Como hijos del Rey, seguimos los valores del reino.

La bata y la toalla en contexto cultural

Al llegar a Sudáfrica, le pidieron a mi esposa que impartiera un curso de etiqueta en el seminario bíblico donde yo enseñaba. Como misioneros novatos y bastante ingenuos, nos pareció algo aceptable. Mirando hacia atrás, mi esposa se horroriza al darse cuenta de que les enseñó a estos estudiantes negros, mulatos y asiáticos la etiqueta de los blancos norteamericanos (y, en cierta medida, de los blancos sudafricanos). Su mensaje oculto, que revelaba una superioridad nada sutil, era que las personas de clase alta se ven y actúan como los blancos. La etiqueta blanca era el estándar, y cualquier otra cosa sería inferior. Sin darse cuenta, se había puesto la toga, colocándose a sí misma y a su cultura en una posición de superioridad. Afortunadamente, otros misioneros nos muestran el cristianismo de la toalla.

Poco después de llegar al norte de Sierra Leona (África Occidental), Mary se dio cuenta de que cuando una madre moría en el parto, el niño también era abandonado y dejado a su suerte. Un día, le trajeron a Mary a un bebé moribundo. Pero, ¿cómo debía hacerse cargo? Se le ocurrió que alimentar al bebé podría ser una responsabilidad de la comunidad. Así que Mary formó un club de lactancia. Se inscribió y participó en el programa de alimentación junto con otras madres lactantes de la comunidad. El niño creció sano y fuerte.

Ilustraciones como estas pueden alertarnos para reflexionar sobre las situaciones interculturales en las que nos encontramos. En el transcurso de la vida, ¿estamos comunicando un cristianismo superficial o un cristianismo de apariencia inexpresiva?

Dos roles en resumen

Jesús vino a la tierra desempeñando dos roles: (1) Señor y Cristo, y (2) siervo humilde y obediente. Solo él es Señor y Cristo. Pero enseñó y ejemplificó el servicio humilde, el rol que debemos desempeñar: el camino de la humildad. El problema surge cuando sus seguidores eligen seguirlo en su rol de rey y no en su rol de siervo. Se inclinan hacia la túnica mientras se resisten a la humildad. Solo el Señor Jesucristo viste la túnica. Sus discípulos deben seguirlo únicamente en su rol de siervo humilde y obediente, tal vez incluso en su rol de siervo sufriente.

3

Humildad

Postura del sirviente

“Si me preguntas cuál es el primer precepto de la religión cristiana, responderé primero, segundo y tercero: la humildad.”

Agustín

“La humildad es el jardín de todas las virtudes.”

Crisóstomo

El mono “sirve” al pez

Un tifón había dejado varado temporalmente a un mono en una isla. En un lugar seguro y protegido de la orilla, mientras esperaba a que las aguas turbulentas retrocedieran, divisó un pez nadando contra la corriente. Al mono le pareció evidente que el pez estaba luchando y necesitaba ayuda. Siendo bondadoso, el mono decidió ayudarlo.

Un árbol pendía precariamente sobre el lugar donde el pez parecía estar luchando. Arriesgando considerablemente su vida, el mono se movió hacia una rama, se agachó y arrebató el pez de las aguas amenazantes. Inmediatamente, regresó a la seguridad de su refugio y con cuidado colocó el pez en tierra firme. Durante unos instantes, el pez mostró agitación, pero pronto se acomodó en un descanso

tranquilo. La alegría y la satisfacción inundaron al mono. Había ayudado con éxito a otra criatura.[1]

La historia no nos dice hasta qué punto el mono era humilde o arrogante. Pero, claro, ese no era el verdadero problema para el pez. Probablemente, el pez percibió la arrogancia de la suposición del mono de que lo que era bueno para los monos también lo sería para los peces. Esta arrogancia, oculta a la conciencia del mono, eclipsó por completo su bondad al intentar ayudar al pez. Así pues, las buenas intenciones no bastan.

Los demás no pueden ver nuestras motivaciones, solo nuestras acciones, que se convierten en la base de su impresión sobre nosotros. De igual modo, los misioneros deberán aprender las costumbres culturales locales para que su deseo de servir se perciba como tal y no se malinterprete. Por ejemplo, algunas culturas consideran la asertividad una virtud, mientras que otras pueden interpretarla como prepotencia y control. En Occidente, las amistades se inician concertando citas, pero en otras culturas este procedimiento denotaría formalidad y distancia, no amistad.

La arrogancia de la humildad

La humildad que se encuentra en las Escrituras a menudo contrasta con la actitud de los héroes que aparecen en nuestros libros de historia occidentales. De hecho, los escritores bíblicos tuvieron que inventar una nueva palabra, *tapeinophrosunē*, para describir la humildad que Dios poseía y que también debía caracterizar a sus seguidores.[2]

Los primeros paganos tenían una visión negativa y distorsionada de la humildad. La palabra describía a personas serviles, tacañas o mezquinas,[3] similar a la visión actual en antiguos países comunistas (u otros regímenes totalitarios) donde los ciudadanos debían servir a los líderes sometiéndose a sus caprichos

irracionales.[4] A veces, la servilidad estaba motivada por intereses personales. Sin embargo, en algunos casos, la humildad tenía un significado más cercano al que se defiende en las Escrituras. En Platón, por ejemplo, la persona humilde debía ser honrada, y para otros autores la humildad estaba vinculada con una disposición modesta y moderada.

Si alguien quisiera adquirir humildad, creo que puedo indicarle el primer paso. El primer paso es reconocer que uno es orgulloso. Y es un paso bastante importante, además. Al menos, no hay nada que se pueda hacer antes de darlo. Si crees que no eres vanidoso, significa que, en realidad, eres muy vanidoso.

C.S. Lewis

Como todas las virtudes, existen falsificaciones. Pablo advierte dos veces a los creyentes de Colosas sobre personas que exhiben “falsa humildad” (Col 2:18, 23). Estas personas aparentan humildad, pero están impulsadas por su propia importancia. El contexto sugiere que, en el fondo, se sienten arrogantes por su conocimiento “superior”. Algunas personas se dejan seducir por esta humildad ostentosa y llamativa, y se extravían. Pablo advierte a los creyentes que tengan cuidado con esta farsa. La humildad (*tapeinophrosunē*) que Dios exige es muy diferente. Una humildad auténtica.

La perspectiva del Dios santo al que servimos nos brinda una perspectiva adecuada de nosotros mismos, definida por la humildad, la gentileza de espíritu y la mansedumbre. Estas cualidades contrastan con un espíritu arrogante y engreído. Pablo usa la humildad para describir la mentalidad de Cristo (Fil 2:1-3), y Pedro exhorta a los creyentes a «revestirse de humildad los unos para con los otros, porque “Dios resiste a los orgullosos, pero da gracia a los humildes”» (1 Pe 5:5).

Las falsas enseñanzas de Colosas sirven de advertencia. Muchos misioneros tienen una sólida formación académica, dominan el griego y el hebreo, conocen bien la Biblia y poseen títulos avanzados en teología. Apoyamos esto y alabamos a Dios por ellos. Mi propia formación bíblica ha sido extensa. Sin embargo, esta buena noticia también puede convertirse en un desafío: la tendencia a creer que sabemos más que quienes no tienen títulos avanzados. Con una actitud inconsciente de superioridad intelectual, empiezo a dar lecciones, a corregir y a tener poco tiempo para escuchar. Generalmente, quienes me rodean perciben este orgullo. Aunque me considere un siervo y crea estar sirviendo, los demás no lo percibirán así.

Ahora me he convertido en un mono sin darme cuenta.

Las muchas caras de la humildad

El autor evangélico Philip Yancey reflexionó sobre las personas que más admiraba: sus héroes. Se preguntó si existía algún rasgo común que los hiciera especiales. Su sorprendente conclusión: el rasgo importante que todos compartían era la humildad.[5] Sin embargo, Yancey señala que todos parecían tener una fuerte autoestima, ocupaban un lugar importante en sus respectivas vocaciones y se les habían atribuido logros dignos. Lo que los distinguía como humildes era su «constante decisión de atribuir sus dones naturales a Dios, no a sí mismos».[6] Compartían la profunda convicción de que todo lo que eran y todo lo que podían hacer se debía a los dones que Dios les había dado con amor y a la fuerza empoderadora del Espíritu Santo.

La humildad se manifiesta de una variedad casi infinita de maneras, afirma Yancey. Dado que las personas humildes poseen dones diferentes y los expresan según sus personalidades únicas,

circunstancias particulares y habilidades naturales, la humildad tiene muchas facetas.

La humildad se manifiesta en la persona que sirve comida a los hambrientos en un comedor social, en el maestro que lleva a un alumno a almorzar, en el empresario que le da las llaves de su casa al empleado de la oficina de correos para que disfrute de unas vacaciones que de otro modo no podría costear, en el profesor universitario que ayuda a la persona sin hogar en el albergue a ponerse calcetines en sus pies hinchados... cualquier acto de bondad ofrecido sin esperar nada a cambio ni desear anunciar la buena acción. Tales actos, nacidos de un espíritu humilde, suelen ser inconscientes porque están arraigados en un estilo de vida, una expresión natural de quiénes son, muy parecido a los mencionados en Mateo 25:37: «Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te dimos de comer?».

Las ilustraciones de Yancey incluyen al joven Paul Brand yendo a la India como el primer cirujano ortopédico dispuesto a trabajar con pacientes de lepra; Henri Nouwen, profesor en Harvard, Yale y Notre Dame, encontrando su mayor satisfacción y educación estando con (no "asesorando a", que es diferente) los discapacitados mentales en la Comunidad L'Arche en Francia y Canadá; y Jimmy Carter, habiendo dejado la presidencia en considerable humillación, construyendo casas para los Aunque pobres, ahora cuentan con la confianza de los líderes mundiales para supervisar las elecciones nacionales, garantizar la imparcialidad e iniciar la reconciliación entre naciones y grupos.

No estoy orgulloso, pero tengo todo el derecho a estarlo.

«No soy orgulloso, pero tengo todo el derecho a serlo» es una frase que un amigo mío usa con humor. Si nos escuchan hablar, esa frase podría ser el tema subyacente de muchas conversaciones. Competimos por compartir nuestros logros, nuestro nuevo

«juguete», los nombres de amigos influyentes, nuestro último viaje internacional o un ascenso reciente. La afirmación de Dallas Willard, «Tengo mucho de qué ser humilde», parece mucho más apropiada. El espíritu de la declaración de Willard implica una perspectiva adecuada de uno mismo. ¿Qué tenemos sino por la gracia de Dios? ¿Qué hemos hecho para merecer su favor? ¿Quién de nosotros puede garantizar que estará vivo mañana? El orgullo no tiene cabida en nuestras vidas; todo lo que tenemos es por la bondad de Dios. Esta perspectiva transformará nuestras relaciones.

La humildad nos une, mientras que el orgullo nos divide. El orgullo de Lucifer rompió la unidad del cielo y la armonía entre Dios y su creación. El orgullo sigue rompiendo la unidad entre nosotros y Dios, y entre los creyentes. No podemos seguir a Cristo como siervos humildes y participar en relaciones conflictivas. El siervo humilde se esfuerza por reconciliar a las personas en una unidad que glorifique a Dios.

El orgullo, que suele manifestarse como superioridad, implica que alguien menosprecia o se burla de otra persona, lo cual inhibe la conversación abierta y honesta y el fortalecimiento mutuo. En cambio, surge la competencia. ¿Quién es superior? ¿Quién es mejor? ¿Quién tiene más? ¿Quién tiene razón? Esto es «ambición egoísta» y «vanidad» (Fil 2:3).

William Barclay dice:

Si un hombre se preocupa siempre, ante todo, por sus propios intereses, entonces inevitablemente chocará con los demás. Si para algún hombre la vida es una competición... entonces siempre pensará en los demás seres humanos como enemigos, o al menos como oponentes que deben ser apartados del camino... y el objetivo de la vida se convierte en no ayudar otros hacia arriba, pero para empujarlos hacia abajo.[7]

Centrarse en uno mismo inevitablemente deja poco espacio para prestar atención a los demás.

Richard Capen, exembajador de Estados Unidos en España y editor del Miami Herald, enumera la humildad, junto con la autenticidad, el carácter, la excelencia, la confiabilidad y la fe, como valores importantes para la vida. Sin embargo, «De todos los valores a nuestra disposición, la humildad parece ser el menos atractivo. No se ven muchos anuncios de televisión ni vallas publicitarias que ensalcen las virtudes de la humildad, ¿verdad?»[8]

Algunas personas tienden a creer que la humildad es un medio para un fin, una etapa por la que pasamos antes de merecer la exaltación. Podríamos inclinarnos a creer esto por versículos como «El que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido» (Mt 23:12). Sin embargo, la humildad no es algo temporal; no es un entrenamiento para alcanzar un nivel superior; no es un medio para un fin más elevado. La humildad es un estilo de vida, no incidentes aislados. Es una actitud hacia Dios, hacia nosotros mismos y hacia los demás que impregna nuestros pensamientos y acciones. La Escritura lo expresa así: «Revístanse de humildad» (1 Pe 5:5). Cuando Dios ve un espíritu humilde, puede exaltar a esa persona. Pero Dios espera que la humildad siga caracterizando su vida. Cuando no es así, Dios la humillará.

La humildad es obligatoria, pero su expresión está definida culturalmente.

La humildad es una actitud obligatoria para todos los creyentes en todas partes; sin embargo, la forma en que se expresa adquiere una dimensión cultural. Quizás sea la incapacidad de manifestar esta humildad cultural lo que ha llevado a muchos en el mundo a acusar a los norteamericanos de superioridad o arrogancia, a pesar de nuestros declarados esfuerzos por «servir a los nacionales». El informe Willowbank de Lausana, elaborado por líderes cristianos de todo el mundo, confirma esta perspectiva:

Creemos que la clave principal para una comunicación cristiana

persuasiva se encuentra en los propios comunicadores y en qué tipo de personas son. . . .

Deseamos ver... “la mansedumbre y gentileza de Cristo” (2 Cor. 10:1).

Existe la humildad de tomarse la molestia de comprender y apreciar la cultura de aquellos a quienes visitamos. Es el deseo que conduce naturalmente a ese verdadero diálogo “cuyo propósito es escuchar con sensibilidad para comprender”.

Nos arrepentimos de la ignorancia que supone que tenemos todas las respuestas y que nuestra única función es enseñar. Tenemos mucho que aprender. Nos arrepentimos también de las actitudes prejuiciosas. Sabemos que nunca debemos condenar ni despreciar otra cultura, sino respetarla. No abogamos ni por la arrogancia que impone nuestra cultura a los demás, ni por el sincretismo que mezcla el evangelio con elementos culturales incompatibles con él, sino por un humilde compartir de la buena noticia, posible gracias al respeto mutuo de una amistad genuina.[9]

Lavar o no lavar

En tiempos bíblicos, el lavamiento de pies era una forma de demostrar humildad. Cuando Jesús y sus discípulos entraron en el aposento alto, se presentó la oportunidad perfecta para que Jesús les exhortara a la humildad una vez más, pero esta vez no usó palabras. Sospecho que la mayoría de los sermones más importantes del mundo se viven más que se predicán. Mi punto aquí, sin embargo, es que el lavamiento de pies era apropiado para su época y puede que no lo sea en muchas culturas actuales. Intentar reducir la humildad a un solo acto es distorsionar la idea misma de que la humildad es una actitud que impregna toda nuestra vida. De hecho, la humildad debería manifestarse en cada acto humano.

Millard Erickson ofrece una perspectiva acertada sobre este punto:

Lo que intentaba inculcar en sus discípulos era la actitud de un siervo: humildad y disposición a anteponer a los demás a uno mismo. En esa cultura, lavar los pies de los demás simbolizaba tal actitud. Pero en otra cultura, algún otro acto podría transmitir la misma verdad de manera más apropiada. Dado que encontramos la humildad enseñada en otros pasajes de las Escrituras sin mencionar el lavamiento de pies (Mateo 20:27; 23:10-12; Filipenses 2:3), concluimos que la actitud de humildad, y no el acto particular de lavar los pies como tal, es el componente permanente de la enseñanza de Cristo.[10]

Cabe destacar que el lavado de pies no lo realizaba solo un sirviente, sino el sirviente de menor rango.

Uno de los mayores retos para el misionero intercultural es encontrar equivalentes culturales, o analogías culturales, que expresen humildad. Los siguientes capítulos le ayudarán a descubrir cómo una nueva cultura expresa algunas de estas virtudes bíblicas. Al aprenderlas y practicarlas, podrá integrarse y comunicarse con mayor eficacia. Este proceso se denomina contextualización.

La segunda parte presenta un proceso para ayudar a quienes se integran a una nueva cultura o etnia, proporcionándoles los conocimientos y las habilidades que contribuirán a una interacción positiva y a relaciones duraderas y fructíferas con la población anfitriona.

Segunda parte

Servicio

El proceso

4

Franqueza

Dar la bienvenida a otros a tu presencia

“Este hombre recibe a los pecadores y come con ellos.”

Lucas 15:2

Este capítulo marca el primer paso decisivo para convertirse en un servidor. Utilizo la metáfora de los pasos porque convertirse en un servidor es un viaje, una peregrinación. Si bien no es complicado, los pasos requieren considerable disciplina y perseverancia para desenvolverse en situaciones interculturales, ya que solo estamos acostumbrados a las prácticas de servicio en nuestra propia cultura. Estas prácticas pueden no traducirse en comportamientos de servicio en otra cultura. El hecho de considerarnos o creernos "servidores" no significa que los demás nos percibirán como tales.

Para quienes vivimos o pretendemos entrar en otra cultura, sugiero que pospongamos el autodenominarnos "servidores" hasta que la gente local empiece a usar palabras que indiquen que perciben en nosotros actitudes y comportamientos propios de un servidor. La humildad exige que evitemos hacer una suposición tan importante sobre nosotros mismos hasta que tengamos evidencia de los demás. Por lo tanto, preguntémonos intencionalmente cada día qué hemos aprendido sobre cómo se ve y actúa un servidor en esta cultura. De lo contrario, podríamos engañarnos pensando que servimos cuando otros no lo perciben así en absoluto. De esta manera, podemos evitar ser un "mono". Además, los principios de servicio que se presentan en los siguientes capítulos nos guiarán en prácticamente

cualquier situación relacional. Sin duda, nos habrían ayudado a mi esposa y a mí a desenvolvernos mejor.

La situación de los huevos escalfados.

Apertura: El primer paso de la peregrinación

A medida que avanzamos, los pasos pueden parecer algo inconexos entre sí. En realidad, tienen más sentido si los repasamos al revés, es decir, si empezamos por el final y avanzamos hacia el principio. Así es como se ve comenzando por el último paso:

Servir. No puedes servir a alguien que no entiendes; en el mejor de los casos, servirás como un mono.

Comprensión. No puedes comprender a los demás hasta que hayas aprendido sobre ellos, de ellos y con ellos.

Aprendizaje. No se puede aprender información importante de alguien hasta que no exista confianza en la relación.

Confianza. Para generar confianza, los demás deben saber que los aceptas y valoras como personas.

Aceptación. Antes de poder comunicar aceptación, las personas deben experimentar tu apertura: tu capacidad para acogerlas en tu presencia.

Apertura. Ser abierto con personas diferentes a ti requiere que estés dispuesto a salir de tu zona de confort para iniciar y mantener relaciones en un mundo de diferencias culturales.

Repasaremos estos pasos en el capítulo diez, pero espero que la visión general y la lógica les resulten claras.

El primer principio del servicio es la apertura. Lo digo con bastante seguridad porque surge de innumerables conversaciones con personas de otras culturas.

—pero también porque existe una maravillosa coherencia entre la enseñanza bíblica y lo que revela la investigación social. Aquí y en los siguientes capítulos, desarrollaré un patrón que incluye: (1) una definición, (2) enseñanza bíblica relevante, (3) habilidades pertinentes que debemos practicar y (4) algunos ejemplos. Si bien los títulos pueden variar de un capítulo a otro, creo que reconocerán el patrón.

David Schuringa comenta sobre Lucas 15:2:

¿Por qué inquietaba a los líderes religiosos que Jesús comiera con «pecadores»? Comer con alguien es un importante símbolo de comunión. Y en aquellos tiempos, los judíos tenían una norma: no se debía tener tal comunión con extraños hasta que estos se transformaran.

Si los forasteros llegaban a arrepentirse y demostraban su arrepentimiento comportándose como miembros de la comunidad, los judíos podían unirse a ellos y comer con ellos, y ni un instante antes. Al fin y al cabo, el pueblo de Dios no tenía por qué mezclarse con los incrédulos, ¿verdad?

Jesús aparece con un nuevo enfoque. Introduce una idea completamente nueva. Se conecta con los pecadores antes de que se arrepientan, antes de que cambien, para que cambien. ¡Va a quienes lo necesitan incluso antes de que ellos mismos lo sepan! Busca a los más humildes, a los marginados y a los perdidos para que, al oír su voz, puedan experimentar una nueva vida. En lugar de mantenerlos a distancia, los acoge.[1]

Cuando Jesús acogió a los pecadores, nos acogió a nosotros, nos abrazó y nos hizo sentir seguros en su presencia.

Definición de apertura

La apertura es la capacidad de dar la bienvenida a las personas y hacerlas sentir seguras. Por favor, relea la definición con calma.

En primer lugar, ser abierto con los demás es una habilidad, según mi definición. Esto es importante porque, si es una habilidad, aunque no seamos especialmente buenos en ella, podemos practicar y mejorar.

En segundo lugar, la apertura se dirige hacia las personas: hacia quienes son como nosotros y, aún más importante, hacia quienes son diferentes. En Lucas 15:2, Jesús, el santo y justo Hijo de Dios, come con pecadores, despreciados y rechazados, algo inaudito para quienes se preocupaban por su reputación. Sentarse a comer con otra persona simbolizaba unidad, solidaridad y aceptación, un acto sumamente contracultural para Jesús en el mundo de Oriente Medio. Dios, por supuesto, nos ofrece la más cálida bienvenida a todos los que alguna vez fuimos pecadores, extraños, forasteros. Nos acogió, a través de Cristo, en su presencia, y hoy disfrutamos de la seguridad de esa relación.

En tercer lugar, la apertura debe expresarse de maneras culturalmente apropiadas para que los demás se sientan bienvenidos y seguros en nuestra presencia. Esto, por supuesto, significará cosas diferentes en distintos lugares. Recientemente, un grupo de europeos centrales y orientales que se encontraban de permiso de estudios en Estados Unidos visitaron la Iglesia Bautista Salem, una iglesia afroamericana en el sur de Chicago. En promedio, cada visitante informó haber recibido unos ocho abrazos de miembros de la Iglesia Bautista Salem, quienes nunca antes habían visto a estos visitantes europeos y probablemente nunca volverían a verlos. Sin embargo, la respuesta más común de los visitantes blancos a esta iglesia exclusivamente negra fue: «Nunca

nos habíamos sentido tan bienvenidos».[2] Aunque el estilo de culto era diferente al suyo, sintieron (¡y disfrutaron!) la calidez y la buena voluntad de la gente de Salem.

Abrazar, incluso a alguien que acabas de conocer, es común en Latinoamérica y otras culturas. En Sudáfrica me sorprendió ver a un padre afrikáans besar a su hijo adulto en los labios como saludo matutino habitual. El beso en la mejilla es más común en algunas culturas, el contacto físico se utiliza cada vez que se conoce a alguien, incluso varias veces al día. Sin embargo, en gran parte de Asia, el contacto físico no se usa con frecuencia como expresión de bienvenida. Por lo tanto, se prefiere una reverencia al abrazo o al apretón de manos. La mayoría de los asiáticos están bastante familiarizados con el apretón de manos occidental y se sienten bastante cómodos con él. Pero, ¿por qué no intentar descubrir cómo se saludan los amigos asiáticos (nuevos y antiguos) y adaptarse a sus costumbres culturales? Es una buena práctica para cualquier cultura en la que te encuentres. Pero el tipo de bienvenida que sugiero va mucho más allá de los saludos.

Practicar la apertura en la nueva cultura requerirá que cambiemos. Miroslav Volf utiliza el término «abrazar» al hablar de dar la bienvenida a los demás. Luego afirma: «La voluntad de entregarnos a los demás y “acogerlos”, de reajustar nuestras identidades para hacerles espacio, precede a cualquier juicio sobre ellos, salvo el de identificarnos con ellos en su humanidad».[3]

No cristianos y cristianos

Hace poco mi esposa regresó de visitar a nuestro hijo y a nuestra nuera en California. Teníamos mucho de qué hablar. Una de sus primeras anécdotas fue sobre dos reuniones a las que asistió. La primera se refería a un rodaje donde nuestro hijo participaba en un cortometraje. Al llegar al set, el equipo de filmación, en su mayoría jóvenes, la acogió con los brazos abiertos, la integró, entabló

conversación con ella, indagó sobre su historia y la hizo sentir bienvenida (¡qué sinceridad!). Se sintió como una integrante valiosa del equipo al instante. De hecho, uno de los miembros del equipo la llamó "Madre". Toda la velada fue una celebración de ella y de todos, a la vez que cumplían con sus tareas. Suena a una noche maravillosa con un grupo de cristianos, ¿verdad? Sin embargo, con la excepción de nuestro hijo y su esposa, ninguno de ellos conocía a Cristo, por lo que ella pudo observar. Aun así, mi esposa lo consideró uno de los momentos más especiales del viaje.

La noche siguiente asistió a un pequeño estudio bíblico con nuestro hijo y nuestra nuera. Aunque la presentaron a todos, nadie le preguntó nada sobre ella en toda la velada. Era como si se hubiera vuelto invisible. Casi se sentía como una intrusa. A medida que avanzaba la noche, hizo un comentario durante el estudio bíblico, pero nadie lo notó. El asombroso contraste con la noche anterior la hizo reflexionar sobre la diferencia entre los dos grupos: cómo cada uno reaccionó de manera diferente a su presencia y cómo se sintió. En uno se sintió cálidamente recibida, valorada y aceptada como una más del grupo. En el otro se sintió como una extraña, excluida y distante. ¿Por qué se sentía mucho más cómoda con los que aparentemente no eran cristianos? Fue por su apertura. Le abrieron sus corazones y sus vidas, y la hicieron sentir segura, como en familia.

Seguramente los cristianos del grupo de estudio bíblico se horrorizarían si supieran cómo los percibe mi esposa. Desde luego, no fue intencional por su parte. Entonces, ¿qué hizo que un grupo la acogiera con los brazos abiertos y el otro la ignorara aparentemente? Piénsalo. Luego, piensa en alguna experiencia reciente en la que un desconocido haya entrado en tu casa, en tu grupo, en tu círculo. ¿Cómo crees que se sintió esa persona al marcharse?

La cruz es señal de la apertura de Dios.

La cruz es quizás el mayor símbolo de apertura. En la cruz, los brazos de Jesús estaban abiertos de par en par. En su último aliento, aún manifestaba su disposición a recibir a quienes acudieran a él arrepentidos. Pero esta apertura no se limita a quienes desean arrepentirse de sus pecados, sino que también nos abre a nosotros, que anhelamos acercarnos en busca de consuelo, paz, refugio, esperanza y gracia. La apertura se fundamenta en la naturaleza misma de Dios.

La apertura también se refleja en el concepto bíblico de hospitalidad. Los apóstoles Pablo, Pedro y Juan mencionan la hospitalidad (Rom 12:13; 16:23; Tit 1:8; 1 Pe 4:9; 3 Jn 8). En dos ocasiones se la enumera como requisito para los líderes de la iglesia. ¿Por qué esta virtud es tan poderosa en las Escrituras? En Norteamérica, la hospitalidad evoca imágenes de invitar a alguien, generalmente amigos, vecinos o familiares, a la casa para compartir una comida, tal vez incluso pasar la noche. Mostrar hospitalidad y ofrecer una comida parecen sinónimos, sobre todo hacia amigos o familiares. Sin embargo, las Escrituras amplían considerablemente esta idea.

La hospitalidad se refiere a una actitud que impregna el estilo de vida de una persona, una actitud de generosidad hacia los demás, incluyendo al extraño, a quien es diferente. Ciertamente incluye invitar a la gente a casa, pero si ahí se limita, hemos perdido su verdadero significado. La hospitalidad es brindar amor a quienes no conocemos y que pueden pertenecer a una etnia o cultura diferente. Es la idea de ser amable con todos, de darles la bienvenida y de hacerlos sentir valorados. Un verdadero servidor se caracteriza por la hospitalidad: alguien que acoge y abraza a quienes son diferentes a nosotros, tal como Jesús nos abrazó a pesar de nuestras profundas diferencias.

La hospitalidad tiene sus raíces en la palabra hospital, que proviene de dos palabras griegas que significan "amar al forastero". Evolucionó para significar "casa para extraños" y más tarde llegó a ser conocida como un lugar de sanación. Finalmente, la hospitalidad significó conectar con extraños de tal manera que se produjera la sanación. Por lo tanto, cuando mostramos apertura hacia las personas que son diferentes a nosotros, les damos la bienvenida.

Nuestra presencia y el hecho de que se sientan seguros transforman la relación en un espacio de sanación. Al acoger a las personas tal como son e invitarlas a unirse a nosotros tal como somos, se convierte en un acontecimiento sagrado que refleja lo que Jesús hizo por nosotros: brindarnos una relación sanadora.

En compañía de ángeles

Stephen Rhodes dice:

La virtud más importante que toda iglesia puede encarnar es la de la hospitalidad. Dado que Dios nos ha acogido, estamos llamados a acoger a los demás, no por cortesía ni por amabilidad, sino por santidad y justicia. Las Escrituras advierten que nuestra falta de hospitalidad puede impedirnos tener un encuentro divino. Como aconseja la carta a los Hebreos: «No se olviden de ser hospitalarios con los extraños, pues por ello algunos, sin saberlo, hospedaron ángeles» (Hebreos 13:2). En resumen, debemos acoger y ser amables con todos, porque no podemos saber quiénes son los ángeles.[4]

Ser abiertos, hospitalarios y amables se justifica por otra razón de peso: cuando interactuamos con otro ser humano, para bien o para mal, interactuamos con Dios mismo. Mateo 25:31-40 narra la parábola de Jesús sobre las ovejas y las cabras, una historia sumamente impactante porque aborda metafóricamente la vida y la muerte. A las ovejas, que representan a los creyentes, Jesús les

dice: «Vengan, benditos de mi Padre, hereden el reino preparado para ustedes desde la creación del mundo» (v. 34). La asombrosa razón por la que las ovejas entran en el reino eterno del Padre es: «Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui forastero, y me acogisteis; estuve desnudo, y me vestisteis; estuve enfermo, y me visitasteis; estuve en la cárcel, y vinisteis a verme» (vv. 35-36). Para mí, estos son ejemplos de apertura: responder con amabilidad a quienes nos rodean como un estilo de vida natural, no como algo especial o extraordinario.

Igualmente asombrosa fue la respuesta de las “ovejas” (los justos): “Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te dimos de comer, o sediento y te dimos de beber?”

¿Bebida? ¿Cuándo te vimos forastero y te acogimos, o necesitado de ropa y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y fuimos a visitarte? (vv. 37-39). No tenían ni idea de que estos actos de bondad cotidiana hacia los demás estaban conmoviendo al mismo Jesús.

La impactante respuesta de Jesús a su desconcierto fue: «En verdad les digo que todo lo que hicieron por uno de estos mis hermanos más pequeños, lo hicieron por mí» (v. 40, véase también v. 45). Cuando tocamos a otros con gracia (con la gracia de Dios), ¡estamos tocando a Dios mismo! Por lo tanto, todo acto hacia otros seres humanos es sagrado o profano. O los trata con dignidad o los deshumaniza. No tenemos otra opción.

Blasfemia

Todo contacto humano requiere una apertura que invite a otros a nuestra presencia para un momento de gracia, si así lo deseamos, o un momento de profanación. Sí, esa es la palabra correcta. Profanamos a otra persona cuando no la honramos como ser humano. Dado que todo ser humano está hecho a imagen de Dios,

cada uno está intrínsecamente conectado a Él y, por lo tanto, es sagrado, pues lleva impresa la huella de Dios. Cómo trato a «los más pequeños» es cómo trato a su Creador. Si les ofrezco hospitalidad, revelo la belleza y la gracia de Dios. Si soy insensible hacia otra persona, no honro al Dios que le dio dignidad. La identificación de Jesús con nosotros es tan intensa que todo lo que nos toca, le toca a Él. Y todo lo que le hago a otro ser humano, se lo hago a Él. Al profanar a otra persona, profano a Dios. Por lo tanto, la mayor profanación quizás no sea maldecir, por malo que sea, sino no ofrecer apertura y hospitalidad a otra persona que lleva la imagen del Creador. “El que oprime al pobre desprecia a su Creador” (Proverbios 14:31).

Quizás la metáfora familiar lo aclare aún más. Soy padre. Mis hijos llevan, en parte, mi imagen. Estamos conectados. Si tocas a mis hijos, para bien o para mal, me tocas a mí de la misma manera. Lo mismo ocurre con mi esposa y mi nieto. De cualquier forma que los toques, también me tocas a mí. Dios nos ha creado a todos, y en ese sentido somos su familia, su familia en la creación. Él es nuestro Padre en la creación. Ha compartido su imagen con nosotros. Está conectado a cada uno de nosotros. Tocar a uno de los suyos es tocarlo a Él.

Stephen Rhodes lo resume de forma muy elocuente:

La hospitalidad, en el fondo, es antinatural. Es difícil poner a los demás primero, porque nuestra inclinación es cuidarnos a nosotros mismos primero. La hospitalidad requiere valentía. Requiere voluntad de arriesgarse. Pero como nos recuerda nuestro Señor, si solo amamos a aquellos que estamos seguros de que nos amarán y acogemos a aquellos que nos... Si nos dan la bienvenida, entonces habremos hecho poco por compartir el amor de Dios, porque como dice Jesús, incluso los paganos hacen eso.

Como ven, la mayoría sabemos lo que significa la verdadera hospitalidad. Significa ser recibidos con apertura, calidez y

generosidad, sin necesidad de demostrar nada. La hospitalidad nos hace sentir dignos, porque nuestro anfitrión nos considera dignos. Este es el tipo de hospitalidad que hemos experimentado de Dios, y lo único que Dios nos pide es que hagamos lo mismo, especialmente con «el extranjero que vive entre nosotros».[5]

Mostrar hospitalidad crea un ambiente de seguridad que propicia conversaciones profundas y significativas. Al hacerlo, reconocemos a las personas como seres humanos y les brindamos paz interior. También les indicamos que existe Alguien que ofrece hospitalidad a todos y que puede satisfacer nuestra necesidad más profunda. Sin embargo, las diferencias culturales suelen dificultar la apertura y la hospitalidad hacia los demás.

Apertura y hospitalidad

Mostrar apertura y ofrecer hospitalidad no es una calle de sentido único. Ser un receptor agradecido puede ser igualmente importante, incluso si quienes ofrecen generosidad tienen mucho menos. La siguiente ilustración lo demuestra:

Cuando participaba en el ministerio universitario, un estudiante mexicanoamericano líder de nuestro capítulo de InterVarsity expresó su preocupación por su madre, quien acababa de ser operada. Le sugerí que le compráramos flores y que él se las llevara, diciéndole que eran de sus amigos cristianos de la universidad. La semana siguiente, cuando lo vi, le pregunté cómo había reaccionado su madre. Se le entristeció mucho. «Sabes, le daba mucha vergüenza recibir flores de gente que ni siquiera conocía».

Me sentí decepcionada, pero lo pensé bastante y me di cuenta de que intentar iniciar una relación dando no funcionaría. Eso era centrarse en su necesidad y debilidad, y ella y su familia probablemente ya tenían demasiadas de esas como mexicanos de

clase trabajadora dentro de la cultura estadounidense anglosajona. No teníamos una relación preestablecida que permitiera la reciprocidad. Así que le dije a Eduardo que me gustaría mucho que le pidiera a su madre —una vez recuperada— que nos invitara a cenar a un par de nosotros. Para los cristianos puede parecer contradictorio, pero comprendí que debíamos recibirla con una actitud receptiva que afirmara su dignidad honrando algo que ella tenía para dar.

Tardó un poco, pero finalmente hubo una barbacoa familiar, y Eduardo nos invitó a otro estudiante y a mí. Llevé mi guitarra y toqué y canté un par de canciones pop latinas que había aprendido de adolescente en Colombia. Resultó que la madre y la tía de Eduardo eran muy musicales y conocían muchas canciones, así que empezaron a cantar. Dejé la guitarra y simplemente escuché con deleite. Nunca olvidaré estar sentado en la entrada de su casa mientras ellas estaban junto a la parrilla, con la cabeza echada hacia atrás, cantando rancheras a coro. ¡Y la comida estaba deliciosa!

Desde entonces me he dado cuenta de que esto es muy bíblico. Después de todo, cuando Jesús comía con la gente, solía ser su invitado. A veces honramos más a los demás recibiendo su amabilidad, hospitalidad y música que tratando de darles.[6]

Diferencias culturales y la importancia de mantenerse abierto

La dicotomización —la tendencia occidental a ver las cosas en categorías discretas— se manifiesta en nuestro deseo de saber rápidamente dónde encajan las cosas. Cuando les ponemos etiquetas, podemos controlarlas. Una de nuestras formas favoritas de dicotomizar es en el ámbito de "como yo" o "diferente a mí". Si algo se parece a mí, entonces pertenece a la categoría de "bueno". Lo apruebo. Me acerco a ello. Lo promuevo. Tengo sentimientos positivos hacia ello. Si algo es diferente a mí, reacciono con sospecha, distancia, ceño fruncido, crítica e intento de cambiarlo (o

cambiarte a ti) para que se parezca a mí.

Hace un tiempo leí un estudio sobre la rapidez con la que los estadounidenses como yo tomamos decisiones sobre otras personas. El estudio medía la rapidez con la que las personas juzgaban a otras al conocerlas por primera vez. Imagina que tú y yo estuviéramos haciendo fila en algún lugar y tú, amablemente, te giraras y me presentaras. ¿Cuánto crees que tardaría en determinar si existe la posibilidad de entablar una amistad entre nosotros? ¿Treinta segundos? ¿Un minuto? ¿Cinco minutos? ¿Cuánto tiempo?

El sorprendente resultado: a la persona promedio le tomó entre 2,4 y 4,6 segundos decidir si existía la posibilidad de una relación.[7] (Cabe señalar dos cosas al respecto: por lo general, la decisión es inconsciente y, con el tiempo y la oportunidad, podemos cambiar de opinión).

Otros dos puntos de este estudio son relevantes para nosotros en lo que respecta a la apertura. Categorizamos a otras personas (¿y sus prácticas culturales?) de forma muy rápida e inconsciente. Una vez que las hemos categorizado, a menudo negativamente, cerramos nuestra mente a ellas. Entonces, nuestro comportamiento se ve influenciado, también de forma inconsciente. Es decir, lo que sucede en nuestra mente en menos de cinco segundos influye en el futuro de esa relación. La eficiencia puede no ser una virtud en el ámbito de las relaciones.

Más aterrador aún: ¿en qué nos basamos para hacer ese juicio rápido? La decisión solo puede basarse en un escaneo visual de la otra persona. Como un escáner electrónico, nuestros ojos examinan instantáneamente a la otra persona. Observamos la Características físicas: color de piel, estatura, peso, vestimenta, acento y quizás rasgos menores como la textura de la piel, el peinado, el tamaño de la nariz o la forma de las orejas. Juzgamos principalmente por las características superficiales. ¿Acaso esto no es estereotipar?

Recopilo tres o cuatro datos sobre tu apariencia y, en menos de cinco segundos, determino si me interesa una relación contigo, si eres digno/a de una relación.

Las malas noticias empeoran.

Imagina que tú y yo estamos haciendo fila y tú, con ganas de ser amable, te das la vuelta y entablas conversación. En menos de cinco segundos ya te he clasificado; digamos que no me interesa una relación (no te lo tomes a mal, es mi problema). Digamos además que tu cabello y tu aspecto general son desaliñados. Pareces recién levantado de la cama y habiendo recogido tu ropa del fondo de un montón. Ahora bien, suele ocurrir algo más. No solo he decidido que no hay futuro en esta relación, sino que también decido que eres indisciplinado, desorganizado, un inadaptado social, raro o... cualquier otra cosa que se me ocurra.

He emitido un segundo juicio sobre ti. Te he atribuido características negativas: indisciplinado, desorganizado, etc. Cuando las personas no hablan ni se ven como preferimos, asumimos cosas negativas sobre ellas. En la investigación social, esto se denomina «atribución negativa».[8] La atribución negativa, en esencia, afirma que cada vez que oímos, vemos o experimentamos a alguien o algo que nos confunde, le atribuimos una característica negativa. Culpamos a la persona o cosa de nuestra confusión. Parece ser un rasgo humano universal, pero las personas en Estados Unidos, donde se realizó la investigación, pueden hacerlo con mayor frecuencia que otras.

Estadounidenses se reúnen con alemanes

En ocasiones he trabajado como consultor corporativo. En una gran empresa automotriz, ingenieros alemanes y estadounidenses se reunieron para colaborar en un proyecto conjunto. Se les pidió a ambos grupos que compartieran su perspectiva sobre los demás. A pesar de ser su primer encuentro, los comentarios fueron sinceros y reveladores. Al elaborar las listas, la gran mayoría de las percepciones que cada grupo tenía sobre el otro eran negativas. Para colmo, ambos grupos creían que sus percepciones negativas eran ciertas, no simples estereotipos. En consecuencia, ambos grupos iniciaron esta relación con recelo, resistencia y prejuicios negativos sobre el otro.

Los estereotipos, ya sean basados en experiencias pasadas o aprendidos de otros, tienden a impedirnos ser abiertos con los miembros de otros grupos. Cuando categorizamos a otro grupo de personas, generalmente lo hacemos de forma negativa, y, como consecuencia, inevitablemente se producen comportamientos negativos.

No solo tomamos decisiones en cuestión de dos a cinco segundos sobre si las personas son como nosotros o diferentes, sino que, de alguna manera, también nos sentimos con la libertad de señalar sus aspectos negativos. Esta tendencia puede ser un gran problema al integrarnos en otra cultura donde las personas (1) lucen muy diferentes, (2) su entorno es muy distinto al nuestro, (3) hablan un idioma o tienen un acento diferente, y (4) viven de maneras que nos confunden. Por la gracia de Dios, existe una mejor manera. Y con el poder del Espíritu Santo podemos aprender a practicar habilidades que nos permitirán superar estas tendencias naturales, pero impías.

Habilidades para la apertura

Para cada paso hacia el servicio, he identificado un conjunto de habilidades. Si bien ser consciente de estas habilidades es útil, resultan inútiles si no se practican. Estas habilidades pueden practicarse en el hogar, la iglesia, los comercios, la escuela o el vecindario. Practicarlas en tu cultura de origen las hará más naturales, de modo que al integrarte en otra cultura, no necesitarás desarrollarlas, sino simplemente encontrar las maneras adecuadas de expresarlas. Este libro presenta las actitudes y prácticas del servicio en diversas culturas, pero es fundamental que primero apliques estas ideas en tu propia cultura.

Suspender el juicio. La primera habilidad necesaria para desarrollar una actitud de La apertura hacia quienes son diferentes es la capacidad de suspender el juicio. Supongamos que estoy en una tienda esperando para pagar. Detrás de mí hay una mujer descuidada, con el pelo sin arreglar, vestida de forma desaliñada y con una higiene deficiente. En menos de cinco segundos, probablemente sacaré conclusiones sobre ella, ninguna positiva. Sin embargo, si me detengo a analizar mis pensamientos, podría reconsiderarlos. Tal vez acaba de enterarse de que su padre tiene cáncer y está corriendo para ayudarlo. Tal vez su hijo enfermo necesita urgentemente medicamentos. O tal vez está deprimida. O despreocupada. Al suspender el juicio, puedo mantener la mente abierta a explicaciones alternativas para lo que veo y oigo, en lugar de asumir inmediatamente algo negativo. La cuestión no es tanto qué pudo haber causado su apariencia, sino cuál es mi respuesta ante esta "extraña" que Dios ha creado. Si permito que la atribución negativa tome el control, tiendo a ignorar la humanidad de la mujer y sus verdaderas necesidades. Pero si reprimo una respuesta rápida y me mantengo abierto, se convierte en una oportunidad para la hospitalidad, un momento de gracia, tal vez incluso de sanación.

La teoría de la atribución afirma que pensamos negativamente sobre los demás de forma rápida e inconsciente si, de alguna manera, no cumplen con nuestras expectativas. Luego, asumimos que la atribución es un hecho, sin comprobarla. La Biblia llama a esto «juzgar a los demás». Cuando Jesús fue acusado de violar el sábado, declaró: «No juzguen por las apariencias, sino juzguen con justicia» (Jn 7:24).

Todos los juicios son erróneos, pero los juicios prematuros son aún peores. Debemos suspender el juicio hasta tener una visión más clara. Esto es antinatural y requiere tiempo. Por eso debemos practicar la suspensión del juicio.

Emitir un juicio es lo mismo que llegar a una conclusión. Si la conclusión es errónea, hemos actuado injustamente hacia la persona. Además, una vez que hemos llegado a una conclusión, nuestra mente se cierra a nueva información que pueda cambiarla. Peor aún, una vez formada nuestra conclusión, tendemos a ver solo la evidencia que la confirma. En una cultura nueva, ante una multitud de diferencias, somos propensos a juzgar desde nuestra perspectiva cultural. Con demasiada frecuencia vemos negativamente lo que Dios ve como diferencia. Si simplemente es diferente y no incorrecto, debemos mantenernos abiertos y ser receptivos.

Todos nos esforzamos por mantener la imparcialidad en nuestros juicios. Dios nos advierte, con razón, que juzguemos con sumo cuidado, pues un juicio erróneo perjudica a otro ser humano y, por ende, a Jesús. Por lo tanto, suspender el juicio es la primera habilidad para mantener una actitud abierta. Nos protege de juicios negativos prematuros y nos mantiene receptivos a nueva información que pueda ayudarnos a juzgar con precisión.

A continuación, se presentan algunos pasos que puede seguir para evitar juicios negativos prematuros:

Reconoce que estás emitiendo un juicio negativo. Te será útil

poder controlar este tipo de pensamientos en prácticamente cualquier situación social. Pregúntate: ¿Estoy sacando conclusiones negativas precipitadamente?

Detente en cuanto te des cuenta de que tienes un pensamiento negativo, haces un comentario negativo o emites un juicio negativo. Pregúntate si tienes suficiente información para juzgar negativamente a esa persona. ¿Deberías abstenerte de juzgar, obtener más información y buscar una comprensión cultural antes de llegar a una conclusión?

¿Viola el comportamiento observado algún mandato claro de las Escrituras o debería considerarse una diferencia cultural?

Si viola un mandato bíblico claro, ¿cómo puedes responder de manera que sigas comunicando apertura al tiempo que abordan la preocupación? Esto requiere mucha sabiduría y no debe hacerse rápidamente y probablemente no de la misma manera que en tu propia cultura.

A menos que lleves varios años inmerso en una cultura determinada, te recomiendo encarecidamente que compartas tus ideas con un pastor local maduro o un misionero experimentado, en lugar de intentar abordarlas por tu cuenta.

Sin embargo, si te preocupa alguna diferencia cultural, puedes mantener una actitud abierta e incluso celebrarla como parte de la maravillosa diversidad de Dios.

Luego, intenta comprender cómo esta diferencia forma parte del entramado cultural más amplio.

Poner en práctica estos pasos en nuestro entorno familiar contribuirá a una mejor comunicación, menos malentendidos y relaciones más sólidas con hermanos, padres, cónyuge, suegros, hijos y compañeros de trabajo. Nótese que no incluí a los amigos en la lista anterior. La razón es que, con los amigos, solemos

practicar la atribución positiva; es decir, la mayoría de sus acciones las interpretamos de forma positiva.

Siempre que evaluamos otra cultura desde nuestra propia perspectiva cultural, es probable que la otra cultura parezca peor. Generalmente, favorecemos nuestra propia perspectiva cultural y creemos que es superior a las demás. Este etnocentrismo a menudo nos lleva a atribuir características negativas a lo que observamos. Estas categorías negativas interfieren con nuestra capacidad de mostrar una consideración abierta y positiva hacia los demás. No todo será positivo en la nueva cultura, pero al menos durante los primeros años conviene ser cauteloso al atribuir características negativas. El apóstol Santiago nos ofrece una guía: «Hermanos míos, tengan presente esto: Todos deben ser prontos para escuchar y lentos para hablar» (Santiago 1:19).

Quizás, al escuchar, podamos aprender algo que nos impida cometer el grave error de juzgar mal a alguien.

Tolerancia a la ambigüedad. Una segunda habilidad necesaria para que funcione la apertura. La tolerancia a la ambigüedad es, en efecto, un tema prominente en la literatura sobre comunicación intercultural. Tolerar la ambigüedad, o vivir en incertidumbre durante períodos de tiempo, agota nuestra fortaleza emocional, lo que a su vez merma nuestra capacidad física. La mayoría de los occidentales organizan sus vidas con PDA, agendas o recordatorios emergentes en la computadora. Queda poco espacio para lo inesperado o ambiguo. Nos esforzamos por evitar la incertidumbre y vivir una vida ordenada y predecible. Lo desconocido, lo inesperado, es algo indeseado intrusión en nuestro horario. Creemos que es peligroso para el orden que hemos construido en nuestra existencia.[9]

En tiempos de incertidumbre, deseamos que las cosas se aclaren, que haya respuestas, comprensión y una solución inmediata. Algunos no se desenvuelven bien en momentos de incertidumbre. Sin embargo, existen dos razones de peso para tener paciencia,

controlar la ansiedad y sobrellevar con serenidad los momentos difíciles: (1) Dios quiere que sepamos que tiene el control de nuestras vidas y que siempre actuará con amor hacia nosotros, aunque en el momento no lo parezca; y (2) Dios quiere que aprendamos de esta experiencia y que crezcamos de alguna manera importante. Practicar la paciencia en tiempos de incertidumbre en nuestra cultura de origen nos permitirá desarrollar la habilidad necesaria para afrontar las incertidumbres de la nueva cultura.

Al adentrarnos en una nueva cultura, las ambigüedades nos acechan constantemente. A veces sentimos ganas de escondernos. Un respiro temporal puede ayudar en ocasiones, pero generalmente aprendemos a manejar mejor las incomodidades perseverando, manteniendo una mente abierta, procesando nuestras observaciones y formulando preguntas. Poco a poco, las piezas del rompecabezas cultural encajarán y surgirá una imagen hermosa de la confusión. La tolerancia a la ambigüedad nos permite perseverar cuando lo que preferiríamos sería criticar o huir.

Pensando en gris. Steven Sample, presidente de la Universidad del Sur California señala una tercera habilidad para fomentar la apertura: pensar en términos generales.

Pensar en términos generales es una característica extraordinariamente poco común que requiere un gran esfuerzo para desarrollarse. Sin embargo, es una de las habilidades más importantes que un líder puede adquirir. La mayoría de las personas son binarias e instantáneas en sus juicios; es decir, categorizan inmediatamente las cosas como buenas o malas, verdaderas o falsas, blancas o negras, amigas o enemigas. Un líder verdaderamente eficaz, en cambio, debe ser capaz de percibir los matices inherentes a una situación para tomar decisiones acertadas sobre cómo proceder. La esencia de pensar en términos generales es esta: no te formes una opinión sobre un asunto importante hasta que hayas escuchado todos los hechos relevantes.[10]

Obtén la información antes de emitir un juicio. Controla tus pensamientos mientras experimentas nuevas personas, lugares y situaciones. Detén esos pensamientos fugaces y Nómbralas. Analízalas. ¿Son negativas? ¿Positivas? ¿Verdaderas? ¿Se ha comprobado su exactitud? En la mayoría de los casos, puedes considerar la posibilidad de un análisis más general y evitar un juicio precipitado.

Atribución positiva. La cuarta habilidad para practicar en el desarrollo de una actitud de La apertura es una atribución positiva. Mientras que la atribución negativa supone lo peor de los demás cuando carecemos de certeza, la atribución positiva supone lo mejor, sin caer en la ingenuidad. Tiendo a pensar negativamente sobre los demás con rapidez. Este grave defecto me ha perjudicado durante gran parte de mi vida, especialmente al iniciar y construir las primeras etapas de las relaciones. Algo que me ha ayudado es viajar mucho. La gente del mundo ha sido amable, cortés, abierta, confiable y, en general, maravillosa conmigo. Poco a poco he logrado algunos cambios significativos al pensar intencionalmente lo mejor de ellos. Entonces, si es necesario, puedo fijarme en algunos de los aspectos menos agradables.

Un efecto secundario de mi tendencia a ver lo negativo en los demás es que luego juzgo a toda la persona (o grupo) basándome en ese único defecto. Generalizo a partir de una característica para generalizar sobre la persona. Por supuesto, esto es sumamente injusto. Soy yo quien sale perdiendo, porque podría haber aprendido y crecido mucho gracias a las personas a las que estereotipé. Si bien no debemos pasar por alto las debilidades de una persona ni fingir que no existen, tampoco debemos descartarla por una sola debilidad.

La atribución positiva nos mantiene abiertos hacia los demás, lo que permite una relación más sólida.

Pablo nos anima a pensar en lo bueno, en lo positivo: “Todo lo que

es verdadero, todo lo honorable, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo admirable, si hay alguna virtud o algo digno de alabanza, piensen en estas cosas” (Fil 4:8).

Reflexión sobre mi experiencia

Casi cuarenta años de observación me sugieren que mi generación (mayor) ha tendido a rechazar la diversidad cultural porque no la hemos distinguido adecuadamente de la diversidad religiosa. Hemos tendido a mezclar nuestra cultura y el cristianismo con demasiada facilidad, comodidad y poca crítica. A menudo confundiendo las diferencias culturales con las religiosas, hemos juzgado las diferencias culturales como erróneas. En los últimos años, parece ser más cierto lo contrario. La generación más joven, quizás influenciada por el posmodernismo y el relativismo general de la sociedad, se ha mostrado menos inclinada a distinguir entre diferencias culturales y religiosas. A menudo prefieren ver ambas como opciones válidas. Así, la generación más joven difumina las cuestiones religiosas y culturales, tendiendo a creer que si los corazones de las personas son sinceros, cualesquiera que sean sus convicciones religiosas, Dios los aceptará.

Ambas tendencias conllevan sus peligros, aunque no son lo mismo. En mi opinión, las dos generaciones necesitan dialogar, moderar sus extremos y, al hacerlo, acercarse a Dios.

Tras esta afirmación, tiendo a reafirmar las prioridades relacionales que observo en la generación más joven. No ven a las personas como un medio para un fin, como objetos para su testimonio ni como pecadores a los que vencer. Más bien, valoran genuinamente la construcción de relaciones sólidas y el desarrollo de la fe a través de la convivencia. En muchos sentidos, las ideas de este libro conectarán directamente con estos valores.

Una restricción a la apertura

Si bien la apertura es una virtud maravillosa, no debe confundirse con relativismo religioso. Espero que lo hayan percibido a lo largo del capítulo, pero quiero dejarlo claro. Nuestro desafío es ser inclusivos al extender la gracia a todas las personas, pero a la vez exclusivos al afirmar que la Biblia es la verdad autoritativa de Dios. Si bien esto suele generar acusaciones de exclusivismo, estrechez de miras, rigidez y elitismo, lo cierto es que reducir la Biblia a una sola verdad entre muchas otras es destruir sus afirmaciones. Niega su valor y autoridad, convirtiéndola en una buena obra literaria más entre muchas otras igualmente buenas. Por lo tanto, el pluralismo o la diversidad religiosa niegan la singularidad de la Biblia. No reconocer las afirmaciones únicas de Cristo tiene graves consecuencias. Stephen Rhodes cita a Lesslie Newbigin diciendo: «El relativismo que no está dispuesto a hablar de la verdad, sino solo de "lo que es verdad para mí", es una evasión de la seria tarea de vivir. Es una señal de una trágica pérdida de valor en nuestra cultura contemporánea. Es un síntoma preliminar de la muerte».[11]

Al mismo tiempo, no debemos rechazar la diversidad cultural, pues nace de las diferencias naturales que existen entre las personas. Podemos mantenernos abiertos a la diversidad cultural siempre que no viole un mandato claro de las Escrituras. La apertura a las diferencias culturales nos llevará a la aceptación, el siguiente paso para servir a las personas en contextos interculturales.

5

Aceptación

Comunicar respeto por los demás

“Tenemos la religión justa para odiarnos, pero no la suficiente para amarnos los unos a los otros.”

Jonathan Swift

“Si no aceptamos como bueno el modo en que Dios moldea nuestra persona y nuestra vida dentro de nuestra propia cultura, nunca podremos aceptar su obra en la vida de otros que son culturalmente diferentes a nosotros.”

Sherwood Lingenfelter y Marvin Mayers

Podríamos argumentar que la aceptación y su opuesto, el rechazo, se encuentran entre los comportamientos más poderosos de la raza humana. Piénsalo. ¿Acaso muchas de tus experiencias vitales devastadoras no provienen de sentirte rechazado, de no ser aceptado? ¿Despedido del trabajo? ¿Divorciado? ¿Ya no perteneces al grupo de los populares? ¿Una relación rota? ¿Rechazado? ¿Excluido del equipo?

Por otro lado, muchas de tus experiencias más preciadas probablemente sean el resultado de sentirte completamente aceptado, parte del grupo, confiado, seguro, respetado,

deseado, valorado, anhelado. “Casi todos tenemos la necesidad de ser aceptados por los demás”, dice Carley Dodd.[1] La vida es buena cuando nos sentimos aceptados.

Una cultura del rechazo

Dallas Willard ofrece una mordaz crítica de la cultura occidental y sus instituciones:

El bebé que no es recibido con amor por su madre y por los demás queda herido de por vida e incluso puede morir. Necesita un vínculo con su madre o con alguien para poder desarrollar su identidad y su vida. Y el rechazo, sin importar la edad, es una puñalada en el alma que literalmente ha matado a muchos. La cultura occidental es, en gran medida inconsciente de sí misma, una cultura de rechazo. Este es uno de los efectos irresistibles de lo que se denomina «modernidad», y afecta profundamente las formas concretas que adoptan las instituciones cristianas en nuestro tiempo. Se infiltra en nuestras almas y es un enemigo mortal de la formación espiritual en Cristo.[2]

Los niños y adolescentes suelen expresar la exclusión de forma bastante evidente. Lo vemos en la moda juvenil: alguien que viste ropa de tiendas de descuento es objeto de burlas y se siente rechazado en los pasillos de la escuela. Varios programas especiales de televisión han abordado el grave problema del acoso escolar en las escuelas primarias: niños mayores o más grandes que intimidan y golpean a otros. Al leer los relatos de tiroteos escolares, como el de Columbine, aprendemos sobre el rechazo que alimentó la ira que impulsó a los perpetradores a cometer el crimen. Los adultos también infligen rechazo a los demás, pero generalmente con mayor sutileza. La aceptación, profundamente arraigada en el carácter de Cristo mismo, debe prevalecer en

nuestras relaciones si queremos crecer a su semejanza. Entonces, ¿qué significa la aceptación y cómo debería afectarnos al ministrar en contextos interculturales?

La aceptación es la capacidad de comunicar valor, dignidad y estima a otra persona. Como en el capítulo cuatro, analizaremos conceptos bíblicos que la respaldan, ideas de la literatura de las ciencias sociales y las habilidades necesarias para ser personas que aceptan. [3]

La aceptación comenzó con Dios.

Romanos 15:7 dice: «Acéptense, pues, los unos a los otros, así como Cristo los aceptó a ustedes, para gloria de Dios». Estas son palabras desafiantes de Dios. El pasaje plantea cuatro puntos principales. Primero, ¿qué significa que Cristo te haya aceptado? Consideremos la alternativa: Cristo te ha rechazado. Nuestra aceptación por parte de Cristo y nuestra aceptación de los demás tiene enormes implicaciones para todos los aspectos de la vida.

En clase les pregunto a mis alumnos: "¿Qué significa que Cristo te haya aceptado?" Sus inspiradoras respuestas incluyen:

Jesús tomó la iniciativa de aceptarme; dio el primer gran paso para establecer nuestra relación.

Me aceptó sin condiciones, sin basarse en mis méritos; a pesar de mis pecados y debilidades, me aceptó tal como era.

Su aceptación de mí es para siempre, no tiene fin.

Como él me acepta, me siento segura, sin miedo a la exclusión ni al rechazo.

Él me ve como una persona, sin etiquetas de etnia, género, nacionalidad o estatus social.

Me valoró lo suficiente como para dar su vida; aceptarme le costó muy caro. “Cuando todavía éramos pecadores, Cristo murió por nosotros” (Rom 5:8) expresa el amor de Dios profunda aceptación de nosotros, el grado en que nos valoraba y su deseo de una relación con nosotros.

Acéptense unos a otros

El segundo punto principal de Romanos 15:7, y el más difícil para mí, es el de «aceptarse unos a otros», con la premisa de: «así como Cristo los aceptó a ustedes». Este pasaje fue escrito a los creyentes de Roma, quienes no se llevaban bien. Discutían por diferencias, pues cada grupo creía tener una postura más espiritual que los demás (véase Romanos 14). Pablo desea que apliquen este concepto de aceptación para superar el falso sentimiento de superioridad y restaurar el amor y la unidad en el cuerpo de Cristo.

Teniendo en cuenta la lista anterior, así es como se vería la aceptación mutua:

Debemos tomar la iniciativa de mostrar aceptación hacia los demás, haciéndolos sentir valorados y respetados.

Aceptamos incondicionalmente a los demás sin tener en cuenta sus características externas, su estilo de vida, sus decisiones, sus hábitos, etc. (Nota: la aceptación no es aprobación).

No tenemos la opción de rechazar a ninguna persona, aunque

podemos, de una manera culturalmente apropiada, abordar comportamientos que la Biblia declara claramente como pecaminosos.

Debemos eliminar nuestros propios comportamientos deshumanizadores, como las amenazas, las intimidaciones, las luchas de poder y otras formas impías de manipulación.

Aceptamos a las personas, sin más; al igual que Jesús, debemos rechazar etiquetas como raza, generación y género, ya que no son guías erróneas sobre cómo tratar a otro ser humano.

Prevemos que aceptar a los demás de esta manera puede tener un alto precio.

El tercer punto clave relaciona la aceptación de los demás con la gloria de Dios. Algo asombroso sucede cuando el pueblo de Dios se vuelve tolerante. Revela la gloria de Dios. Esta es la lección para todos los que trabajan en contextos interculturales y pertenecen a Cristo. Aceptarnos unos a otros puede ser uno de los actos de amor más poderosos que podemos ofrecernos, porque promueve la unidad. La unidad en Cristo es tan maravillosa que su expresión natural es cantar las alabanzas de Dios. El mundo percibe el amor sanador y la plenitud del cuerpo y ve a un Dios grande y poderoso. Ven su gloria.

En cuarto lugar, aceptarnos unos a otros promueve la misión de Dios. Cuando nos aceptamos mutuamente a pesar de nuestras diferencias, fomentamos la unidad en el cuerpo. Esta unidad revela la gloria de Dios y el poder de su amor. En este ambiente, dice Pablo, se realiza la misión: «Para que los gentiles glorifiquen a Dios por su misericordia».

«Los gentiles pondrán su esperanza en él» (Romanos 15:9, 12). Si Satanás logra sembrar la discordia entre los cristianos, nada significativo se conseguirá. Por esta razón, aceptarnos unos a otros

se vuelve fundamental para la misión que Dios nos ha encomendado.

Problemas en la Iglesia

Las diferencias entre las iglesias de Roma y Corinto provocaron que la gente tomara partido, y los creyentes estaban «dentro» o «fuera» (1 Cor 1:11-13). Pablo califica estas diferencias como «asuntos discutibles» (Rom 14:1), zonas grises. Los asuntos discutibles son cuestiones que no deben considerarse correctas o incorrectas, buenas o malas, morales o inmorales. Tampoco debemos menospreciar a quien tenga una opinión diferente sobre estos asuntos discutibles (Rom 14:3). Tener opiniones diferentes sobre el mismo tema no debe romper nuestra comunión. En Roma y Corinto, el problema era la comida: qué se podía o no se podía comer. Quienes tenían una conciencia débil se abstendían de ciertos alimentos, mientras que otros, incluido Pablo, creían que «todo alimento es limpio» (Rom 14:20; cf. Rom 14:14; 1 Cor 8:8). Pero la conclusión es: «Dejen de juzgarse unos a otros». No destruyas la obra de Dios por la
por causa de la comida” (Rom. 14:13, 20). Luego viene una advertencia ominosa: “Cuando pequen contra sus hermanos de esta manera.....tú pecado contra Cristo” (1 Cor 8:12).

Me pregunto cuántos de nosotros nos damos cuenta de que maltratar a otro creyente es un “pecado contra Cristo”.

Pablo concluye su discurso con una nota positiva. Un cristiano que acepta a los demás valora tanto a la otra persona que prefiere sacrificar una preferencia personal, incluso un derecho, antes que arriesgarse a perder la relación o ser un obstáculo para ella (1 Corintios 8:13).

Aceptar es bendecir

La bendición, un tema central en el Antiguo Testamento, es una forma de comunicar aceptación. Bendecir a alguien es “doblar la rodilla” ante él como señal de honor y respeto.[4] Aún más importante, bendecir significa “valorar mucho a alguien o algo”.[5] La Escritura presenta la bendición en términos relacionales: Dios bendice a las personas, las personas se bendicen mutuamente y las personas bendicen a Dios. Rhodes comenta:

En la Biblia, al bendecir a la humanidad, Dios nos dice cuánto nos valora. Cuando nos bendecimos unos a otros, nos recordamos mutuamente lo importantes y significativas que son nuestras vidas para los demás. Y cuando bendecimos a Dios, como en la adoración, le decimos lo importante que es para nosotros.[6]

En un mundo multicultural, la iglesia está llamada a bendecir a las naciones valorando a las personas y las culturas en su particularidad. Dios nos llama a recordar al mundo el gran valor que Él ha otorgado no solo a cada persona, sino también a cada familia, etnia, tribu, lengua y nación. No solo oramos por el bienestar de las personas, sino que también buscamos relacionarnos con ellas. Por lo tanto, el ministerio de bendición nunca puede ser etnocéntrico; debe ser un asunto familiar, que abarque a «todas las familias de la tierra».

La bendición de Dios a Abraham en Génesis 12:1-3 nos enseña que el propósito de ser bendecidos es bendecir a otros; es decir, habiendo descubierto cuánto nos valora el Creador, debemos a su vez valorar la creación de Dios. El ministerio de la bendición nos recuerda la conexión esencial de la vida cristiana. Nos recuerda que fuimos creados para vivir en relación. No podemos vivir solos, contando nuestras propias bendiciones. Más bien, el acto de bendecir afirma la intención multicultural de Dios para la creación. Al bendecir y ser bendecidos, descubrimos

el restablecimiento de la verdadera unidad querida por Dios.[7]

Algunos recordamos el antiguo himno «Cuenta tus bendiciones», que nos anima a «ver lo que Dios ha hecho». Quizás deberíamos añadir otro verso que nos anime a bendecir a los demás hablándoles de Dios. Al bendecir a los demás, especialmente a aquellos que están fuera de nuestro círculo habitual, bendecimos a Dios.

Dignidad: El don sagrado

Dios creó al ser humano «a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó» (Génesis 1:27). Todos llevamos la imagen de Dios. Su semejanza se manifiesta en ti, en mí, en el vecino, en el pobre, en el que vive en un barrio marginal, en la persona con VIH/SIDA e incluso en el condenado a muerte. Dios ha sido generoso. Ha compartido algo de sí mismo con cada ser humano, lo que lo hace absolutamente único, diferente a cualquier otra criatura. Dios quiere que veamos su rostro cuando miramos el rostro de los demás.

Puesto que llevamos la imagen de Dios, nadie es insignificante; nadie carece de valor. La vida tiene sentido, y nosotros tenemos sentido e importancia porque la impronta de Dios está impresa en nuestra humanidad. Por lo tanto, debemos ver a los demás como Dios los ve, tratarlos como Él lo haría y nombrarlos como Él los nombra.

La aceptación incondicional y continua se basa, pues, en el hecho de que Dios ha otorgado dignidad y valor a cada ser humano. Por lo tanto, no tenemos otra opción. O bien los tratamos con el respeto y la dignidad que Dios les ha concedido, o bien profanamos la imagen de Dios en esa persona al tratarla con menos valor. No

podemos honrar a Dios y, al mismo tiempo, tratar a otra persona de forma manipuladora, deshumanizante e irrespetuosa. Como dice Darrow Miller: «La forma en que tratas a una persona en el breve instante en que pasan juntos por una puerta giratoria revela al mundo lo que piensas de ella».[8] Nuestra visión de las personas se manifiesta incluso en las circunstancias más insignificantes.

Esa no es una prostituta. A mediados de los 90, mi esposa y yo, ambos profesores en una En la universidad cristiana, nos sentíamos desconectados de las necesidades y realidades del mundo. Por invitación de John Green, un estudiante de posgrado, decidimos ministrar a la gente caminando por las calles de Chicago una noche a la semana durante aproximadamente un año. Mark Van Houten y John Green, veteranos en este ministerio, nos orientaron sobre la vida en la calle. Camina despacio para que la gente pueda acercarse. Camina cerca de la acera; los callejones pueden ser peligrosos. Camina por la misma ruta cada noche para que te conviertas en

Familiar para quienes transitan por las calles. Lee los símbolos de las pandillas para saber en qué territorio te encuentras. Cruza la calle en lugar de rodear a un grupo de personas que podrían amenazarte. Llegábamos alrededor de las 8 de la noche y caminábamos lentamente por la misma ruta cada semana, para finalmente regresar a casa alrededor de las 3 de la madrugada.

Una noche, mientras paseaba con Mark, vi a una mujer en la esquina. Iba con poca ropa. Me giré hacia él y le pregunté en voz baja, para que no me oyera: "¿Es prostituta?". Hizo una pausa; recuerdo haber pensado: ¿Por qué la pausa? Es obvio. Entonces dijo con firmeza: "¡No! Esa no es una prostituta. Es una persona... que ejerce la prostitución". Su profunda declaración me conmueve hasta el día de hoy.

Cuando yo vi a esa mujer, vi a una prostituta. Cuando Mark la vio, vio a un ser humano.

¿Qué crees que habría visto Jesús?

¿Qué marcó la diferencia en nuestras percepciones? Yo tendía a categorizar a las personas —sin hogar, borracho, drogadicto, prostituta, proxeneta, mendigo— y así sabía cómo tratarlas: una vocación respetable trae respeto; una vocación irrespetuosa, falta de respeto. Decidía a quién aceptar no por el hecho de que estuvieran hechas a imagen de Dios, sino por el tipo de vida que llevaban. Mark, en cambio, veía la imagen de Dios en todos, independientemente de su actividad. Esta verdad hacía que cada persona fuera, ante todo, un ser humano amado por Dios, aceptado por Cristo, sagradamente dotado de dignidad y digno de ser tratado con respeto y honor por cualquier otro ser humano. Él aceptaba a esta persona en la prostitución tal como lo haría Cristo.

Sobre mi cadáver. Hace más de veinticinco años, Christianity Today publicó: Una entrevista con Helmut Thielicke, un pastor alemán que resistió a los nazis y sobrevivió al Holocausto. El artículo se centraba en «cómo pudieron ocurrir las atrocidades perpetradas por Hitler en un país que dio a luz a Bach, Beethoven, Thomas Mann y otras figuras destacadas del arte y la ciencia».[9]

Thielicke da ocho razones, pero luego declara que "la razón última por la que todo esto pudo haber sucedido es de naturaleza teológica", y radica en la antropología defectuosa de los gobernantes. Explica: "Hay dos visiones extremadamente diferentes del hombre". Por un lado, la persona es evaluada según "su valor funcional".[E]sta visión del hombre es pragmática." Cuando alguien no es Si una persona ya no puede funcionar debido a la edad, una discapacidad o una lesión, entonces esta "vida inútil, como una máquina que ya no funciona, debe ser desechada. En este caso, el término utilizado es 'liquidar'".[10]

La visión opuesta es la que encontramos en el Evangelio. Aquí, la dignidad del hombre no se basa en su capacidad funcional, sino en

el hecho de que Dios lo ama, que fue redimido a un precio muy alto, que Cristo murió por él y que, por lo tanto, está bajo la protección de la bondad eterna de Dios. Y los discapacitados mentales y aquellos que son considerados indignos por los hombres también están bajo su protección.

Así, Bodelschwingh, director de una institución para epilépticos, pudo enfrentarse a los mirmidones de las SS y decir: «Solo se los llevarán (para matarlos) pasando por encima de mi cadáver». Sabía que incluso los más miserables, en quienes nuestros ojos humanos apenas pueden ver una chispa de humanidad, son amados por Dios—y nadie se atreve a arrebatarlos. No poseen valores funcionales inmanentes, pero sí lo que Lutero denominó la «dignidad ajena» del hombre, lo que significa que tienen una relación, una historia con Dios, y que el sacrificio divino los santifica y los hace sacrosantos. Solo en esta «dignidad ajena» reside la seguridad. En cualquier otro caso, quedamos a merced de la evaluación y manipulación humanas.[11]

Mientras que los nazis veían a los epilépticos como seres sin valor, como máquinas desgastadas, este director alemán los veía como seres sagrados, seres humanos dignos de aceptación y honor.

Empujar a las personas hacia uno de dos destinos. C.S. Lewis nos ofrece una En su sermón «El peso de la gloria», resume cómo ver a las personas y ofrece una perspectiva profunda sobre cada interacción humana. Afirma que tendemos a pensar demasiado en nosotros mismos y muy poco en nuestro prójimo.

Es algo serio vivir en una sociedad de posibles dioses y diosas, recordar que la persona más aburrida y poco interesante con la que hables puede ser algún día una criatura que, si la vieras ahora, te sentirías fuertemente tentado a adorar, o bien un horror y una corrupción como los que encuentras ahora, si es que los encuentras, solo en un

pesadilla. Durante todo el día, de una u otra forma, nos ayudamos mutuamente a alcanzar uno u otro de estos destinos. Es a la luz de estas abrumadoras posibilidades, con el asombro y la prudencia que les corresponden, que debemos llevar a cabo todas nuestras relaciones, todas las amistades, todos los amores, todos los juegos, toda la política.

No existen personas comunes y corrientes. Jamás has hablado con un simple mortal. Las naciones, las culturas, las artes, la civilización: todo esto es mortal, y su vida es para nosotros como la de un mosquito. Pero es con los inmortales con quienes bromeamos, trabajamos, nos casamos, despreciamos y explotamos: horrores inmortales o esplendores eternos.[12]

Hoy, cada contacto con otra persona se convierte en un momento sagrado o profano, según cómo lo perciba y lo gestione. Aceptar y afirmar la dignidad del otro nutrirá la imagen de Dios en él. Menospreciar a esa persona o no mostrarle respeto contribuirá a una mayor distorsión de la imagen de Dios en ella.

Parece que con facilidad menospreciamos a quienes son más pobres, menos educados, tienen discapacidades mentales o físicas, pertenecen a un estatus social inferior o son diferentes a nosotros de alguna otra manera. Parece ser un problema humano, ya que los pobres o menos educados también pueden menospreciar a los demás.

Factores que limitan nuestra aceptación de los demás

Lenguaje. En una situación intercultural, el idioma limita nuestra capacidad de comunicarnos verbalmente. Comunicar aceptación a los demás. Esto complica las cosas. No esforzarse por aprender el idioma de otra persona es, en sí mismo, una forma de rechazo. No podemos separarnos del idioma que hablamos. Es la forma en que nos definimos y damos sentido a la vida. Quien no conoce mi idioma no me conoce. Incluso cuando los misioneros de corta

duración se esfuerzan por aprender al menos algunos saludos y una despedida, demuestran que valoran a los demás.

Cuando mi esposa y yo vivíamos en Sudáfrica, viajábamos ocasionalmente al norte, a Zimbabue (entonces Rodesia), su tierra natal, la tierra de su madre misionera y el lugar de sepultura de su padre. La primera vez que entramos en Zimbabue, paramos a repostar y nos atendió un zimbabuense negro. Le hablé en inglés (probablemente su tercer idioma después del ndebele y el shona), y él, muy amablemente, se ocupó de nuestro coche. Mi esposa salió del coche y lo saludó en shona. Una enorme sonrisa iluminó su rostro y se llenó de alegría. Jamás había visto una transformación tan inmediata, simplemente porque una persona blanca hablaba su idioma. Se sintió aceptado, valorado.

Impaciencia. La impaciencia limita la aceptación de los demás. Me gusta ver cómo suceden las cosas. ¡Rápido, cuanto antes mejor! Odio hacer cola; los anuncios de televisión me frustran porque me obligan a esperar a que termine el programa. Los semáforos largos son una pérdida de tiempo molesta. Sé que puedo rezar y hacer otras cosas productivas durante estas esperas, pero a menudo la impaciencia me consume. En muchas partes del mundo, esperar no es un problema. Las reuniones no empiezan a la hora (occidental); las citas se retrasan entre treinta y cuarenta y cinco minutos o más; el tráfico puede estar atascado eternamente; las carreteras están en mal estado, lo que requiere horas para hacer trayectos relativamente cortos. Todo esto puede ser muy frustrante, pero solo porque no es a lo que estoy acostumbrado. Necesitamos encontrar maneras de lidiar con las pequeñas frustraciones de la vida, o nos impedirán valorar y celebrar a las personas.

Varias cosas me ayudan. Me he convertido en un observador de personas, lo cual es a la vez

Intrigante e informativo. La observación es una excelente manera de aprender sobre otra cultura. Después de observar a los demás, intenta identificar los valores que ves que practican. También llevo conmigo material de lectura. Las tarjetas para memorizar versículos bíblicos son útiles cuando tengo tiempo libre. Entablar una conversación con alguien que parece no estar muy ocupado puede ser una grata sorpresa. A veces hago estiramientos y ejercicios aeróbicos suaves si creo que puedo hacerlo sin que me pillen. Si la impaciencia es un problema para ti en tu cultura de origen, tu paciencia se pondrá a prueba con frecuencia en una cultura nueva. Sin varias estrategias para lidiar con las frustraciones diarias, acumularás sentimientos negativos y la gente percibirá tu rechazo, frustrando cualquier oportunidad de un ministerio significativo.

Etnocentrismo. El etnocentrismo es un obstáculo inconsciente en Comunicar aceptación. Se refiere a la tendencia de cada persona a creer que sus propios valores y tradiciones culturales son superiores a los de otras culturas. Cuanto más diferente sea la otra cultura de la mía, mayor será mi tendencia a emitir juicios desfavorables.

Si bien el etnocentrismo es un rasgo humano, parece que los estadounidenses lo manifiestan con mayor rapidez y contundencia debido a su franqueza. Esto podría explicar por qué muchas personas de otras culturas los perciben como arrogantes, controladores e incluso neocoloniales. La mayoría de los estadounidenses que viajan a otros países, a menudo con fines humanitarios, identifican rápidamente un problema, ofrecen una solución y se dedican a corregir lo que consideran incorrecto. Les encanta ser eficientes y administrar bien el tiempo y los recursos. Encuentran satisfacción en el trabajo bien hecho para quienes lo necesitan. Si bien en Estados Unidos suelen considerarse virtudes, en otros lugares estos comportamientos pueden percibirse como agresivos y paternalistas, haciendo que los demás se sientan

inferiores, débiles, defectuosos o irrespetados. En consecuencia, quienes servimos pueden no percibir como tales el bien que pretendemos. Y la bendición que emana de la aceptación no se experimenta.

La respuesta típica estadounidense es: "¿Por qué no nos lo dijeron? Deberían haberlo dicho si no lo estábamos haciendo bien". Es muy probable que sí nos lo hayan dicho de forma clara y contundente para su cultura. Pero nosotros, los estadounidenses, no pudimos entenderlo debido a nuestra tradición cultural. Por ejemplo, en muchas culturas se utilizan historias para comunicar la actitud u opinión sobre un tema. Si escuchas una historia de un lugareño que te parece curiosa, pero no entiendes por qué la cuenta, podrías suponer que está dirigida a ti, para que comprendas mejor la cultura y desarrolles sensibilidad cultural.

Amplitud de categoría. El rango de cosas que colocamos en una categoría mental se llama Amplitud de la categoría.[13] Todos tenemos categorías mentales con las que organizamos el mundo, tomamos decisiones y evitamos confusiones. Estas categorías nos ayudan a distinguir entre camiones y ardillas, teléfonos y pelotas de golf, personas y bombillas. Nombramos todo en nuestro mundo, y esos nombres se convierten en las categorías con las que pensamos. La persona con categorías más amplias puede aceptar una gama más amplia de elementos dentro de una categoría. La persona con categorías más estrechas preferiría crear una nueva categoría en lugar de ampliar una existente.

Por ejemplo, una persona con una visión amplia podría incluir más elementos en la categoría de "diferencias culturales", mientras que una persona con una visión más limitada no tendería a ampliar las categorías existentes y, en cambio, colocaría muchas de las diferencias en la categoría de "incorrecto", que ya incluye muchos otros elementos. Quien utiliza una visión limitada tiene definiciones más estrictas de "correcto", "incorrecto" y "diferente". Es evidente cómo esto puede generar rápidamente conflictos entre misioneros y entre misioneros y lugareños. Nuestras categorías

mentales y cómo las utilizamos determinan nuestra interacción con los demás.

Ambos tipos de personas poseen fortalezas maravillosas, por lo que no se trata de cuál es mejor. Sin embargo, en lo que respecta a la adaptación intercultural y el ministerio, una persona con categorías estrechas tiene ciertas tendencias que podrían obstaculizar las relaciones. Por ejemplo, quienes categorizan de forma estrecha tienden a ser más etnocéntricos, más reaccionarios y buscan menos información antes de emitir juicios.[14] Quienes categorizan de forma más amplia, por otro lado, tienden a buscar más información antes de emitir juicios y son más propensos a colocar las diferencias culturales en una categoría neutral en lugar de en la categoría de "incorrecto".[15] Esto significa que algunos de nosotros debemos ser más cautelosos antes de emitir un juicio, para no cometer errores que sean injustos para la gente local.

Dogmatismo. El dogmatismo se refiere al grado de rigidez con que mantenemos nuestras creencias, nuestras tradiciones culturales y nuestras preferencias personales. La persona dogmática, aquella que se aferra firmemente a sus propias creencias y tradiciones, tiende a ver la diferencia como algo incorrecto o inferior que debe ser corregido. Esta persona carece de “apertura en la comunicación debido a los límites rígidos de sus creencias o prácticas”....en una cultura.”[16] Después de estar mucho tiempo cerca de una persona dogmática, uno puede sentirse menospreciado ya que no hay espacio para la exploración de ideas o el diálogo. Las conversaciones suelen convertirse en confrontaciones de ganar o perder.[17] Las personas dogmáticas pueden quemar fácilmente las relaciones y a veces son francamente desagradables. Hablan como si su forma de ver las cosas fuera la única. Si no lo haces Si lo ves desde su perspectiva, estás equivocado. Por eso, las personas dogmáticas suelen mostrar una comunicación defensiva que provoca la misma actitud en los demás. Pueden ser argumentativas, pero afirman serlo en un intento por encontrar o defender la verdad.

Una cosa es tener categorías más amplias o más estrechas, y otra muy distinta es considerarlas absoluta y siempre correctas. «La mente rígida valora las distinciones nítidas y claras».[18] «Si mantenemos nuestras categorías rígidamente, no reconocemos las variaciones individuales»,[19] y una vez que hemos colocado a alguien (o alguna idea o tradición) en una categoría, es poco probable que cambiemos de opinión a pesar de la evidencia.

Cuándo ser dogmático y cuándo ser flexible. Algunos asuntos requieren dogmatismo, especialmente cuando confiamos en la Biblia. La Biblia habla con autoridad sobre muchos temas, pero no debemos ser dogmáticos en todo. Por ejemplo, soy dogmático respecto a doctrinas fundamentales como la Trinidad, la divinidad y la resurrección corporal de Cristo, la salvación por la fe en Jesucristo, el nacimiento virginal y la absoluta integridad de las Escrituras. Si bien no soy de mente abierta en estos temas, estoy dispuesto a explicar por qué creo en ellos y a mantenerlos firmemente. También quiero escuchar atentamente a quienes no están de acuerdo conmigo. En todas las situaciones, quiero que mi diálogo esté impregnado de amabilidad y sensibilidad; algunos lo llaman un «espíritu conciliador».

Tengo opiniones sobre otras doctrinas, pero también estoy abierto a otros puntos de vista, como el gobierno de la iglesia, el tiempo de la Gran Tribulación, las formas de adoración e incluso el modo de bautismo. Puedo aferrarme firmemente a una doctrina, pero ser flexible en su expresión; esto se conoce como el principio de «flexibilidad fija». Por ejemplo, Dios llama a todo su pueblo a reunirse para adorar. Esa es la parte fija. Pero no dicta el estilo de adoración. Esa es la parte flexible. La Biblia ofrece pautas como la oración, la enseñanza y predicación centradas en la Biblia, y la música y alabanza enfocadas en Dios. Dios nos da libertad en la forma en que adoramos, siempre y cuando nuestro pueblo se centre en Él, en su dignidad y en su propósito en nuestras vidas.[20]

Sin embargo, tiendo a creer que todas mis creencias son

indiscutibles y que todas mis tradiciones culturales son las mejores. Me resulta fácil juzgarte desde mi perspectiva cultural, personal o teológica. Cuando nos encontramos actuando con arrogancia y dogmatismo en tales situaciones, conviene recordar las palabras atribuidas a Martín Lutero: «Quien cree que su doctrina es perfectamente correcta y verdadera solo tiene que levantar las manos y tocarse las orejas para descubrir que son las largas y peludas orejas de un burro». ¡Cuidado con tener orejas de burro!

Conociendo al oso ruso. He tenido mis propias luchas con las categorías estrechas y el dogmatismo. Durante mi infancia, Rusia (es decir, la Unión Soviética) era vista como la gran amenaza para la libertad y la democracia. Periódicamente, el miedo a un ataque ruso era tan grande que mi escuela primaria realizaba simulacros de ataque aéreo. El timbre (no teníamos sirenas) nos indicaba que saliéramos sigilosamente de nuestros pupitres y nos agacháramos debajo de ellos o que nos dirigiéramos al sótano, donde barriles marrones con alimentos secos y agua potable nos aseguraban que podíamos sobrevivir. De niño aprendí a odiar a los rusos, sin haber visto ni conocido jamás a uno. Sabía que todos eran gente malvada y destructiva. Esto puede ser difícil de imaginar en la sociedad actual, pero la Guerra Fría tuvo este efecto en muchos de nosotros.

En 1990, poco después de la caída del Telón de Acero, me pidieron que impartiera varias conferencias en universidades de los países de la antigua Unión Soviética. Mi primer pensamiento fue: ¿Por qué? ¿Por qué estas personas que nos causaron tanto temor a mí, a mi familia y a mi país deberían recibir ahora un trato favorable? En definitiva, ¿puedo mostrar respeto y valor a quienes aún considero enemigos? ¿Puedo aceptarlos como lo hace Cristo?

Nos reunimos en la Universidad Lingüística Estatal de Moscú. El tema, elegido por los rusos, era «Formación del carácter a través de la educación superior». Llevé a cuatro cristianos de universidades

de Estados Unidos y a uno de Australia que podían abordar el tema desde una perspectiva cristiana, pero con sensibilidad para no ofender a nuestros anfitriones rusos. Los rusos contaron con un número igual de profesores que presentaron ponencias. Dejamos claro de antemano que creíamos en el Dios de la Biblia. Es necesario establecer normas de conducta en algún lugar, y ahí es donde fundamentamos nuestras creencias sobre la formación del carácter. Esto no pareció causar ningún problema.

La conferencia transcurrió sin contratiempos, aunque con bastante formalidad. Las relaciones fueron agradables, pero distantes. Las interacciones fueron frecuentes, pero también reservadas. El banquete de la última noche resultó ser un punto de inflexión. Me di cuenta cada vez más de que estas personas no solo eran rusas, sino seres humanos. Nos mostraron cortesía y respeto de diversas maneras, lo cual recibí con gratitud manifiesta, pero también con una sospecha oculta sobre sus motivos. Sin embargo, no pude negar el efecto acumulativo. La hermosa presentación de la comida, la bebida y la decoración evidenciaba su aprecio por el tiempo que compartimos. El protocolo exigía que varios líderes de la conferencia pronunciaran breves discursos y ofrecieran un brindis. Hice algo que me sorprendió.

Me encontré relatando mi historia de arrastrarme bajo el escritorio, bajar al sótano, presentir un peligro inminente y sentir una profunda aversión hacia los rusos. Los dignatarios alrededor de la mesa, el presidente (a quien llamaban rector), su gabinete, los jefes de departamento, todos permanecieron en un silencio calculado mientras yo expresaba mis sentimientos. Mis colegas, atónitos por mi brutal honestidad, se preguntaban si iba a destruir la buena voluntad que se había construido.

Entonces comencé a relatar la maravillosa hospitalidad de mis homólogos rusos, cómo habían desmantelado mis estereotipos y temores. Les agradecí su amabilidad y les dije que ya no podía creer que fueran mis enemigos. Basándome en nuestra semana

juntos, expresé mi esperanza de que nuestras dos naciones coexistieran pacíficamente, e incluso que encontraran la amistad. Me comprometí a compartir la historia de este lugar, donde antiguos enemigos encontraron su humanidad común y descubrieron que éramos más parecidos que diferentes. Todos deseábamos vivir nuestras vidas libres de amenazas y destrucción. Queríamos disfrutar de nuestros hijos y nietos sin la ominosa nube de la guerra y la devastación que ensombrecía cada día.

El rector se puso de pie y ofreció su brindis y su respuesta. Reflexionando profundamente, explorando visiblemente su propia gama de emociones, relató temores similares, animosidad y un resentimiento enfermizo hacia los estadounidenses. El gobierno ruso comunicó enfáticamente a su pueblo que los estadounidenses estaban decididos a destruir Rusia. La maquinaria militar estadounidense estaba lista para lanzar un ataque sorpresa para destruir su país, a sus hijos, su futuro. Los informes periodísticos constantes sobre la inminente aniquilación por parte de los estadounidenses le causaban una intensa ansiedad, a la vez que le arrebataban a él y a sus seres queridos una vida tranquila. Fue una confesión profundamente conmovedora.

Luego, con un tono diferente, comenzó a contarnos chistes que los rusos inventaban sobre su propio gobierno y ejército. Reímos juntos y descubrimos otra muestra de humanidad compartida. Para concluir, dijo que si no hubiera ocurrido nada más aparte de este intercambio en el banquete, toda la conferencia habría sido un éxito. Pero se logró mucho más, y deseó paz y prosperidad a sus invitados estadounidenses. Nos obsequió regalos, nos invitó a regresar lo antes posible y expresó su esperanza en el futuro, basada en nuestra experiencia allí.

El evento se convirtió en una poderosa lección para mí sobre poner a las personas en categorías rígidas y creer dogmáticamente que yo tenía razón y no necesitaba cambiar. Dios pacientemente rompió mis categorías estrechas y rígidas y me ayudó a ver la El pueblo

ruso, tal como él lo veía, era valioso, digno de su imagen, amado y aceptado. El enemigo se había convertido en personas a las que debía tratar con respeto y dignidad. Al terminar su discurso, el rector se giró y me dio un fuerte abrazo: la típica muestra rusa de aceptación.

Entonces me llegó una revelación con fuerza. Cuando yo era enemigo de Cristo, él murió por mí. Ahora sus palabras adquieren un nuevo significado: «Pero yo les digo: amen a sus enemigos y oren por quienes los persiguen» (Mt 5:44).

Aceptación por encima de la evaluación

Según estudios sociales, la respuesta más frecuente de los estadounidenses ante una situación es evaluar lo que acaban de ver u oír como correcto o incorrecto, bueno o malo.[21] Por lo general, el criterio para tales juicios es cuán similar o diferente es a mí y a mis creencias. A menudo nos usamos a nosotros mismos como norma para medir a los demás. Si cumplen con nuestros estándares, los aceptamos; si no, intentamos cambiarlos (una forma de rechazo) o nos distanciamos de ellos (otra forma de rechazo).

Es buena idea prestar atención a nuestros pensamientos y palabras para ver con qué frecuencia utilizamos un lenguaje evaluativo en nuestra vida diaria con nuestra pareja, padres, hijos, amigos, supervisores, subordinados; en definitiva, en todas nuestras relaciones. Consideremos algunos ejemplos: me gusta o me disgusta; apruebo o desapruuebo; me atrae o me repele; esto está bien o mal; es aceptable o inaceptable, genial o no tan genial, amable o cruel, atractivo o poco atractivo, favorable o desfavorable. Ya entiendes la idea. Intenta observar tus pensamientos y palabras y fijate cuántos son evaluativos en lugar de afirmativos, descriptivos, indagadores o que expresan empatía.

Cuando mi esposa recibió su doctorado de la Universidad Estatal de Michigan, nuestro hijo adolescente estaba completamente obsesionado con el estilo, la forma de hablar y los comportamientos de Indiana Jones. En su graduación, le estábamos tomando fotos ataviada con la hermosa toga doctoral. Nuestro imitador de Indiana Jones se pavoneó junto a ella para la foto. Le puso el antebrazo en el hombro, se apoyó en ella con las piernas cruzadas y el sombrero de ala ancha de Indiana Jones ladeado apropiadamente. Tomé la foto, pero discretamente, a un lado, le pregunté a mi esposa si deberíamos pedirle que se tomara una foto "normal" con ella, ya que sería nuestro recuerdo de esta ocasión tan importante. (Nótese mi comentario crítico de que esto era inaceptable). Su respuesta fue sabia: "No, no hagamos eso. Creo que algún día recordaremos este momento y nos reiremos". Tenía razón. Reflexioné y estaba listo para decirle a mi hijo: "Tu estilo no me parece aceptable. Por favor, cámbialo un momento". Mi esposa optó por una solución más sensata. Hoy nos reímos al ver la foto y la recordamos con cariño, sin arrepentimientos.

Los antropólogos Sherwood Lingenfelter y Marvin Mayers plantean una idea similar en un contexto intercultural: «Uno de los mayores problemas... es que a menudo insistimos en que los demás piensen y juzguen de la misma manera que nosotros. No nos aceptamos con amor, sino que intentamos transformar a quienes nos rodean a nuestra imagen y semejanza».[22] Esta inclinación a transformar a los demás a nuestra imagen y semejanza se denomina clonación cultural. Las personas terminan pareciéndose más a nosotros que a Cristo. Aceptarlas en sus propias tradiciones culturales nos ayuda a pasar de la clonación cultural al discipulado a imagen de Cristo. Servir significa ayudar a las personas a parecerse más a Cristo, no a nosotros.

Resumen

El primer principio en el camino hacia el servicio es la apertura. Ser abiertos como Cristo significa invitar a los demás a nuestra presencia y tratarlos de manera que se sientan seguros. En segundo lugar, la aceptación de los demás implica comunicar proactivamente respeto y dignidad a cada ser humano, partiendo de la base de que cada uno es imagen de Dios. Tanto la apertura como la aceptación están profundamente arraigadas en el carácter de Cristo y se expresan en su relación con toda la humanidad. El tercer principio, la confianza, nos acerca aún más a la meta del servicio. Sin confianza, poco de importancia se logrará.

6

Confianza

Desarrollar la confianza en las relaciones

“El paso más importante para integrarse en una nueva cultura es generar confianza. Solo cuando la gente confíe en nosotros, escuchará lo que tenemos que decir.”

Marvin K. Mayers

“En los primeros años de ministerio en una nueva cultura, ninguna tarea es más importante que la de construir relaciones de confianza con la gente.”

Pablo Hiebert

Las relaciones se fortalecen mejor sobre sólidos puentes de confianza. Piensa en tus relaciones más importantes: una amistad, un buen matrimonio, la relación entre padres e hijos. ¿Cómo se volvieron fuertes, enriquecedoras, significativas e importantes? ¿Puedes describir su importancia para ti? ¿Qué papel han desempeñado en tu vida? ¿Siempre han sido armoniosas? Si la relación perdura hasta el presente, ¿qué valor tiene para ti? ¿Has construido una sólida relación de confianza con alguien de otro

grupo étnico o nacionalidad? ¿O todas las personas en las que confías pertenecen a tu propia cultura?

Lección del hospital psiquiátrico

Robert Greenleaf, exejecutivo de AT&T, ha reflexionado profundamente sobre las instituciones públicas y privadas, incluida la iglesia. Greenleaf escribe sobre una visita a un hospital psiquiátrico estatal donde unas cincuenta personas se encontraban encerradas en una habitación. Reflexionó: «Estos pacientes tenían un semblante hosco y hostil. Estaban de pie o sentados como seres aislados, sin interacción aparente entre ellos». Dado que Greenleaf solo observó a dos celadores en la habitación, preguntó al psiquiatra del personal sobre su seguridad. Greenleaf se preguntó si los pacientes podrían confabularse contra los guardias. El psiquiatra respondió: «Imposible; esos celadores están a salvo. Verá, parte de la enfermedad de esos pobres pacientes es que no pueden ponerse de acuerdo en nada».[1] Mientras los miembros de la iglesia no puedan trabajar juntos, el mundo estará a salvo de la influencia de la iglesia.

La confianza nos une, y funcionamos mejor cuando ese vínculo es fuerte.

Confiar y ser digno de confianza

Definición. La confianza es la capacidad de generar confianza en una relación para que ambas Las partes confían en que la otra no les hará daño intencionadamente, sino que actuará en su mejor interés.

Este capítulo explora la idea de la confianza: cómo podemos construirla con quienes nos rodean, especialmente con aquellos

que son diferentes a nosotros. En la mayoría de las culturas del mundo, la confianza es el pilar que mantiene unidas las relaciones, el elemento que facilita la colaboración, la energía que impulsa una cooperación dinámica. Sin confianza, las relaciones se estancan, si no se vuelven indiferentes. Si confiamos en alguien, no podemos ser indiferentes. Una confianza profunda nos impulsa a actuar en beneficio del otro. Piénsalo. ¿Acaso no actúas con mayor responsabilidad y entusiasmo cuando alguien en quien confías se verá afectado por tus acciones?

Ingredientes de la confianza. Para que la confianza crezca, debe cultivarse de varias maneras. En primer lugar, la confianza requiere tiempo. La confianza instantánea rara vez existe. Eso sería una confianza ingenua o falsa. La confianza se construye poco a poco, paso a paso, con el tiempo. A través de diversas experiencias, evolucionamos hacia una relación más cómoda y segura. Esto es aún más cierto cuando no conocemos el idioma de la gente local. Aprender su idioma demuestra nuestro deseo de conocer a estas personas y construir relaciones de confianza.

En segundo lugar, generar confianza requiere asumir riesgos, principalmente emocionales. Poner a prueba la confianza la fortalece. Las amistades crecen al superar juntos las dificultades y encontrar soluciones. Esto incluye aclarar malentendidos, admitir errores, disculparse y perdonar. A medida que afrontamos los altibajos de una relación, la confianza mutua aumenta. Pronto, ambas partes confían en que la otra no las lastimará intencionalmente.

En tercer lugar, la confianza debe construirse desde la perspectiva de la otra persona. Permítanme ilustrarlo. [2] Para nuestro primer aniversario le regalé a mi esposa neumáticos de invierno. Como hombre que creció en la zona rural de Wisconsin, habría sido un regalo que habría apreciado. Tal es un

El regalo habría aumentado mi confianza en quien me lo dio. Sin embargo, cometí el error de creer que lo que generaría confianza en mí también la generaría en mi esposa, que era más cosmopolita y había nacido y crecido en un clima cálido. Ella no tenía ni idea de neumáticos de invierno. Así que nos encontramos ante una situación intercultural e intergénero. Si le hubiera preguntado: "¿Qué generará confianza desde la perspectiva de mi esposa?", habría pensado en un regalo muy diferente: flores, joyas, perfume o una pieza de cerámica que hubiera admirado en una compra anterior. Los neumáticos de invierno —bienintencionados, caros y necesarios para nuestro coche— no transmitían amor ni confianza. Pero sí transmitían insensibilidad, desconsideración, egoísmo, falta de interés... ya se hacen una idea. Era como el mono que intenta servir al pez sacándolo del agua. La confianza debe construirse desde la perspectiva de la otra persona.

En cuarto lugar, la confianza debe cultivarse. Una sólida confianza en una relación refleja bellamente la Trinidad; existe una confianza absoluta entre las tres personas distintas de la Divinidad. La Trinidad es el modelo para el matrimonio, la familia, la iglesia y otras relaciones. Por ejemplo, en el matrimonio, dos personas dicen, en esencia: «Confío tanto en ti que quiero pasar el resto de mi vida contigo. Más aún, me propongo hacer todo lo posible para brindarte seguridad, felicidad y plenitud». El divorcio ocurre cuando la confianza se ha roto tan profundamente que parece irreparable. Para mantener la confianza fuerte, ambas partes deben preguntarse regularmente: «¿Qué fortalecerá la confianza con esta persona (o este grupo)?».

Dios y la confianza

Él confía en nosotros. Nuestra confianza se fundamenta en el carácter de Dios. Él confió en nosotros. Pero, ¿cuándo?, ¿cómo?, ¿y por qué? Algunas respuestas a estas preguntas nos guiarán a la hora de reflexionar sobre la confianza en quienes son diferentes a nosotros.

La confianza tiene sus raíces en la creación. Dios creó a cada ser humano y nos confió su propia imagen (Génesis 1:27). Imagina que Dios nos da algo que nos hace completamente y maravillosamente distintos del resto de la creación. Su imagen nos confiere tal dignidad que somos amados por él por encima de todas las demás criaturas.

Con la imagen de Dios impresa en nuestra naturaleza, se nos ha otorgado el privilegio de elegir, el ejercicio de la voluntad. Mediante esta voluntad, el Creador nos permite amarlo con todo nuestro corazón, mente y alma, o despreciarlo y profanarlo. Tenemos la libertad de elegir entre el bien y el mal.

En la creación, Dios también nos confió la administración de su mundo (Génesis 1:28-30). Nos ha hecho vicerregentes de su creación para cuidar del mundo que nos ha dado: una responsabilidad global.

Dios genera confianza. Creo que esa es una de las razones de los milagros que Dios realizó. En el Antiguo Testamento, Dios buscaba ganarse la confianza de su pueblo, Israel, para que tuvieran fe en él y no en dioses falsos. Estas demostraciones de poder tenían como objetivo mostrar a Israel que él, el Señor Dios, era digno de confianza en todos los aspectos de su vida. Con palabras y hechos, Dios declaró a su pueblo: «Confíen en mí. Soy digno de su completa e inquebrantable confianza, sin importar las circunstancias. Todos los demás dioses no son dignos de confianza. Ellos los traicionarán, pero yo jamás los traicionaré».

Otro acto asombroso de confianza fue la encarnación: Dios nos confió a su Hijo. Dios, que no era visible para la gente del Antiguo Testamento, ahora se hizo visible en su Hijo Jesús, que era humano (Jn 1:14; Fil 2:7). Dios generó confianza en nosotros al enviar a su único Hijo a vivir entre nosotros. El santo y justo Hijo de Dios entró en la humanidad pecadora para mostrarnos a Dios e invitarnos a una relación con Él.

Él. Las demostraciones de poder de Jesús sobre las enfermedades, los demonios, las dolencias e incluso la muerte son señales de que él es quien dice ser: el Cristo, el Hijo del Dios viviente. Por lo tanto, confíale tu vida y tu eternidad.[3]

Quizás el mayor acto de confianza fue cuando Jesús entregó su vida por la humanidad rebelde: un justo que sacrificó su vida por sus enemigos (Rom 5:7-8). En su ascensión, Cristo nos confía su vida y su misión: vivirla en el mundo, ser su luz en la oscuridad, su misericordia para los necesitados, su justicia para los oprimidos, su voz que proclama que él es «el camino, la verdad y la vida» (Jn 14:6). En palabras del propio Jesús: «Les aseguro que el que cree en mí, también él hará lo que yo hago» (Jn 14:12).

Otro acto de confianza es el perdón de Dios por nuestros pecados. Cuando nos arrepentimos y le pedimos perdón, Él promete perdonarnos (1 Jn 1:9). Al arrepentirnos, le decimos a Dios que hemos roto nuestra confianza en Él. En su perdón, la confianza se renueva y la relación se restaura. Como sus siervos, seguimos este ejemplo: perdonarnos unos a otros cuando la confianza se ha roto para restaurar la relación. Vivir sin perdonar es negarse a vivir como Cristo.

Sin embargo, un gran acto de confianza permanece: la resurrección. Mientras los discípulos se enfrentaban a un presente confuso y un futuro incierto, encontraron consuelo en las palabras de Jesús:

No se angustien. Confíen en Dios; confíen también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas moradas; si no fuera así, se lo habría dicho. Voy a prepararles un lugar. Y si me voy y les preparo un lugar, volveré y los llevaré conmigo. (Jn 14:1-3)
Jesús dice: “Confíen en mí hasta la resurrección”.

En el Antiguo Testamento, Josué proclamó: «Ninguna de las buenas promesas que el Señor hizo a la casa de Israel falló; todas

se cumplieron» (Josué 21:45). El Dios de las Escrituras, el Dios que amamos y servimos, es absolutamente digno de confianza. Su propia confiabilidad nos inspira a confiar en él y a extender esa confianza a otros que también necesitan experimentar al Dios en quien se puede confiar.

Generando confianza entre culturas

En las experiencias interculturales, la confianza cobra aún mayor importancia, pero también resulta más difícil por varias razones. En primer lugar, la confianza se construye de manera diferente en cada cultura. La mayoría de las personas la generan de forma intuitiva, casi sin pensarlo. Reflexiona sobre cómo entablas una nueva relación con alguien: un nuevo vecino, un nuevo miembro de la iglesia o un nuevo compañero de clase o de trabajo. ¿Qué haces para generar y mantener la confianza?

Algunas costumbres estadounidenses funcionan en otras culturas: sonreír, llamar por teléfono, enviar correos electrónicos, pasar tiempo juntos y mostrar interés. Sin embargo, algunas cosas que generan confianza en una cultura pueden, de hecho, socavarla en otra. Por ejemplo, te encuentras en una cultura nueva y decides conocer mejor a alguien para generar confianza. Quedan en verse en un lugar determinado, pero la persona llega veinte minutos tarde. La impuntualidad suele minar la confianza entre los estadounidenses.

“Es un halago mayor ser digno de confianza que ser amado.”
George MacDonald

Supongamos que una persona de la nueva cultura empieza a preguntarte cuánto pagaste por tus zapatos, tu casa, tus joyas o tu raqueta de tenis. Te preguntas por qué tanta preocupación por el dinero. Estas preguntas minan la confianza en tu cultura de origen.

O digamos que la relación con la otra persona va bien y tú, siendo hombre, estás satisfecho con la confianza que está surgiendo. De repente, la otra persona, también hombre, te toma de la mano mientras caminan por la calle. ¿Hombres tomados de la mano con hombres? ¿Qué significa esto? ¿Significa lo mismo en esta cultura de acogida que en la tuya? ¿Cómo puedes averiguarlo?

La confianza se define culturalmente. Algunas actividades pueden generar confianza en ambas culturas, pero No des por sentado esto. En la mayoría de las culturas, llegar tarde no es una falta de respeto; es una forma de vida y a la mayoría de la gente no le importa llegar quince, treinta o incluso más minutos tarde. La impuntualidad no debería considerarse una violación de la confianza. ¿Y qué hay de la preocupación por el dinero? La gente siente curiosidad por cosas diferentes. Con frecuencia, la gente de los países menos ricos se maravilla ante la riqueza de Occidente y la encuentra fascinante.

Algunos vietnamitas te dirán cuánto pagaron por el regalo que te dan. Luego te explicarán con detalle el esfuerzo que hicieron para conseguirlo especialmente para ti. Al contarte el costo y el esfuerzo, te demuestran cuánto valoran su relación contigo. Es su manera de generar confianza. El dinero, cómo se habla de él y el intercambio de regalos pueden ser delicados si te estás adaptando a una cultura por un período prolongado. Lo mejor es buscar el consejo de algún lugareño, o podrías dañar las relaciones sin querer, simplemente por seguir las costumbres locales.

Tomarse de la mano, especialmente entre personas del mismo sexo, tiene ciertas connotaciones en Occidente. Cuando ocurre en otra cultura, tendemos a interpretarlo desde nuestro propio marco cultural. Sin embargo, en la mayoría de los casos, es un signo de buena amistad que revela un nivel de confianza. Lo mismo sucede al caminar con los brazos cruzados sobre los hombros o entrelazados por los codos. La construcción de la confianza se define culturalmente. Aprenda cómo se hace en la cultura a la que

se integrará para poder interpretar correctamente las señales de los demás y evitar ofenderlos con las suyas.

La confianza es frágil. En mis primeros años no habría depositado mucha confianza en Mi lista de prioridades. La experiencia ha cambiado mi forma de pensar. Sin confianza, las amistades, las familias y las organizaciones, incluida la iglesia, caen en la disfunción. Las personas con experiencia pueden dar fe de ello. Richard Capen ha descubierto que la confianza es uno de los elementos esenciales de la vida. Comenta: “La confianza es absolutamente esencial en todo lo que hacemos: confianza en el matrimonio, entre amigos, en el trabajo, en la vida pública. Sin confianza estamos condenados al caos y la confusión porque nada puede funcionar.”[4]

Como seres humanos, debemos conectarnos unos con otros para sobrevivir. Nuestra incapacidad para valorar la diversidad cultural y étnica aumenta la complejidad de construir y mantener la confianza. Sin embargo, Dios quiere que esa diversidad sea respetada y aprovechada de tal manera que juntos nos esforcemos por la gloria de Dios y nos unamos en torno a la obra de su reino. “Haced todo esfuerzo por mantener la unidad de la El Espíritu Santo, a través del vínculo de la paz. Hay un solo cuerpo y un solo Espíritu, así como ustedes fueron llamados a una sola esperanza; un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo; un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos, por medio de todos y en todos” (Efesios 4:3-6). El requisito para tal unidad es: “ser completamente humildes y amables; ser pacientes, soportándose unos a otros con amor” (Efesios 4:2).

¿Por qué estas escrituras y por qué hablar tanto de confianza? Una razón: la confianza es frágil. Se rompe fácilmente. Un día una amistad es fuerte, al día siguiente una persona hace algo inesperado y la confianza se hace añicos. Reconstruirla requiere tiempo y esfuerzo. Todos lo hemos experimentado. Cuando nos vemos inmersos en diferencias culturales, podemos romper la

confianza sin siquiera darnos cuenta. Por lo tanto, debemos tener una estrategia para repararla: el perdón.

El perdón: Reparando la confianza rota

Toda relación atraviesa momentos de desconfianza. A veces se trata de algo menor, como no llegar a tiempo; otras veces, de algo más grave, como una violación de la santidad del matrimonio. Cuando la confianza se rompe, la mayoría desea repararla, sobre todo si la relación es importante. Solo una cosa puede restaurar la confianza perdida: el perdón, tanto el perdón buscado como el perdón recibido.

En Occidente, el perdón suele expresarse mediante un intercambio verbal. Una persona dice: «Siento lo que hice (o dije); ¿me perdonas?». La otra suele responder: «Te perdono». Con este breve intercambio, la relación se restablece y puede volver a crecer, siempre que ambas partes sean sinceras. Basándose en Mateo 18:15-17, muchos en Occidente creen que la única forma de resolver un conflicto es mediante la confrontación directa, cara a cara; es un diálogo en el que una persona le dice a la otra lo que ha hecho mal.

En la mayor parte del mundo, buscar el perdón a la manera occidental solo empeora la situación.[5] La vergüenza, el honor y la preservación de las apariencias son valores fundamentales en otras culturas, y cuando se violan, la relación suele romperse. El perdón reparará el daño, pero debe entenderse en su contexto.

El perdón en Sudán. Hace unos años, un colega y yo fuimos a Jartum, Sudán, para enseñar sobre el perdón. Después del almuerzo del segundo día, trabajando bajo un calor intenso y viendo la mirada perdida en los ojos de estos pastores y líderes de la iglesia, decidí arriesgarme. Tenía que lograr que participaran,

que hablaran, algo que impidiera que este momento se convirtiera en algo olvidable. Les pregunté: "¿Cómo practican el perdón?". Varios respondieron con naturalidad: "Decimos 'Lo siento, ¿me perdonas?'. Entonces la otra persona suele decir: 'Te perdono'".

“¿Esto funciona?”, pregunté. Muchos negaron con la cabeza, mientras que otros respondieron que no. “¿Qué quieren decir?”, indagué. Ahora las miradas perdidas habían desaparecido y todos parecían vivos a pesar del calor sofocante. Uno dijo: «Bueno, decimos las palabras, pero nada cambia». Otros apoyaron su lamento. «¿Dónde aprendiste a hacerlo así?», pregunté. «De gente como tú, occidentales», respondió rápidamente. Una mirada de traición se extendió por los ochenta rostros apiñados en una sala diseñada para cuarenta. Miré a través de las ventanas llenas de rostros negros que se asomaban desde afuera. Sus expresiones también parecían decir: «Hicimos lo que nos dijiste, pero no funciona». Intercambiar palabras de perdón no trae una reconciliación. En cambio, obtuvieron más de lo mismo: distanciamiento y alienación. ¿Qué fallaba?

La siguiente hora transformaría mi forma de pensar. Me sentía revitalizado por estar entre un grupo de personas maravillosas, aunque muy diferentes entre sí. Aprendíamos juntos, unos de otros, con los demás. Inconscientemente, habíamos vuelto a nuestra esencia: seres humanos que luchan por aprender a convivir.

“¿Cómo reaccionaron sus padres, madres, abuelos y abuelas ante las situaciones de conflicto?”, pregunté, con la esperanza de obtener alguna respuesta. La sala se llenó de gente que alzó la mano para responder. Varios contaron sus historias. La que comparto es de una persona de la tribu Dinka del sur de Sudán, aunque la mayoría de las historias tenían elementos en común.

La persona de la etnia Dinka, que ahora se encontraba al frente de la sala, comenzó a hablar con elocuente pasión.

Sus padres y abuelos concebían el perdón de manera diferente. Para empezar, no intentaban resolver sus conflictos como en Occidente, mediante la confrontación cara a cara, hablando directamente sobre lo que cada uno había hecho o dejado de hacer. En cambio, recurrían a un mediador, una persona de prestigio, imparcialidad y discernimiento. El mediador se dirigía primero a una de las partes e intentaba establecer una base de comprensión desde su perspectiva. Luego hacía lo mismo con la otra persona.[6] El mediador formulaba preguntas y continuaba este proceso hasta que empezaba a percibir que uno de los dos, o ambos, estaban cansados de la ruptura y anhelaban una relación restaurada.

En las sociedades colectivistas o comunales, cuando dos personas se distancian, ese distanciamiento se extiende a los demás miembros de la familia nuclear y, a menudo, a la familia extensa, incluyendo a los parientes políticos. Puede llegar a afectar a todo el clan. Por lo tanto, la pérdida de confianza puede perturbar la vida en toda la comunidad.

Finalmente, una persona insinuará, quizás intencionadamente, quizás no, que las cosas estaban mejor antes del conflicto. El mediador entonces se dirige a la segunda persona y le dice algo como: «Creo que fulano extraña los tiempos en que eran amigos». Al oír esto, la segunda persona responde: «¡De verdad! Es triste que hayamos llegado a esto. La gente debería llevarse bien». Con este sentimiento en mente, el mediador regresa con la primera persona y le transmite la tristeza que siente la segunda por la imposibilidad de llevarse bien.

El mediador comienza a observar cambios de actitud y señales de apertura, lo que abre la posibilidad de un acercamiento. Al percibir el espíritu de perdón en ambas partes, propone un banquete. Encarga a cada familia que traiga los distintos platos. La parte que haya tenido mayor culpa traerá la carne, el «carnero», como lo describía la gente de la etnia Dinka. Se designa un lugar neutral.

La familia que trae el carnero llega antes, enciende el fuego y empieza a cocinar. La otra familia llega y todos se suman con alegría a los preparativos para una gran fiesta, grande porque marca el comienzo de un nuevo futuro, un futuro mejor.

Llega el mediador y, cuando todo está listo, se lava las manos en la calabaza con agua. Los demás hacen lo mismo en orden descendente de importancia, siendo los niños los últimos. Mientras se reúnen alrededor de la comida, el ambiente es festivo y las familias se mezclan con alegría. Casi al final de la comida, tras varias horas, el mediador se levanta y se dirige al fuego. En el camino, toma la calabaza con agua, sucia por tantas manos, y la vierte sobre las llamas. El mediador remueve las piedras que rodean el fuego para cubrir las cenizas. Luego, pronuncia una advertencia: «¡Maldito sea quien vuelva a remover una de estas piedras!».

Por supuesto, habla simbólicamente. El fuego representaba el conflicto que había "quemado" y destruido una relación valiosa y distanciado a las familias. El agua representaba el perdón que surgió en sus corazones y reemplazó el fuego del conflicto. Las piedras que cubrían las cenizas humeantes simbolizaban la irrevocabilidad del perdón; no debemos remover las viejas heridas ni revivirlas.

El perdón significa que nunca volveremos allí.

Otras culturas del mundo. Cuando regresé a la Escuela de Teología Evangélica Trinity, En mi lugar de enseñanza, reuní de inmediato a tantos estudiantes internacionales como pude encontrar. Vinieron unos quince, curiosos por mi programa. Les conté la historia del pueblo Dinka. Luego les pregunté: "¿Cómo perdonan sus padres o abuelos? Cuando se rompe la confianza, ¿cuál es el proceso para reconstruirla y restaurar la relación?"

Durante la hora que duró la intervención, la mayoría habló desde sus respectivos contextos culturales, que incluían Asia, África y Latinoamérica. Surgieron temas comunes. En todos los casos, un

mediador ayudó a resolver el conflicto y a restablecer la relación. Los mediadores desempeñan muchas funciones importantes en la mayor parte del mundo, aunque son relativamente poco comunes en Occidente. Una función fundamental del mediador es resolver el conflicto con imparcialidad, protegiendo el honor de ambas partes. Se requiere sabiduría y paciencia para llevar a cabo este delicado proceso.

También surgió otro tema recurrente: la participación de las familias extensas en la reconciliación. Cuando dos personas entraban en conflicto, las familias afectadas solían presionar a las partes en disputa para que resolvieran el problema; a menudo, los cónyuges no podían hablarse porque estaban en bandos opuestos. A algunos niños se les prohibía jugar con otros porque pertenecían a la familia "equivocada". No se podía asistir a eventos sociales si la otra persona o familia iba a estar presente. La vida se volvía miserable para todos.

En Occidente, los conflictos pueden no afectar tanto al círculo familiar y de amigos, aunque sí pueden tener repercusiones. En nuestra cultura individualista, solemos considerar los conflictos como un asunto personal. La respuesta frecuente es: «Es tu problema». En la mayor parte del mundo, sobre todo si no se ha tenido un contacto significativo con la cultura occidental, la respuesta suele ser: «Es nuestro problema».

Un último tema común se relaciona con las celebraciones. Los estudiantes africanos de la Trinity Evangelical Divinity School se identificaron con el banquete para las familias extensas. Los provenientes de Latinoamérica comentaron que, una vez alcanzado el perdón a través del mediador, habría música, bebida y baile. Los asiáticos presentes hablaron más en términos festivos, pero con la intención de celebrar el fin de un oscuro capítulo del pasado y la llegada de un futuro mejor.

En Occidente, el perdón es un intercambio verbal. En la mayor

parte del mundo, el perdón implica un cambio de actitud y comportamiento, generalmente celebrado con comida. Casi siempre, el resultado son relaciones reconciliadas que funcionan eficazmente, a menudo mejor que antes de que se rompiera la confianza.

Una advertencia sobre la confianza

A veces, la confianza puede estar mal depositada; simplemente no debemos confiar en alguien que no es digno de confianza. Confiar demasiado en alguien demasiado pronto a veces es ingenuo. La confianza no reemplaza el sentido común. Por ejemplo, cuando un abusador sexual conocido, incluso uno arrepentido, está cerca, un sano escepticismo y una mayor precaución con los niños son simplemente prudentes.

La forma en que se construye, se rompe y se reconstruye la confianza varía según el contexto cultural. Por lo tanto, deberá descubrir por sí mismo qué la destruye y cómo se restablece en su situación particular. Tendrá que aprender esto de la gente local. Pero no se lo dirán hasta que sientan que usted es digno de confianza. La confianza se convierte en la base de un intercambio profundo y un aprendizaje mutuo. A partir de esto, descubrimos cómo servir. Pero, ¿cómo podemos llevar a cabo dicho aprendizaje?

Aprendiendo

Buscando información que te transforme

“Un amigo misionero me dijo una vez: ‘Antes de ir a África, todo era sencillo. Sabía cuál era el problema del africano y conocía la solución. Cuando llegué allí y empecé a conocerlo como persona, las cosas dejaron de ser sencillas’”.

Elisabeth Elliot

“No te compadezcas de ti mismo por ir a una parroquia tan remota. Compadécete de los indios [de Alaska]. No sabes nada y ellos deben enseñarte.”

Margaret Craven

En mis libros anteriores he tenido mucho cuidado de no menospreciar a los misioneros a menos que me estuviera criticando a mí mismo y, Dios sabe, cometí mis errores. Me resisto a criticar a los demás porque provoca que se pongan a la defensiva y todos los misioneros que conozco son trabajadores y dedicados. Me gustaría ser recordado por mis contribuciones y no por mis fracasos, y por lo tanto debería estar dispuesto a hacer lo mismo por los demás. Es mejor guiar a las personas hacia adelante, hacia una mejor alternativa, en lugar de explotar los aspectos negativos del pasado. Ahora voy a romper con mi tradición y compartir dos historias que revelan un punto sutil pero importante. Me gustaría

No creo que ninguna de estas historias sea cierta hoy en día, pero por si acaso...

En 1970, mi esposa y yo asistimos a nuestra primera conferencia de misioneros de campo apenas unas semanas después de llegar a Sudáfrica.[1] Los misioneros se reunieron de las regiones para compartir, adorar y planificar juntos durante una semana. Dos cosas me parecieron un tanto peculiares, aunque en ese momento no pude ponerle nombre a lo que estaba sintiendo.

En primer lugar, los oradores invitados eran blancos, generalmente de una gran iglesia patrocinadora en Estados Unidos o de la oficina central. Desde cierto punto de vista, fue bastante agradable escuchar a alguien que hablaba como yo y a quien entendía perfectamente. Pude relajarme y asimilar la enseñanza. Pero me pregunté: ¿dónde estaba la voz del pastor o maestro bíblico nacional? Una explicación lógica sugería que esta conferencia era solo para misioneros. Por lo tanto, no habría representantes locales. Pero en retrospectiva, creo que también surgió otro mensaje, especialmente para los nacionales: cuando los misioneros quieren aprender y crecer espiritualmente, deben invitar a alguien de su misma condición. Esto me lleva a la otra parte de la conferencia que me hizo reflexionar.

Escuché un estribillo varias veces durante la semana: «Es tan bueno estar aquí. Todo el año hemos estado dando, dando y dando. Ahora es momento de recibir». Por un lado, aprecié mucho tener a un orador de mi país que pensaba y hablaba como yo. Pero, por otro lado, el comentario me resultó inquietante. Me pareció que quienes decían esto también insinuaban que la gente local no los había apoyado, o no los había apoyado lo suficiente.

Aquí les cuento otro ejemplo. Iba en moto con un misionero en Guatemala, y el camino, lleno de baches, daba tumbos. Le pregunté cómo seguía aprendiendo y creciendo en ese contexto.

¿Los pastores locales, con su predicación y la comunión, lo ayudaban a crecer? La rapidez con la que respondió y la respuesta en sí me sorprendieron. Con total naturalidad, dijo que los pastores locales no tenían nada que ofrecerle, y que, salvo sus devociones personales, no había alimento espiritual disponible. Entonces se corrigió y dijo que, en realidad, sí tenía una fuente de crecimiento espiritual. Cada dos meses recibía cintas de casete de su iglesia local que le proporcionaban alimento espiritual.

Estas ilustraciones de Sudáfrica y Guatemala sugieren que algunos misioneros no esperan encontrar recursos espirituales en los cristianos del país anfitrión. Esto podría ser comprensible si la iglesia fuera joven y con pocos miembros pastores instruidos. Pero en ambos casos la misión llevaba décadas en sus respectivos países, y muchos pastores locales habían asistido a seminarios bíblicos. He oído historias similares en otros países.

El virus de la persona educada (o de quienes se creen educados)

Puede que exista una explicación más profunda para estas situaciones. La mayoría de los misioneros poseen una formación universitaria básica y muchos tienen una maestría o un doctorado. Si bien esto es loable, existe un virus que tiende a afectar a estas personas, incluyéndome a mí. Podríamos llamarlo el virus de la "respuesta correcta". Invade nuestro sistema mental de forma discreta y silenciosa, pero sistemática y crónica. Se hace más evidente cuando corregimos con frecuencia a los demás o hablamos sobre un tema con tanta autoridad y contundencia que las personas encuentran poco o ningún espacio para el diálogo. Otro síntoma es la limitada capacidad de aprender de quienes percibimos como menos instruidos o menos espirituales. Por lo tanto, cuanto más instruidos estamos, menos inclinados estamos a escuchar, preguntar, indagar y estar abiertos a aprender de aquellos que percibimos como menos instruidos.[2]

En los inicios de mi experiencia misionera, me encontré en un estudio bíblico dirigido por un laico bienintencionado pero sin formación académica en Biblia ni teología, lo cual me pareció una gran señal de alerta. Mi objetivo era claro. Inmediatamente cuestioné sus suposiciones, corregí su interpretación, le recordé el significado del griego original (y del hebreo, si lo recordaba) y puse a prueba su comprensión del texto. Hice esto en aras de la verdad. Creía que estaba prestando un valioso servicio a todos los participantes del estudio bíblico.

Durante las semanas del estudio ocurrieron varias cosas que no preví ni deseé. El amable líder se sintió rechazado por mí y le resultó difícil dirigir el estudio. Los demás miembros dejaron de participar porque pensaban que podría avergonzarlos corrigiéndolos. Además, si me dejaban hablar primero, se ahorrarían discusiones innecesarias. Sin darme cuenta, arruiné el estudio bíblico. Provoqué un desastre. Ciertamente no era mi intención, pero me llevó años comprender hasta qué punto este virus me había afectado.

Si no somos conscientes de cómo nos perciben los demás, no podremos controlar nuestro mensaje. Pensé que estaba comunicando un gran respeto por las Escrituras, un deseo de verdad y un anhelo de ayudar a todos los miembros del grupo a crecer en Con toda sinceridad. Dudo que mis intenciones se hayan entendido. Sospecho que lo que aprendieron de mí fue lo arrogante e insensible que puede ser una persona educada. Cabe aclarar que no creía ser desagradable, exigente ni controladora. Pero me temo que ellos sí lo sintieron, y por ello lo lamento profundamente. A menudo he deseado poder disculparme personalmente con cada uno de ellos.

Si bien este virus se reconoce con mayor rapidez entre las personas más instruidas, me temo que es más frecuente entre los occidentales que viajan y realizan labor misionera en países menos desarrollados. Los vemos con menos recursos económicos, menos

higiene, menos educación, menos vivienda, menos infraestructura, menos madurez espiritual, menos conocimiento y menos comodidades. Creemos que podemos ayudarlos. Así que nos proponemos explicarles cómo se deben hacer las cosas. Con esto nos referimos a cómo lo hacemos en Occidente. Este enfoque de "explicar" produjo algunos efectos secundarios negativos al principio de las misiones y rara vez funciona en algún lugar hoy en día. Pero el virus, tenaz y persistente, se hace evidente: orgullo.

Medicamentos para minimizar el virus

No existen medicamentos que eliminen la mayoría de los virus en nuestro cuerpo. Lo mismo ocurre con el orgullo. Nos acompañará hasta que seamos transformados a la imagen de Cristo en la resurrección.

Hasta entonces, debemos pensar en cómo minimizar su presencia y sus efectos.

Solo existe un remedio para este virus: la humildad. Un espíritu humilde es fundamental para el pueblo del reino de Dios, y Jesús lo ejemplificó a lo largo de su vida (Mt 18:10-14; Lc 14:7-11; Jn 13:4-11). Pablo sitúa la humildad en el centro del servicio a los demás (Fil 2:3-5). En Celebración de la Disciplina, Richard Foster afirma: «Más que de cualquier otra manera, la gracia de la humildad se manifiesta en nuestras vidas a través de la Disciplina del servicio».

Aprender es...

¿Cómo completarías esta frase: «Aprender es...»? Si eres como yo, no es tarea fácil. Piénsalo un momento. Para los fines de este libro, aprender es la capacidad de obtener información relevante sobre,

de y con otras personas. Cada una de las definiciones que se presentan en este libro —apertura, aceptación, confianza y aprendizaje— comienza con «la capacidad». Esto es intencional. Una capacidad es algo que podemos hacer, hacer mejor e incluso dominar.

Como indica la definición, propongo tres tipos de aprendizaje: (1) sobre los demás, (2) de los demás y (3) con los demás. Solemos creer que, una vez que conocemos a alguien, ya lo conocemos. Aprender de y con los demás es más difícil y no resulta natural para muchos. Sin embargo, es improbable que podamos servir a los demás a menos que dominemos, en cierta medida, los tres tipos de aprendizaje.

Aprender sobre. Al considerar entrar en otra cultura, lo natural es Para empezar a aprender sobre la gente de esa cultura, tenemos claro que este aprendizaje está bastante bien definido. Tomamos algunas clases, leemos libros, consultamos revistas National Geographic, vemos películas, hablamos con personas que han visitado o pertenecen a esa cultura, leemos los perfiles de países que publica el gobierno y accedemos a sitios web. Estas fuentes nos ayudan a obtener una idea básica de la gente y su cultura.

Aprender sobre la cultura local nos ayuda a verificar y ajustar mejor nuestras expectativas a la realidad. Este aprendizaje debería generar preguntas que nos permitan profundizar en ella una vez que lleguemos. De hecho, es buena idea hacer una lista de los temas que queremos explorar con la gente del lugar. ¿Por qué es importante? Mi experiencia sugiere que nos quedamos sin palabras al entablar relaciones con personas de otras culturas. Terminamos haciendo preguntas triviales y superficiales que están bien al principio, pero que pronto se vuelven aburridas. Una lista preparada de preguntas y temas para profundizar nos permitirá entablar conversaciones muy enriquecedoras. Las respuestas que obtengamos nos brindarán una experiencia maravillosa.

Comprensión y aprecio por las realidades locales. Te sorprenderá la generosidad con la que la gente comparte. Aprender sobre una nueva cultura nos brinda una primera aproximación a ella; es un excelente punto de partida.

El aprendizaje sobre un pueblo o una cultura suele producirse a distancia, antes de partir hacia el lugar de servicio.[3] Nos mantenemos en la comodidad de nuestra cultura de origen mientras asimilamos información sobre otro pueblo. Este aprendizaje a menudo proviene de alguien o alguna fuente dentro de nuestra cultura, lo que significa que obtenemos una perspectiva de segunda mano. Es un buen punto de partida, pero debemos estar alerta ante un gran peligro y diversas implicaciones.

El principal peligro de aprender sobre otra cultura es que podemos pensar, incluso inconscientemente, que ahora conocemos a la gente de esa cultura. Nuestra actitud puede ser: He aprendido todo sobre ellos, así que ahora los conozco. De creer que conocemos a los demás simplemente por aprender sobre ellos se derivan varias consecuencias:

El aprendizaje se detiene. Es decir, ya no necesitamos aprender de ellos. Simplemente podemos seguir adelante implementando lo que sea "mejor para sus vidas", con amabilidad, por supuesto.

Construimos soluciones a todos sus problemas sin antes comprender las dificultades que nos plantean y sin elaborar una respuesta conjunta con ellos.

No es necesario que nos acerquemos demasiado a nuestros anfitriones, ni siquiera estando inmersos en su cultura. ¿Qué sentido tendría? Sería mejor centrarnos en lo que tenemos que hacer en lugar de «perder el tiempo» hablando con la gente y compartiendo sus experiencias de vida.

Entablar amistades se vuelve innecesario, ya que ya "sabemos" lo

que necesitan.

Convertimos a los demás en objetos. Ya no necesitamos tratarlos como sujetos, como seres humanos, sino simplemente como personas que necesitan nuestra sabiduría, presencia, respuestas y recursos.

Creamos relaciones de dependencia. Los demás dependen de nosotros para alcanzar metas, obtener orientación, recursos, apoyo y reconocimiento. Esta dependencia, con el tiempo, se vuelve amarga porque a diario les arrebatamos la dignidad a las personas.

Formamos estereotipos sin interactuar nunca con la cultura. Si creemos conocer a la otra persona, no estaremos abiertos a nuevos conocimientos cuando surjan oportunidades de aprendizaje.

Mientras vivía en el sur de África, muchos de estos peligros invadieron mi vida y mi ministerio. Por lo general, eran inconscientes, hasta que me sacudían con una cruda e innegable conciencia. Mientras estos peligros permanecían en el plano inconsciente, podía seguir adelante con relativa facilidad, pero cuando estas actitudes y comportamientos impíos me miraban fijamente a los ojos, tenía que enfrentarlos. Siempre había tres posibles respuestas: (1) negación: ciertamente no era culpable de ninguna conducta deshumanizadora; (2) racionalización: las circunstancias justificaban mis creencias y prácticas cuestionables; y (3) admisión de culpa: mi vida albergaba un sutil «colonialismo espiritual» que era terriblemente similar al del gobierno del apartheid en el que vivía.

Sin embargo, se pueden lograr objetivos importantes cuando aprendemos sobre ello. Nos permite tener expectativas más precisas. Al entrar en otra cultura, nos ayuda a prepararnos física, emocional, mental y espiritualmente para la vida en un nuevo lugar, de modo que tengamos expectativas más realistas.

debería generar preguntas que podamos utilizar para involucrar a la gente local durante semanas, meses y años en nuestro aprendizaje a partir de la experiencia.

puede hacerse antes de partir, cuando la información es menos amenazante en nuestra cultura de origen.

Puede que sea toda la información que puedas obtener si estás en una asignación a corto plazo y el tiempo para aprender será limitado.

Esto lo puede hacer alguien que haya tendido puentes entre ambas culturas y pueda comunicar información en nuestro idioma nativo.

Aprender demasiado en la dirección equivocada. La mayor parte de nuestra educación nos sobrecarga de información con contenido para desarrollar nuestra competencia en una determinada disciplina o materia.

Nos prepara para vocaciones como la fundación de iglesias, la banca de inversión, la investigación médica, etc. Sin embargo, en nuestro afán por adquirir conocimientos y competencias técnicas, a menudo pasamos por alto el elemento que determina el éxito o el fracaso. La Agencia Canadiense de Desarrollo Internacional (CIDA) descubrió este elemento hace algunos años. Realizaron un estudio que planteaba la pregunta: "¿Qué características necesita una persona para ser eficaz en el extranjero?". Antes de continuar leyendo, ¿cuáles crees que son los factores más importantes para la eficacia en el extranjero?

El estudio CIDA, replicado en varias ocasiones, demostró que, con diferencia, el factor más determinante para la eficacia en el extranjero era la capacidad de iniciar y mantener relaciones interpersonales con la población local. Las relaciones sólidas y duraderas con los habitantes del país anfitrión fueron el factor más importante para (1) la satisfacción en la asignación en el

extranjero, (2) la transferencia de tecnología a la población local y (3) el éxito continuo de los proyectos (sostenibilidad).

El segundo factor predictivo clave del éxito fue un fuerte sentido de identidad, que permitía a las personas ser auténticas entre sí. Quienes se sienten cómodos consigo mismos tienden a ser genuinos y evitan fingir en sus relaciones. Todos preferimos tratar con personas auténticas, no con una fachada.

El tercer predictor principal fueron las expectativas positivas y realistas antes de la partida.[4] Esto se relaciona con la capacidad de una persona para anticipar los "obstáculos" de trabajar en otra cultura, pero también para saber que la vida en otra cultura puede ser muy gratificante. Ser conscientes de nuestras expectativas antes de la partida ayuda a disminuir la frustración y la decepción. Prácticamente todas nuestras frustraciones surgen cuando sucede algo inesperado. ¿Qué emociones experimentas cuando tus expectativas no se cumplen? ¿Enojo? ¿Tensión? ¿Venganza? ¿Sospecha? ¿Desconfianza? Casi todas nuestras respuestas a las expectativas no cumplidas son negativas. Cuando estas emociones negativas se expresan a personas locales a quienes consideras responsables de alguna manera, las relaciones se tensarán.

Las tres características son importantes. ¿Notaste que faltaba un elemento en la lista de CIDA? ¡La competencia técnica! Ocupaba el cuarto lugar, sin duda importante, pero no tan significativo estadísticamente como los otros tres. Nuestra capacidad para realizar el trabajo (competencia técnica) no era tan crucial para el éxito en el extranjero como las buenas habilidades interpersonales. Piénsalo así: las habilidades interpersonales permitieron que las personas tuvieran éxito al aplicar sus habilidades laborales.

Al reflexionar sobre tu formación académica, ¿se hizo más hincapié en la competencia técnica o en la interpersonal? No me malinterpretes; saber hacer bien tu trabajo es importante. A menudo, la vida depende de que lo hagamos bien. Pero cuando se

trata de trabajar en otro país o con otro grupo étnico, la investigación sugiere que damos prioridad a construir y mantener relaciones.

Aprender sobre los demás —su historia, cultura, valores, prácticas religiosas, idioma, familias, estructuras organizativas y otros aspectos de la vida— es un buen punto de partida. Ser bueno en lo que hacemos también es admirable. Sin embargo, el estudio de CIDA demuestra que aprender sobre los demás no es suficiente para ser eficaz. Podemos aprender sobre los demás sin necesidad de entablar una sola relación. Por lo tanto, debemos buscar formas de aprendizaje más productivas.

Aprender de. Por varias razones, aprender de los demás es considerablemente más. Es más poderoso que aprender de los demás. Aprender de alguien es uno de los mayores honores que le brindamos. Al hacer preguntas, buscar comprender y explorar sus ideas, en realidad estamos diciendo: Necesito que me enseñen. No puedo hacerlo solo. Incluso podría fracasar si no me ayudas con tu conocimiento y perspectiva. El acto de escuchar demuestra respeto por quien habla y contribuye a crear un sentido de comunidad.

Pedir a otros que nos enseñen no solo los honra (demostrando aceptación), sino que también les da permiso para contarnos lo que realmente ven, sienten, saben y experimentan. Es decir, estarán menos inclinados a decirnos lo que creen que queremos oír y más inclinados a decirnos lo que necesitamos oír. Hay una gran diferencia. Sin embargo, no revelarán sus sentimientos ni sus pensamientos sinceros a menos que, antes que nada, confíen en nosotros.

Conocernos como seres humanos suele (aunque no siempre) destruir la mayoría de los estereotipos, prejuicios y racismo que puedan albergar. Cuando dejamos de aprender en la etapa inicial, "conocemos" a las personas de una manera distante e impersonal.

Se convierten fácilmente en datos abstractos, como la geografía o las exportaciones. Sin embargo, aprender de ellas las reafirma como seres humanos. Son personas que aman, sufren, juegan, sueñan—como nosotros mismos.

Aprender de los demás no solo los honra y los invita a hablar abierta y honestamente con nosotros, sino que también fomenta la conciencia interpersonal. Esta conciencia constituye la base del diálogo. Ruel Howe, autor de *El milagro del diálogo*, comenta con contundencia:

En el monólogo, una persona se preocupa únicamente por sí misma y, en su opinión, los demás existen para servirle y confirmarle. . . .

El diálogo es esa comunicación y respuesta entre personas en la que hay un flujo de significado entre ellas a pesar de todos los obstáculos que normalmente bloquearían la relación. Es esa interacción entre personas en la que una de ellas busca entregarse tal como es a la otra, y busca también conocer a la otra tal como es. En algún momento, en el monólogo, un participante puede renunciar a su dejar de lado las pretensiones y las máscaras con las que busca la aprobación y la buena voluntad del otro, atreverse a ser lo que es en relación con el otro, invitar al otro a ser un compañero de diálogo y estar plenamente presente para él tal como realmente es. Una relación que no sea esta no sería diálogo y, por lo tanto, no sería comunicación. Más bien sería la explotación del otro, ignorarlo o huir de él.[5]

Cuando nos invade el «virus» de la educación, tendemos a caer en el monólogo, donde una persona domina la comunicación. En el diálogo, dos o más personas intentan no solo aclarar sus propias ideas, sino también explorar y comprender las del otro. Esta es la base para entablar una relación auténtica y la posibilidad de un aprendizaje profundo mutuo.

Relaciones abusivas. Personas que tienen la intención de permanecer en otra cultura durante varios años. A menudo, los occidentales (o quienes están en transición cultural) se matriculan en una escuela de idiomas. Durante uno o dos años, aprenden el idioma con un profesor local. Así, se ven obligados a asumir el rol de aprendices.[6] Sin embargo, la mayoría consideramos este rol como algo temporal, algo de lo que escapar cuanto antes. Una vez que dominamos el idioma lo suficiente, volvemos a evitar el rol de aprendices. Atribuyo esto a nuestro fuerte sentido de independencia, nuestra incomodidad con la interdependencia y nuestro enfoque en completar la tarea. Nos disgusta depender de los demás.

Ser aprendiz durante un período de tiempo relativamente corto, como en el aprendizaje de un idioma, puede parecer abusivo y utilitario para la gente local. ¿Por qué? Puede parecer abusivo cuando la relación formada con el profesor de idiomas se descarta al final del curso. Parece utilitario porque la relación se mantiene solo mientras tenga valor para el estudiante de idiomas. El profesor es simplemente un medio para un fin y puede sentirse utilizado. Las relaciones transitorias y utilitarias transmiten una visión desfavorable de las personas.

El diálogo, la amistad y la solidaridad con los demás requieren cierta interdependencia. Si bien la independencia y la dependencia tienen graves desventajas, la interdependencia no es más que reconocer que nos necesitamos mutuamente para el bienestar familiar, religioso y social.

El verdadero peligro reside en negarse a aprender. Significa que, estando en otra cultura, creemos saber todo lo necesario para cumplir nuestra tarea. La interacción con la gente local se reduce a cumplir con el trabajo en lugar de aprender de ellos y adquirir un conocimiento cada vez mayor de las realidades locales. En cambio, nuestros breves intercambios se convierten en monólogos mutuos. Vivimos mayormente distanciados de la gente local,

retomando el contacto periódicamente para alcanzar nuestros objetivos.

Las personas exitosas en el ministerio en el extranjero priorizan a las personas. Quizás no sean sociables por naturaleza, pero se esfuerzan por comunicar respeto a los demás. La tarea en cuestión surge entonces con facilidad gracias a la conexión interpersonal. La eficacia depende de nuestra disposición a prepararnos bien antes de partir hacia la nueva cultura (investigándola) y a aprender de la gente de esa cultura para el aprendizaje del idioma y, aún más importante, para el aprendizaje a lo largo de la vida. Debemos cultivar el rol de aprendiz durante nuestra estancia en la otra cultura. Estos esfuerzos se verán recompensados. Nuestro supervisor, colegas o patrocinadores pueden presionarnos para que avancemos rápidamente con el trabajo. Considero que esta actitud es miope. No hay razón por la que ambas cosas —relaciones y tareas— no puedan hacerse simultáneamente.

Conseguir "nuevos padres". Un amigo mío se tomó muy en serio el aprendizaje mutuo. Al integrarse en la nueva cultura, se dio cuenta de que era un novato en su comprensión. Incluso después de la escuela de idiomas, seguía sintiendo la necesidad de un compañero cultural, alguien que pudiera guiarlo. Comprendió que, a menos que alguien estuviera dispuesto a ayudarlo, podía cometer grandes errores sin siquiera darse cuenta.

Dave buscó a alguien con quien conectar, una persona local madura y sabia que pudiera entablar amistad con él. Tras varias charlas amistosas con el Sr. Yaka, Dave se le acercó y le dijo algo parecido a lo siguiente:

Te admiro como una persona sabia y madura. Sé que soy nuevo en tu cultura y, por lo tanto, apenas tengo conocimientos y comprensión. Necesito ayuda para aprender sobre tu cultura y las costumbres de tu gente. Por eso te pido que seas mi padre, que me enseñes, me guíes y me protejas. Seré para ti un hijo que promete

aprender de ti y seguir tus consejos. Como mi padre, me dirás las palabras que necesito oír para que pueda pensar y actuar con sabiduría en tu país. Como tu hijo, escucharé, obedeceré y creceré en sabiduría. ¿Serás mi padre y me permitirás ser tu hijo?

El Sr. Yaka aceptó la relación. No solo se convirtieron en "padre" e "hijo", sino que con el tiempo se asociaron para llevar un eficaz programa evangelístico a muchos otros países del continente. Forjaron una profunda alianza espiritual que los unió durante muchos años de fructífero ministerio.

Dormían en el suelo. Dave tenía una buena educación; había tenido una distinguida carrera como piloto en la Fuerza Aérea y poseía un talento que le habría permitido triunfar en cualquier ámbito. El señor Yaka, en cambio, tenía poca formación y poco que indicara que pudiera ser mentor de Dave. Sin embargo, al principio de su relación, ocurrió algo muy significativo.

Los dos compañeros habían llegado al lugar donde iban a dar una conferencia. La persona que los recibió le dijo al Sr. Yaka: «Lo siento mucho, pero ¿estaría dispuesto a dormir en el suelo de esta aula? Tenemos una estera de paja y una manta para usted». El Sr. Yaka aceptó amablemente. Entonces, la persona que los recibió se dirigió a Dave y le dijo: «Solo nos queda una cama, que le hemos estado guardando. Si viene conmigo, le mostraré su habitación». En ese momento, Dave dudó un instante antes de decir: «Señor, le agradezco que se preocupe por mi comodidad. Pero si no le importa, preferiría quedarme con mi amigo, el Sr. Yaka. Tenemos cosas que hablar. ¿Sería tan amable de traerme una estera y una manta?».

¿Cómo crees que se sintió el Sr. Yaka en ese momento? ¿Qué impulsó a Dave a hacer esto? ¿Fue su necesidad de "discutir las cosas" o hubo una razón más profunda? ¿De qué manera la

decisión de Dave contribuyó a la relación? ¿Habrías preferido la cama a la estera sobre el suelo de barro? ¿Por qué sí o por qué no? Si Dave hubiera cogido la cama, ¿qué...?

¿Qué diferencia habría supuesto eso en su relación? ¿Qué nos dice la decisión de Dave sobre lo que significa servir? ¿Y sobre la humildad?

A veces, establecer relaciones sólidas con la gente local depende de la actitud que tengamos hacia nosotros mismos y hacia ellos. No estoy seguro de que Dave se diera cuenta, en esa decisión impulsiva, del profundo mensaje que le estaba enviando a su "padre", el Sr. Yaka, y del impacto a largo plazo que tendría en ellos y en su ministerio, ¡e incluso en todo el continente!

¿Y tú? Si decides pedirle a alguien de la comunidad que sea tu guía, maestro, mentor o figura paterna/materna, presta atención a quién eliges y cuándo. No te precipites. Busca a alguien respetado en la comunidad, y parte de ese respeto se te transmitirá si todo va bien. También presta atención a tus intenciones. La integridad de tu decisión probablemente se pondrá a prueba en más de una ocasión.

Tengo otro amigo que optó por trabajar para la autoridad local en un seminario bíblico. Después de que Ken y su esposa aprendieran bien el idioma, Ken, bien preparado y listo para incorporarse al ministerio docente de la escuela, se encontró realizando trabajos de mantenimiento, montaje y reparación de muebles, y otras tareas humildes. Esa fue la asignación que le dio el director. A su esposa le dieron un excelente trabajo como profesora de inglés en la misma escuela. Ella tenía el prestigioso puesto de maestra; él realizaba trabajos manuales. Al principio, a Ken le molestaba este papel humillante, pero reflexionó sobre la enseñanza bíblica sobre la humildad y el servicio y cómo debía aplicarse a su situación: «Dios lo sabe todo», pensó. «Él es sabio y digno de confianza. No se equivoca. Dios es Dios, y debo creer que está presente y se

preocupa. El problema soy yo. Tengo la actitud equivocada. Debo confiar en Dios, que es absolutamente digno de confianza». Armado con esta reafirmación de quién es Dios, Ken ajustó su comportamiento en consecuencia. Equipado con esta nueva perspectiva, Ken se sumergió felizmente en su trabajo diario, haciendo lo mejor posible sin quejarse.

Aproximadamente un año después, el director de la escuela se acercó a Ken y le anunció que le gustaría que fuera su asistente. Era un puesto mucho mejor del que Ken jamás había imaginado. Pronto se sintió plenamente realizado en su nuevo cargo.

Tanto Dave como Ken nos enseñan lecciones importantes. Pero ten en cuenta que Dios nos trata a todos de manera diferente. Dave tuvo muchas situaciones en las que tuvo que dormir en el suelo. La vida no fue una historia de éxito sin problemas todos los días. Ken tuvo alrededor de doce meses de Nos preguntábamos qué planes tenía Dios. Caminar en el misterio manteniendo una fe firme rara vez es fácil. Pero si queremos ser eficaces en lo que Dios nos encomienda, debemos estar dispuestos a transitar por momentos difíciles para ver qué frutos nos dará.

Aprender con. Hemos hablado de aprender sobre, que en su mayor parte es Aprender sobre las personas y la cultura a distancia. También hemos analizado el aprendizaje como una actitud que perdura toda la vida y que honra a los demás. Ahora nos centramos en la forma más singular de aprendizaje: aprender con. Esta maravillosa forma de aprendizaje parte de la premisa de que el mejor aprendizaje se produce en la relación, en la reciprocidad, en la colaboración, donde ninguna de las partes está por encima ni por debajo.

Proverbios 27:17 expresa a la perfección este tipo de aprendizaje: «Como el hierro afila el hierro, así el hombre afila al hombre». La interacción respetuosa entre dos personas beneficia a ambas. Cada una depende de la otra. Esta interdependencia genera una vida en

común que, de forma constante, transmite a Cristo a la otra. Cada una es, al mismo tiempo, maestra y aprendiz, sin que ninguna lo sepa ni le importe que estén desempeñando esos roles. Una confianza sólida y duradera fortalece su relación. Esta solidaridad fomenta la comunión más profunda, la alegría de la autenticidad y la maravilla de descubrir juntos el camino de Dios.

Ambas partes reconocen rápidamente que sus respectivas culturas se han visto profundamente afectadas por el pecado y que ambas poseen cualidades redentoras. Al aprender unos de otros y con los demás, perfeccionamos nuestra visión y práctica de maneras que jamás podríamos lograr individualmente. Nos necesitamos mutuamente. Nuestras vidas (y culturas) interconectadas nos hacen mejores personas.

A veces se usa el término sinergia para describir este tipo de relación. Sinergia significa "con energía", energía añadida o multiplicada. ¿Alguna vez has hecho algo con otra persona y te has asombrado de lo que lograron? Jamás lo habrías podido lograr solo, ni siquiera con el doble de tiempo. Eso es sinergia.

¿Recuerdas cuando una banda u orquesta calentaba antes de un concierto? Cada miembro tocaba notas o acordes de forma independiente, creando ruido. Pero cuando el director levanta la batuta, juntos crean música magnífica. Eso es sinergia.

La sinergia se ilustra aún más con lo siguiente, que obtuve de un diario agrícola:

Un caballo puede tirar de 6.000 a 7.000 libras.

Dos caballos pueden tirar de aproximadamente 18.000 libras.

Dos caballos entrenados para tirar juntos pueden arrastrar 25.000 libras.

Cuando se produce sinergia entre dos o más personas, el resultado puede ser asombroso, estimulante, productivo e impresionante.

El Hijo de Dios entró en la cultura humana y conoció su esclavitud al pecado y su incapacidad para reconectarse con su Creador sin la intervención divina. A menos que nosotros también nos conectemos profundamente con la gente de la cultura que nos acoge, no podremos ver ni interpretar su situación con precisión: su dolor, sus valores, sus estructuras, sus limitaciones sociales, sus sueños, su ética y sus emociones. Hasta que no podamos interpretar su situación con precisión, seremos como el mono y el pez; nuestra ayuda bienintencionada no encajará en su realidad. El Cristo que les mostremos será más norteamericano que el verdadero Cristo, quien puede dirigirse a su cultura de forma natural.

¿Qué aspecto tiene Jesús?

Durante unos catorce años he impartido un curso de una semana en el Centro de Estudios de Ministerios en el Extranjero en New Haven, Connecticut. Los profesores visitantes se alojan en la misma sala año tras año. Aproximadamente en mi tercer año allí, entré en una sala familiar y vi un cuadro nuevo. Tardé un momento en darme cuenta de que representaba la entrada triunfal de Cristo en Jerusalén. Pero esto no era inmediatamente obvio porque era diferente a todas las demás imágenes que había visto de este gran acontecimiento. Cristo era retratado como delgado, de piel oscura, con rasgos finos, una cabeza estrecha y puntiaguda cubierta de cabello negro y grasiento salpicado de flores blancas parecidas a margaritas.

El pintor era balinés, y todos los personajes del cuadro también lo

eran. La figura de Cristo estaba montada en un burro, mientras otros colocaban hojas de palma a su paso y lo contemplaban con asombro. Sin embargo, me costaba identificar esta escena como la entrada triunfal de Cristo, pues no reconocía esta representación. Me avergüenza admitir que mi imagen de Cristo en este evento era la de una persona de piel clara rodeada de gente similar, gente que se parecía mucho a mí. Cuanto más estudiaba el cuadro, más me daba cuenta de la importancia de que un pintor balinés representara a Cristo con rasgos balineses. ¡Lo identifiqué como uno de ellos! Yo había identificado a Cristo con mi etnia y no tenía ninguna dificultad con eso. ¿Por qué me costaba cuando alguien más lo representaba con su propia etnia? ¿Acaso no es el Cristo de todas las naciones, tribus y lenguas? Ahora, cada vez que entro en la habitación, dejo mi equipaje y contemplo de nuevo la maravilla de este cuadro y la maravilla de este Cristo que lo es todo para todos.

Hace un tiempo encontré un libro de cuatro páginas titulado "Soy Verde". En la primera página había un breve texto sobre un hijo de misioneros que crece entre dos culturas. En la segunda página había un gran círculo azul que representaba una de las culturas que experimenta el hijo: la de su hogar. En la tercera página había un círculo amarillo que representaba la segunda cultura que experimenta el hijo. Los hijos de misioneros descubren que no son ni "azules" ni "amarillos". La cuarta página dice: "SOY VERDE", que es el color que se obtiene al mezclar azul y amarillo.

Si bien solemos idealizar a Jesús según nuestra propia cultura, la realidad es que se siente cómodo adoptando la esencia de todas las culturas. Deberíamos aceptarlo, e incluso fomentarlo.

Resumen

Resumamos las formas de aprendizaje importantes para integrarse y vivir en otra cultura.

Aprender sobre los demás nos aporta información que nos ayuda a ajustar nuestras expectativas y a generar oportunidades para un aprendizaje más profundo tras integrarnos en la cultura. El peligro reside en que podemos dejar de aprender y creer que ya lo sabemos todo para el ministerio. Además, tiende a crear divisiones entre «nosotros» y «ellos».

Aprender de los demás nos brinda una comprensión que nos permite forjar relaciones sólidas, duraderas y de confianza, resistentes a las actitudes colonialistas y a la dependencia. El peligro reside en que podemos cansarnos de aprender y pasar a ser quienes dictan las respuestas; es decir, yo tengo todas las respuestas.

Aprender con otros genera colaboraciones auténticas donde cada uno indaga profundamente en la mente y el corazón del otro, propiciando un crecimiento interdependiente y un ministerio culturalmente sensible. Las categorías de «nosotros-ellos» se reemplazan por categorías de «nosotros». El peligro: no se me ocurre ninguna.

Algunas enseñanzas bíblicas maravillosas nos ayudan en nuestro aprendizaje. Historias culturales ilustran cómo se logra. Sigue leyendo.

Aprendiendo

Fundamentos bíblicos para el cambio

“Quien se atreve a enseñar nunca debe dejar de aprender.”

Autor desconocido

Buscamos la perspectiva de Dios sobre el aprendizaje. Hemos hablado desde las ciencias sociales y desde las voces de las personas del Tercer Mundo. Ahora dejamos que las Escrituras hablen para afirmar y corregir. Dos doctrinas en particular guían nuestra reflexión sobre el aprendizaje: la gracia común y el sacerdocio de todos los creyentes. También escucharemos más voces que ilustran este principio.

Gracia común

Durante muchos años, a pesar de haber estado muy expuesto a las enseñanzas bíblicas, no comprendí la doctrina práctica de la gracia común. Es una doctrina tan profunda que ha transformado profundamente mi forma de pensar.

La gracia, en pocas palabras, es la bondad y generosidad de Dios ofrecidas a quienes no la merecen.[1] La Biblia habla de dos tipos de gracia, ambas provenientes de Dios. La gracia especial, también llamada gracia eficaz, se refiere a la salvación que Dios ofrece a los pecadores. En palabras de Pablo: «Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; esto no de vosotros, pues es don de

Dios; no por obras, para que nadie se gloríe» (Efesios 2:8-9). Dios compartió generosamente su bondad con nosotros ofreciéndonos la salvación por medio de la fe en Cristo.

Mientras que la gracia especial beneficia solo a aquellos que depositan su confianza en Cristo, la gracia común se refiere a la amplia variedad de maneras en que Dios beneficia a todas las personas en todas partes.[2] Considere:

El Espíritu de Dios refrena las fuerzas del mal para que se preserve cierto grado de ley y orden (2 Tesalonicenses 2:6-7).

Dios provee sol y lluvia para los injustos y los justos (Mt 5:45; Hch 14:17).

Dios refrena su ira contra el mal mientras es grande en amor y misericordia (Salmo 145:8-9).

Dios no emite un juicio inmediato, dando a las personas la oportunidad de reconocer su pecado y arrepentirse (Gén 6:3; Rom 2:4).

Dios revela su “poder eterno y naturaleza divina” a todas las personas (Rom 1:20)[3]

En el capítulo cuatro mencioné que Dios ha dotado a todas las personas con su imagen. Esto forma parte de la gracia común de Dios. Significa que incluso las personas no regeneradas (los no salvos; aquellos que aún no están en relación con Cristo) llevan la imagen de Dios, aunque deformada y distorsionada por el pecado. Debido a que son portadores de la imagen de Dios, son capaces de hacer el bien (por ejemplo, ayudar a los demás, ser amables con su cónyuge e hijos, enviar dinero a quienes sufren desastres, construir orfanatos y hospitales). Estas manifestaciones de la gracia común deben recordarnos la bondad de Dios y llevarnos a confiar exclusivamente en él.

Además, todas las personas pueden contribuir a la sociedad, incluso quienes niegan a Cristo. Los descubrimientos de científicos ateos nos benefician; pilotos no cristianos nos llevan a volar con seguridad por todo el mundo; médicos no creyentes facilitan la curación gracias a su conocimiento del funcionamiento del cuerpo humano. Mecánicos, dentistas, ingenieros, agricultores, astronautas, dependientes: todos son bendecidos por Dios aunque no lo reconozcan como Creador. Esta es la gracia común. Pero, ¿qué tiene esto que ver con la cultura, el aprendizaje y el trabajo intercultural eficaz?

La gracia común y tú en una nueva cultura

Por haber sido creados a imagen de Dios y por la gracia común de Dios, toda persona —el ateo, el agnóstico, el hindú, el musulmán, el animista, el marginado, el inculto, el pobre e incluso nuestro enemigo— puede contribuir a nuestro aprendizaje.

La mayoría de nosotros nos adentramos en otra cultura, conocemos a algunos cristianos y los consideramos valiosas fuentes de información, pero a menudo pasamos por alto a la gente del mercado, las oficinas, los pueblos, los hospitales, los bancos, las oficinas de correos, los taxis y los autobuses. Los ignoramos como personas de las que podemos aprender y con las que podemos aprender porque, inconscientemente, podemos pensar que no tienen nada que ofrecer.

A menudo pensamos: «Los cristianos de este país pueden ayudarnos, pero ¿qué pueden enseñarnos los paganos?». Así, ignoramos lo que podríamos aprender de los no cristianos. Más tarde, cuando intentamos compartir con ellos el amor de Dios y el perdón de Cristo, suena extraño, muy occidental. Un testimonio que no se basa en las realidades culturales locales ha llevado históricamente a la afirmación de que el cristianismo es una

«religión de blancos» o «religión de extranjeros».

Jesús se integra fácilmente en todas las culturas, pero debemos aprender a expresarlo en el contexto local. Solo cuando mostramos apertura hacia todos en la nueva cultura, demostramos aceptación, generamos confianza y aprendemos de los demás, podemos aspirar a presentar a un Cristo que se parezca más a la gente local que a nosotros mismos: más balinés entre los balineses, más chino entre los chinos, más chileno entre los chilenos y más zambiano entre los zambianos. Lograrlo requiere un cambio profundo de nuestra parte. Esta transformación, esta contextualización, no se produce de forma natural. Pero el esfuerzo vale la pena. Las ideas y habilidades que se abordan en este libro nos impulsan a aprender de todas las personas, un paso importante para servirles.

Una advertencia: si bien podemos aprender de todos, cuando existe un conflicto entre las verdades culturales y la verdad que se encuentra en las Escrituras, la verdad bíblica prevalece.

El discernimiento es una habilidad necesaria para adquirir conocimiento, ya sea a través de la creación, otros creyentes o no creyentes. Si bien Dios revela su verdad a través de todas estas fuentes, nuestra autoridad final en materia de verdad es la Biblia. Dicho esto, también debemos tener cuidado de no confundir nuestros propios valores culturales con la verdad bíblica.

Parteras Shangaan

Mi esposa, Muriel, es una experta en obtener información de los demás para servirles eficazmente. Hace algunos años trabajó para World Relief Corporation, el brazo de ayuda y desarrollo de la Asociación Nacional de Evangélicos. Su función como especialista en salud la puso a cargo de cerca de medio millón de niños menores de cinco años considerados en riesgo, es decir, con peligro de morir antes de cumplir los cinco años. En aquel

entonces, unos cuarenta mil niños menores de cinco años morían diariamente por enfermedades prevenibles. En los siete países donde trabajó, su labor consistía en capacitar a un cuarto de millón de madres sobre cómo mantener a sus hijos con vida.

En un viaje al sur de Mozambique, un país africano asolado por la guerra y la pobreza, Muriel les dijo a su equipo de trabajadores sanitarios locales que el único propósito de su visita a las aldeas era aprender de las mujeres. Parecía una tarea sencilla, pero Muriel conocía por experiencias anteriores el fuerte impulso que sienten los expertos de intervenir en las conversaciones, corregir la información errónea y decirles a las personas lo que deben hacer. Los expertos se marchan con la sensación de haber tenido éxito. (Este mismo impulso persigue a la mayoría de los expertos occidentales, incluidos los misioneros, tanto a corto como a largo plazo).

Muriel había organizado que todas las "abuelas" shangaan (mujeres mayores) y las parteras (aquellas que asistían a las mujeres embarazadas durante el parto porque no había médicos ni enfermeras disponibles) se reunieran en la aldea a una hora determinada.

Cuando lo hicieron, Muriel inició la conversación diciendo que ella y su equipo de trabajadores de la salud estaban allí para ayudarlos a brindar una mejor asistencia a las mujeres embarazadas para que dieran a luz bebés sanos y se mantuvieran sanos. «Pero», dijo mi esposa, «primero deben ayudarnos. Necesitamos su ayuda para combatir estas enfermedades que están matando a sus hijos. Demasiados de sus hijos mueren al nacer o poco después. Si trabajamos juntos, podemos acabar con estas enfermedades. Recuerden: "Se necesitan dos dedos para aplastar un piojo"».

Aquí Muriel utilizó un proverbio local para captar la atención de la gente y Para ilustrar su punto, los piojos son difíciles de matar. Se pueden colocar entre dos dedos y frotar, pero sus pequeños cuerpos con costras sobreviven. Por lo tanto, para matar un piojo, hay que

colocarlo sobre la uña del pulgar y luego presionar con la otra uña. Atrapado entre estas dos superficies duras, el piojo muere.

Muriel continuó: «Ustedes son un pulgar y nosotras, las trabajadoras de la salud, somos el otro. Si trabajamos juntas, podemos acabar con los piojos, las enfermedades que están matando a nuestros hijos». Las mujeres asintieron y rieron al ver que esta extranjera utilizaba con tanta sabiduría uno de sus propios proverbios. Mientras las mujeres se relajaban, sintiendo ya cierta confianza, mi esposa formuló las preguntas clave que abrirían la puerta al aprendizaje.

Ella preguntó: “Cuando las mujeres de su aldea quedan embarazadas, ¿qué consejos y enseñanzas les dan para que tengan hijos sanos? ¿Qué les dicen que deben y no deben hacer?”. Las mujeres estaban ansiosas por informarle. Ninguno de los expertos que habían visitado su aldea antes parecía interesado en aprender de ellas. Pero esta mujer, Muriel, era diferente. La gracia común nos dice que podemos aprender de cualquiera. Muriel creía en la gracia común y en la dignidad de cada persona (imagen de Dios). Sabía que la dignidad es una parte muy delicada de cada persona. Se puede herir fácilmente y, cuando esto sucede, la confianza desaparece, el compartir cesa, el aprendizaje se detiene y el servicio se vuelve difícil. Las mujeres shangaan enseñaron a mi esposa y a los demás trabajadores de la salud durante varias horas. Lo que aprendieron resultó fundamental para servir a esa aldea, como lo atestigua la siguiente historia. Muestra cómo la gracia común funciona incluso en un contexto donde pocos son cristianos, pero donde Dios está obrando.

Aprende del pollo

Las ancianas y parteras shangaan les habían estado enseñando a las mujeres embarazadas que no debían comer huevos. Muriel y los

demás trabajadores de la salud tuvieron que contener su sorpresa, pues eso habría transmitido rechazo a las mujeres y podrían haber dejado de compartir. Con calma, mi esposa les preguntó a las ancianas y parteras: «Esto es muy interesante. ¿Por qué les aconsejan a las mujeres embarazadas que no coman huevos?».

Una vez más, las mujeres respondieron alegremente, algo sorprendidas de que este “experto” extranjero no tuviera conocimientos tan básicos. Las mujeres exclamaron lo obvio: “Ya saben, cuando una gallina quiere poner un huevo, se pone nerviosa, revolotea ansiosamente y parece alterada. Bueno, está intentando retener el huevo. Así que si las mujeres comen huevos, intentarán retener al bebé, impedir que nazca, causando dificultades en el parto. Por lo tanto, no deben comer huevos durante el embarazo”.

Este dato resultó ser una valiosa fuente de información para Muriel. Explicaba la alta incidencia de enfermedades oculares infantiles, incluyendo la ceguera precoz y la mala nutrición durante el embarazo. La yema del huevo contiene una alta concentración de vitamina A, necesaria para el desarrollo normal de la vista. Pero aún quedaba un problema.

Dado que los trabajadores de la salud estaban comprometidos únicamente con el aprendizaje, y no con brindar información correctiva durante esta sesión, registraron los datos y decidieron retomar este problema más adelante en las nuevas lecciones de salud. Fue muy difícil contenerse para no gritar la respuesta correcta al problema: “Necesitan huevos para el desarrollo saludable de los ojos de sus bebés. ¡No les den ese mal consejo!”. Al final de la sesión, cuando se habían formulado todas las preguntas y se había compartido toda la información, Muriel agradeció a las abuelas y parteras por su maravillosa ayuda. Además, señaló que eran personas verdaderamente extraordinarias por su dedicación a las madres y al bienestar de toda la aldea. Muchos niños y adultos sanos de la aldea eran testimonio de sus esfuerzos.

¿Eran estas abuelas y parteras perfectas en sus consejos a las mujeres embarazadas? Por supuesto que no. Pero hacían lo mejor que podían con los conocimientos que poseían. Y a lo largo de los años habían acumulado una sabiduría considerable que proporcionó al pueblo el grado de salud que tenía. Pero el problema espinoso seguía sin resolverse: cómo corregir la desinformación.

Construye reputación, salva la reputación, pero no la pierdas. La conciencia cultural de Muriel Sus valores se habían forjado durante su infancia como hija de misioneros en la zona rural de Zimbabwe. Sabía lo importante que era evitar que la gente perdiera prestigio, es decir, que sintiera vergüenza, humillación y deshonra, especialmente entre sus semejantes.[4] Por lo tanto, al final de la conversación, elogió efusivamente a estas mujeres por sus esfuerzos. A eso se le llama «construir prestigio» o hacerlas quedar bien, afirmarlas, ensalzar sus virtudes. Finalizó la reunión agradeciéndoles y expresando su admiración por todo el arduo trabajo que realizan y por la sabiduría que comparten.

Los mensajes sobre la vitamina A se incorporaron posteriormente a los relatos del programa de salud de la aldea. En estos relatos aparecían mujeres embarazadas a las que se animaba a consumir abundantes alimentos ricos en vitamina A. La advertencia de no comer huevos también se integró cuidadosamente en la narración. Con el tiempo, la aldea aceptó el mensaje de que el huevo era beneficioso y que la yema era muy importante para prevenir enfermedades oculares en los bebés, gracias a la confianza que depositaban en los trabajadores sanitarios.

Todos los mensajes de salud fueron finalmente aceptados, pero debemos analizar el contexto que hizo posible su aceptación. Primero, Muriel reunió a todos los "expertos" que ayudaron a instruir a las mujeres embarazadas y a asistirles en el parto. Luego, los elogió generosamente, utilizando un proverbio local. No mostró

desdén ni rechazo alguno hacia sus palabras. Posteriormente, ella y los demás trabajadores de la salud emplearon el método de enseñanza basado en cuentos. Los cuentos son una de las herramientas más eficaces para transmitir información. Pensemos en la apertura, la aceptación, la confianza y la disposición al aprendizaje que demostró Muriel. En este contexto, pudo servir a las mujeres Shangaan y a toda la aldea.

Nótese que Muriel no reunió a las jóvenes, las mujeres casadas ni las embarazadas del pueblo para anunciar que todas debían comer huevos para prevenir enfermedades oculares en sus hijos nonatos. Hacerlo habría provocado una enorme vergüenza y humillación a las abuelas y parteras. Habrían quedado en ridículo y habrían perdido todo el respeto de los demás aldeanos. Mi esposa, Por supuesto, habría ganado un enorme respeto y admiración por traer información tan importante. Pero esa no era su misión. Su misión era servir al pueblo Shangaan, no avergonzándolos, sino haciendo que sus abuelas y parteras fueran más sabias y capaces de tomar buenas decisiones. Ni siquiera reunió a este grupo para decirles que estaban equivocados sobre los huevos. Nunca los corrigió directamente en ese punto. Hacerlo les habría hecho perder prestigio y sentirse culpables cada vez que vieran a un niño ciego en la aldea. Como resultado de sus cuidadosos esfuerzos, las mujeres Shangaan llamaban a Muriel “nuestra Madre”.

Servir a los demás no se trata solo de hacer lo que parece correcto según nuestra propia cultura, sino de buscar el conocimiento de la gente, aprender de ella, conocer sus valores culturales y luego actuar de maneras que apoyen el tejido cultural en la medida de lo posible. Después de dar estos pasos, habremos servido a la gente.

Agua de arroz. Muriel también trabajó en Camboya. Allí, expertos en salud descubrieron que las madres jemerres daban agua de arroz (un líquido a base de cereales) a sus hijos cuando tenían diarrea (que alguna vez fue la principal causa de muerte entre los niños menores de cinco años). Casi al mismo tiempo,

expertos médicos internacionales descubrieron, para su sorpresa, que los nutrientes de estos líquidos a base de cereales resultaban ser la forma más eficaz de tratar la diarrea, manteniendo a los niños hidratados y proporcionándoles los nutrientes necesarios. Las madres jemerres habían descubierto parte de la sabiduría de Dios —la gracia común de Dios revelada a personas sin saber leer ni escribir— que, con el tiempo, también descubrieron los expertos occidentales. Han aprendido algo sobre cómo Dios estructura su mundo y, aunque no lo reconocen, le agradecen ni lo honran por su bondad, él les brinda este conocimiento con generosidad. Al hacerlo, demuestra su cuidado por ellas y sus hijos. También revela su propio carácter, aunque ellas prefieran no reconocerlo. Aprender de ellas —lo que han descubierto sobre los caminos de Dios— nos ayuda a ser mejores servidores.

Dios bendiga al agricultor.

Consideremos cómo Dios (a través de Isaías) ilustra su gracia común en la vida del agricultor:

Escucha y oye mi voz;

Presta atención y escucha lo que digo.

Cuando un agricultor ara para sembrar, ¿ara continuamente?

¿Sigue removiendo y rastrillando la tierra sin cesar?

Cuando haya nivelado la superficie,

¿Acaso no siembra alcaravea y esparce comino? ¿Acaso no planta trigo en su lugar?

¿Cebada en su parcela y espelta en su campo?

Su Dios le da instrucciones

y le enseña el camino correcto. El comino no se trilla con un mazo,
ni se pasa una rueda de carro por encima del comino; el comino se
golpea con una vara,
y comino con un palo.

Para hacer pan hay que moler el grano;

para que uno no siga trillándolo eternamente.

Aunque hace pasar las ruedas de su carro trillador por encima, sus
caballos no lo muelen.

*Todo esto proviene del SEÑOR Todopoderoso, Maravilloso en
consejo y magnífico en sabiduría. (Isaías 28:23-29, cursiva
añadida)*

Isaías nos lleva a una escena que sus contemporáneos podían
visualizar. La habían visto cientos de veces. Pero Isaías obliga al
lector a reflexionar sobre Dios a través de la rutina del campesino.
El campesino ara su campo, pero no lo hace una y otra vez. ¿Por
qué no? ¿Cómo sabe cuándo el campo está listo? ¿Cómo sabe qué
hacer a continuación y cuándo hacerlo? ¿De dónde proviene esta
sabiduría?

Dios comparte generosamente su conocimiento y sabiduría con
aquellos a quienes ha creado. El problema surge cuando sus
criaturas se niegan a reconocerlo como la fuente de su

conocimiento y no le agradecen por él. Entonces, como dice Pablo:

Porque aunque conocían a Dios, no lo glorificaron como a Dios ni le dieron gracias, sino que sus razonamientos se volvieron vanos y su necio corazón se oscureció. Aunque se creían sabios, se hicieron necios y cambiaron la gloria del Dios inmortal por imágenes semejantes a la de hombres mortales, aves, animales y reptiles. (Romanos 1:21-23)

Aunque la verdad sea suprimida por los no cristianos, todavía llevan la imagen de su Creador y son receptores de su gracia común; por lo tanto, pueden conocer y comunicarles lo que Dios les ha revelado. Esta fue mi experiencia en la Universidad Estatal de Michigan, donde la mayoría de los profesores no reconocían al Dios que es «magnífico en sabiduría». Pero me sorprendió gratamente que muchos de mis profesores, si bien no mostraban una conciencia de Dios, fueran disciplinados en la búsqueda de la verdad. Descubrí que muchas ideas de las ciencias sociales eran coherentes con las Escrituras o, en el peor de los casos, no las contradecían. La gracia común implica que debemos aprender sobre, de y con los demás, independientemente de su posición en el espectro de la fe, ya sean ancianas de pueblo o la élite intelectual.

La doctrina de la gracia común nos instruye a extraer la verdad de todas las fuentes del mundo de Dios.

Sacerdotes: Tú y yo

En 1 Pedro 2:5 se declara que todos los creyentes son un “sacerdocio santo”. Todos los miembros de la iglesia, en todo el mundo, son sacerdotes. Esta verdad tiene dos hermosas dimensiones: vertical y horizontal. La dimensión vertical se refiere al hecho de que, como sacerdotes del Nuevo Testamento, ahora podemos acercarnos a Dios a través de Cristo en cualquier

momento, en cualquier lugar y bajo cualquier circunstancia. Sin necesidad de viajar a un lugar específico, sin esperas, sin intermediarios. Dios es directamente accesible para nosotros en cualquier momento (Hebreos 4:14-16; véase también Romanos 5:1-5; 1 Timoteo 2:5). En el Antiguo Testamento, los sacerdotes provenían únicamente de la tribu de Leví. Cuando las personas querían tener acceso a Dios, debían hacerlo en momentos específicos, en un lugar específico y con una ofrenda específica (Levítico 1-7). Ahora, con Cristo como nuestro gran sumo sacerdote, no tenemos limitaciones para conectarnos con nuestro Padre celestial.

De sacerdote a sacerdote. Los sacerdotes del Antiguo Testamento también tenían una dimensión horizontal. No solo representaban al pueblo ante Dios, generalmente mediante ofrendas y sacrificios en el templo, sino que diariamente transmitían a Dios y su gracia a las otras once tribus: una función horizontal. Por mediar, me refiero a que comunicaban la voluntad y los propósitos de Dios a los demás israelitas lo mejor que podían. Al hacerlo, comunicaban la gracia de Dios al pueblo. Como creyentes del Nuevo Testamento, también tenemos una función horizontal similar: compartir nuestra comprensión de Dios y sus propósitos entre nosotros. Esta enseñanza está implícita en todo el Nuevo Testamento, pero se hace explícita en pasajes que hablan de la conexión del cuerpo de Cristo y la interdependencia de sus partes.[5] Esta verdad tiene profundas implicaciones en cómo nos relacionamos unos con otros en prácticamente todos los ámbitos de la vida.

¿Sacerdotes menores de edad? La dimensión horizontal del sacerdocio de todos los creyentes me impactó cuando mi hijo mayor, Scott, a los siete años, depositó su confianza en Cristo como su Salvador. Me asombró pensar que ahora era sacerdote. ¿Qué significa eso? Significa dos cosas: como miembro del cuerpo de Cristo, ahora tiene acceso a su Padre celestial a través de Jesucristo en cualquier momento, en cualquier lugar y bajo cualquier circunstancia. Está conectado con Dios de una manera

nueva y maravillosa. Eso me complació y me brindó un consuelo significativo. Luché más con La segunda parte: como sacerdote del Nuevo Testamento, ahora podía transmitir el mensaje de Cristo a otros creyentes, ¡incluyéndome a mí! ¿A los siete años? ¿A mí, que me había graduado de una escuela bíblica y un seminario? Tuve que reflexionar sobre esta implicación.

Era cierto. Scott no solo estaba ahora conectado con Dios de una manera nueva, sino que también estaba conectado conmigo y con otros de una manera nueva. Como sacerdote, podía mediar a Cristo para mí y para otros. ¿Lo haría con mucha sabiduría? Probablemente no. ¿Con mucha sofisticación? Probablemente no. ¿Con mucho conocimiento de las Escrituras? Desde luego, no a los siete años. Las implicaciones no fueron terriblemente impactantes para mi hijo, pero sí para mí. Debía reconocer su sacerdocio y tratarlo como tal. ¿Qué significaba eso? Ahora tenía que recordarme a mí misma que Cristo es su Señor, que el Espíritu Santo mora en él, que es un don de Dios, y que debo prestar atención a sus palabras, ideas, pensamientos y percepciones, porque en cualquier momento Dios puede hablarme a través de mi pequeño hijo.

No podía desestimar su opinión sobre un asunto, pues bien podría ser la voz del Señor. No podía descartar su postura cuando planteábamos asuntos familiares para discutirlos. Su postura podría ser la guía de Dios. No podía ignorar sus reflexiones sobre las Escrituras, ya que sus ojos jóvenes podrían, de hecho, estar viendo lo que Dios quiere que yo vea. Siempre debía estar alerta ante la posibilidad de que la propia voz de Dios estuviera presente en la voz de mi hijo.

El sacerdocio global de hermanos y hermanas. Ahora llevemos esta verdad al interior. Contexto intercultural. Dios tiene a sus seguidores plantados por todas partes, a veces abundantemente y a veces escasamente. Pero dondequiera que los encontremos, forman parte de su santo sacerdocio. Son tan capaces como cualquiera de

nosotros de mediar su maravillosa gracia, si somos capaces de recibirla. Si nos creemos más instruidos, podemos pensar que hemos venido a darles la gracia y la sabiduría de Dios y que ellos tienen poco que ofrecernos a cambio. ¿Recuerdan al misionero en Guatemala que dijo que no recibía alimento espiritual de los pastores locales? Estaba ignorando el sacerdocio de todos los creyentes. Se estaba imponiendo sobre ellos de tal manera que todo el alimento espiritual era unidireccional, de él hacia ellos. Pero para que el sacerdocio de todos los creyentes funcione correctamente, todos debemos nutrirnos mutuamente, escucharnos, ver la belleza de Cristo en los demás y buscar la gracia de Dios en los demás.

Es muy fácil, especialmente cuando entramos en una parte del mundo económicamente bastante pobre, creer (probablemente inconscientemente) que estamos llamados a alimentar espiritualmente a las personas, educarlas en la Biblia y mostrarles cómo vivir una vida santa.

Sé que a menudo caigo en esta postura antibíblica y me encuentro actuando como un fariseo: menospreciando a los demás, asumiendo un rol de superioridad y dominando a otros con mi conocimiento, títulos y grados (véase Mt 20:25-28; 23:5-12). Al igual que los discípulos, prefiero vestir la túnica del privilegio en lugar de asumir el rol de servicio (véase el capítulo 2). En mis momentos de lucidez, y espero que sean cada vez más frecuentes, intento ver a los demás creyentes, dondequiera que los encuentre, como Jesús nos enseñó: «Tenéis un solo Maestro, y todos vosotros sois hermanos» (Mt 23:8).

La designación de “hermanos” nos sitúa a todos en el mismo plano; nótese que no se nos clasifica como hermanos mayores o menores, sino simplemente como hermanos, con Cristo como nuestro Maestro. Esta metáfora de la hermandad nos une como individuos distintos pero iguales. La hermandad nos conecta de forma interdependiente, desempeñando cada uno un papel importante, pero también necesitándonos mutuamente para que la

familia funcione. La idea del sacerdocio sugiere que cada uno de nosotros puede ministrar la gracia de Dios a cualquier otro y ser ministrado por cualquier otro. Así, somos maestros y aprendices unos de otros. Las tres imágenes identifican claramente a Cristo como el maestro unificador de la familia, cabeza del cuerpo y sumo sacerdote del templo. Estos tres importantes roles funcionan con mayor eficacia cuando se reconoce la posición que le corresponde a Cristo y permanecemos en nuestras posiciones como hermanos y hermanas que se aman, miembros del cuerpo que dependen unos de otros y sacerdotes que median a Cristo entre sí. Sin embargo, a veces, a las personas les cuesta verse a sí mismas en un rol sacerdotal.

Solo soy un agricultor. Mientras estábamos de baja temporal de nuestro ministerio en el sur En África, una pequeña iglesia de Wisconsin, necesitaban un pastor, y yo necesitaba ingresos. Así que me convertí en pastor interino. Presenté un asunto a la junta directiva para su discusión. Mientras buscaba su opinión, un hombre, un agricultor, intervino y dijo: «Pastor, usted tiene toda la formación. Ha estudiado griego, hebreo y teología. Conoce las Escrituras. Debería ser usted quien nos diga qué debemos hacer. Yo solo soy un agricultor». Sé que me estaba halagando, pero su comentario también indicaba que no creía tener mucha sabiduría que ofrecer cuando había alguien más instruido presente. Le expliqué que el pueblo de Dios lo había elegido para ese cargo porque creía que cumplía con los requisitos bíblicos. Por lo tanto, representaba una parte de la sabiduría de Dios que debía estar presente en los asuntos de la iglesia. Le costó comprender esta idea.

Creo que parte del problema es histórico. Antiguos pastores de la iglesia, Quienes conocía hasta cierto punto tenían un enfoque diferente del liderazgo. Tomaban las decisiones, utilizando la junta directiva como un simple foro para expresar sus ideas. Así, los líderes laicos de la iglesia estaban acostumbrados a ser meros instrumentos de los pastores. Estoy convencido de que muchos de

nosotros, desde Occidente, hemos hecho lo mismo, sin darnos cuenta, con los líderes de la iglesia en otros países. Hemos pasado por alto su función sacerdotal. En cambio, damos las respuestas correctas, tomamos las decisiones y compartimos la visión que Dios tiene para este ministerio. Creo que nuestra incapacidad para reconocer y practicar el sacerdocio de todos los creyentes ha provocado graves deficiencias en la comprensión y la práctica del liderazgo cristiano en la iglesia global. Al desarrollar y practicar algunas habilidades, podemos restaurar la función sacerdotal de todos los creyentes.

Habilidades

Paul Goring, misionero con treinta años de experiencia originario de Colombia, Sudamérica, ofrece algunas reflexiones. Investigó las características de la personalidad de los misioneros y su efecto en la comunicación con los demás.[6] Entre sus conclusiones se encuentra la siguiente:

En términos generales, las personas que pueden clasificarse como comprometidas con el cumplimiento de sus deberes y deseosas de conservar los recursos son el doble de numerosas entre la población misionera que entre la población estadounidense. Este tipo de persona —como misionero— está más interesada en transmitir información que en recibirla. Los misioneros con esta personalidad están ansiosos por que su mensaje, sumamente importante, sea escuchado.

¡Ellos son los que pueden lograr que las cosas se hagan! Sin embargo, también tienden a ser menos sensibles, menos propensos a comprender la situación de sus interlocutores y menos interesados en integrarse a la cultura anfitriona.

¿Qué te llamó la atención de este párrafo? Léelo de nuevo.

El Dr. Goring descubrió que el 76 por ciento de los misioneros — el doble del porcentaje encontrado en la población estadounidense— pertenecían a la categoría de personas "obligadas por el deber" y estaban más "interesadas en transmitir información... que en recibirla". Estas personas están muy motivadas para la tarea, pero son menos eficaces porque carecen de ciertas habilidades.

Escuchar. William Stringfellow dijo: “Escuchar es un acontecimiento raro entre seres humanos.”[7] ¿Estás de acuerdo? Reflexiona sobre tus propias relaciones. ¿Cómo te calificarías como oyente? ¿Tienes algún amigo o conocido que sea un buen oyente? ¿Cómo te hace sentir? Stringfellow continuó diciendo:

No puedes escuchar lo que otra persona dice si estás preocupado por tu apariencia o por impresionarla, o si intentas decidir qué vas a decir cuando termine de hablar, o si estás debatiendo si lo que se dice es cierto, relevante o agradable. Estas cuestiones tienen su importancia, pero solo después de escuchar la palabra mientras se pronuncia.

Revisa la lista de obstáculos que menciona Stringfellow. ¿Cuál interfiere más con tu capacidad de escuchar? ¿Puedes mencionar otras cosas que te distraen cuando deberías estar escuchando con atención?

“Escuchar es un acto primitivo de amor.” William Stringfellow

Escuchar puede ser una de las expresiones de amor más efectivas por esta razón: honra a quien habla. También comunica que estamos dispuestos a aprender de quien habla. Al ser buenos oyentes, permitimos que la otra persona acceda a nuestra mente y corazón. Al hacerlo, nos volvemos vulnerables ante ella. Esto no es

negativo si actuamos con discernimiento. De hecho, puede ser profundamente positivo, porque escuchar a menudo nos da acceso a la voz de Dios a través de uno de sus siervos.

Otra razón para escuchar con atención, especialmente en un contexto cultural diferente, es que las personas responden a un buen oyente compartiendo de forma más profunda e íntima aspectos de sí mismas. Tal fue el caso de mi esposa entre las mujeres Shangaan del sur de Mozambique. Una trabajadora de la salud que llevaba veinte años trabajando con los Shangaan le comentó a Muriel que, en todo el tiempo que llevaba allí, nunca había podido obtener información tan valiosa de ellas. Muriel aprendió de ellas escuchándolas antes de empezar a enseñar. Las personas comparten sus experiencias más íntimas con aquellos en quienes confían y que saben escuchar.

Responder. Responder con sensatez es otra habilidad fundamental en el proceso de escuchar atentamente. La mayoría de nosotros respondemos a las conversaciones de maneras bastante predecibles. El psicólogo Carl Rogers afirmó que existen cinco formas de responder a las personas en una conversación.[8] Su investigación reveló que la respuesta más frecuente de los norteamericanos en una conversación es la evaluativa. Es decir, nuestras respuestas se caracterizan por estar de acuerdo o en desacuerdo, corregir cualquier error que podamos detectar, ofrecer un contrapunto, decir «Sí, pero...», cambiar de tema o retirarnos. Una respuesta evaluativa tiende a convertir la conversación en debate o a cerrarla. Pero podemos fomentar el diálogo si desarrollamos una o más de las otras habilidades de respuesta: indagar, interpretar, apoyar o comprender. Estas contribuyen a una mejor comunicación y a un diálogo auténtico.

Tenemos la opción de elegir cómo responder a cada encuentro con otra persona. Generalmente, esta elección se realiza de forma inconsciente, ya que caemos en patrones habituales. Si el patrón es una respuesta evaluativa, es probable que el ministerio intercultural

sea poco efectivo. Por lo tanto, debemos practicar respuestas más abiertas, como indagar (hacer preguntas que profundicen en el tema), interpretar (repetir con nuestras propias palabras lo que hemos escuchado decir a la otra persona), brindar apoyo (especialmente cuando se expresan sentimientos y la empatía es más apropiada) y comprender (pedir más aclaraciones, ejemplos o detalles).

Diálogo. *El diálogo contribuye a una mejor comunicación y da como resultado relaciones más duraderas y relaciones más sólidas. Un buen diálogo requiere un clima de confianza, donde las personas se sientan aceptadas y puedan expresar abiertamente sus opiniones y creencias. El diálogo implica la voluntad de aprender del otro, por lo que las perspectivas y posturas propias se mantienen con cautela. Cada persona escucha atentamente y sin juzgar, y responde de manera inquisitiva y sin ponerse a la defensiva. El diálogo fomenta la comunicación sincera sin intenciones manipuladoras. Cada uno debe comprometerse con el bienestar del otro sin renunciar a sus propios principios.*

Incluso en el diálogo, es posible que las partes no lleguen a un acuerdo ni resuelvan un problema. Sin embargo, garantiza a todos los involucrados que la tensión en la relación será mínima, se preservará el respeto mutuo y no se comprometerá la dignidad de cada persona. Especialmente al hablar de diferencias culturales, el diálogo nos permite escuchar con claridad, enseñar y aprender, encontrar sabiduría e incluso sanación en una comunicación abierta y sin prejuicios, e inspirarnos mutuamente hacia un servicio fiel.

Resumen

Aprender de y con no son simplemente buenas estrategias, sino que están presentes en las Escrituras y abarcan cada aspecto de nuestras relaciones. La gracia común nos enseña que podemos aprender tanto de los creyentes como de quienes no creen en Cristo. Aprendemos de y con porque esta actividad honra al Dios que nos hizo hermanos y hermanas, sacerdotes y miembros del mismo cuerpo. Dios, en su sabiduría, nos unió en una sana interdependencia para que reflejemos mejor su gloria y llevemos a cabo su obra. Gladis DePree resume bellamente la experiencia misionera al decir: «Las relaciones... se convirtieron en parte integral del descubrimiento de Dios».[9]

Comprensión

Ver a través de los ojos del otro

La clave para el éxito en las relaciones personales y en el ministerio reside en comprender y aceptar que los demás tienen un punto de vista tan digno de consideración como el nuestro.

Sherwood G. Lingenfelter y Marvin K. Mayers

“Por muy hábil que sea un teólogo en la exégesis, [...] todo será en vano si no comprende a su público contemporáneo.”

Mark E. Van Houten

En este capítulo comenzamos a ver cómo todo el material tratado anteriormente empieza a encajar, como la imagen de un rompecabezas cuando todas las piezas están en su lugar. Este capítulo también introduce la idea del perspectivismo, ver como ven los demás. El perspectivismo, ausente en gran parte de la literatura misionera, está maravillosamente arraigado en las Escrituras y es fundamental para llevar a cabo la obra de Dios.

Definición de comprensión

La comprensión es la capacidad de percibir patrones de comportamiento y valores que revelan la integridad de un pueblo. Dicho de otro modo: comprender otra cultura es la capacidad de

ver cómo encajan las piezas del rompecabezas cultural y cómo tiene sentido tanto para ellos como para nosotros. La vida en otra cultura resulta frustrante al principio porque no vemos el panorama completo, pero la maravilla de ver finalmente cómo encajan las piezas y emerge la comprensión es estimulante.

Mi premisa básica en este capítulo es que la gente no suele actuar de forma aleatoria ni impulsiva. Quienes pertenecen a otras culturas pueden considerarlo aleatorio o impulsivo, pero desde la perspectiva local, se trata de un pensamiento o una acción que se enmarca dentro de un contexto más amplio y que tiene sentido para ellos. El comportamiento de las personas generalmente se ajusta a un patrón cultural que les resulta útil y les aporta significado y control a sus vidas.

Con demasiada frecuencia, damos por sentado que los demás son tontos o ilógicos simplemente porque su razonamiento no nos resulta evidente.

Cuando exploramos las razones profundas que motivan las acciones de alguien, suele surgir una explicación racional que tiene sentido para quienes comparten esa cultura. Pero para quienes están fuera de ella, no tiene sentido. Es difícil comprender por qué la gente actúa como actúa. Hasta que no lo entendamos, será difícil comunicarnos eficazmente o desarrollar relaciones significativas.

Nuestra visita a Kenia es ilustrativa. Cuando el anciano masái se acercó, nuestro hijo menor, Marc, hizo lo que le habían dicho: «Da un paso al frente e inclina la cabeza. El anciano pondrá su mano sobre tu cabeza y te saludará». Era la costumbre entre los niños masái, y respetaríamos sus tradiciones. El anciano masái procedió a escupirle en la cabeza tres veces. Nos invadió la confusión, tratando de comprender lo que acababa de suceder. Entonces Marc retrocedió junto a su madre y dijo: «Mamá, ese hombre me escupió. Me escupió». Su madre respondió: «Sí, debemos esperar a ver qué significa», y el anciano dio un paso al frente para saludarnos de una manera más tradicional occidental.

Más tarde, le preguntamos a un amigo que conocía a los masái cómo debíamos interpretar el hecho de que Dios escupiera a nuestro hijo. Él se rió y dijo: «Fue una bendición. Lo hacen todo el tiempo». Marc no se sintió bendecido y nos mostramos escépticos. Pero con más información comenzamos a comprender. Los masái creen que cuando llueve en su tierra árida, Dios escupe, Dios los bendice. Esto tiene un paralelismo en las Escrituras, que hablan de dos tipos de escupir. Uno era para avergonzar a una persona escupiéndole en la cara (Números 12:14; Deuteronomio 25:9; Isaías 50:6; Mateo 26:67). El otro tipo de escupir se usaba para bendecir a otra persona. Se usaban diferentes palabras griegas para «escupir» con el significado de avergonzar o bendecir. La bendición está claramente presente cuando Jesús usó su saliva para sanar a la gente (Marcos 7:33; 8:23; cf. Juan 9:6). Nuestra nueva comprensión puso todo en perspectiva.

Los masái también escupen en sus manos antes de darse la mano para sellar un acuerdo comercial; escupen a los bebés cuando los sacan por primera vez en público; y las mujeres frotan saliva en los antebrazos de la persona que les complace ver.

Un rompecabezas. Un rompecabezas podría ayudarnos a visualizar esta idea de comprensión. Como Volcamos las piezas sobre una mesa; es una masa desordenada de piezas sueltas. Supongamos que no tienes la parte frontal de la caja para hacerte una idea del resultado final. ¿Complica las cosas, verdad? A menudo se siente así al adentrarse en una nueva cultura. Todas las piezas están ahí, pero no tienen sentido, y no tenemos una referencia que nos guíe. Es bastante intimidante.

Reunir las piezas de una cultura para poder ver el panorama completo y comprender cómo encaja todo requiere paciencia y perseverancia. La transición de ver un montón de piezas inconexas a contemplar la belleza integrada de la cultura es un viaje muy gratificante. Sí, hay aspectos de cualquier cultura que no son bellos, al igual que hay defectos en la nuestra, pero la "imagen"

que emerge, pieza a pieza, debería tener cada vez más sentido. Así como mi familia comprendió el comportamiento del anciano masái al escupir, nuestra comprensión de cualquier cultura se construye poco a poco. Cada nueva comprensión nos permite desenvolvernó con mayor comodidad y eficacia.

Un tapiz. Un tapiz también ilustra el proceso de comprensión de otra cultura. Un tapiz está hecho de trozos de cordón o hilo que se entrelazan para formar una imagen o diseño, que una vez terminado se cuelga en una pared. Al mirar el anverso del tapiz, vemos la imagen. Pero al mirar el reverso, vemos una maraña de hilos sueltos, sin patrón ni tema definidos. Entrar en una nueva cultura es como ver el reverso de un tapiz: no hay un patrón o imagen evidente que nos ayude a comprender la cultura.

Debemos disciplinarnos para discernir los patrones de la nueva cultura. La comprensión cultural surge lentamente, con el tiempo. De vez en cuando, vislumbramos el anverso del tapiz, donde emergen fragmentos de patrones. Finalmente, dejamos de sentirnos abrumados por el reverso del tapiz porque cada vez vemos con mayor claridad el patrón del anverso. La mayoría deseamos que esto suceda rápidamente. En realidad, se necesitan meses e incluso años para ver con claridad, porque las culturas son complejas y diversas.

Sin embargo, debemos seguir trabajando en ello aunque nuestra estancia sea breve.

“La comprensión es la base del cuidado. Aquello que quieres cuidar, primero debes comprenderlo, ya sea una petunia o una nación.” Dallas Willard

Escuchemos a algunos expertos. Los antropólogos Sherwood Lingenfelter y Marvin Mayers comentan: «Los misioneros, por la naturaleza de su tarea, deben sumergirse personalmente en pueblos muy diferentes. Seguir el ejemplo de Cristo, el de la encarnación,

implica una drástica reorientación personal».[1] La responsabilidad del cambio es nuestra. William Gudykunst, investigador transcultural, afirma: «Uno de los factores principales que influyen en nuestra eficacia al comunicarnos con personas de otras culturas es nuestra capacidad de comprender su cultura».[2] Cornelius Osgood, experto en China, escribe: «Cuanto mayor sea la comprensión que una sociedad tenga de la gente de otra, mayor será la posibilidad de una comunicación significativa, un intercambio beneficioso, una mayor apreciación y la reducción del miedo».[3] El veterano misionólogo David Hesselgrave declara: «Los misioneros deben llegar a comprender aún mejor la importancia de la cultura en la comunicación de Cristo. En última instancia, pueden comunicarse eficazmente con la gente de cualquier cultura en la medida en que comprendan esa cultura».[4]

Casi cualquier libro que lea sobre ministerio intercultural o comunicación intercultural enfatizará la necesidad de comprender a la otra persona, a la otra generación, al otro grupo étnico antes de intentar cualquier comunicación seria. Aprender un idioma es un primer paso importante. Pero aprender a formular el mensaje de manera que sea recibido por el oyente requiere un compromiso mucho mayor con el aprendizaje cultural. De lo contrario, podríamos no ser más que...tontos gramaticalmente correctos o, como dice Pablo en 1 Corintios 13:1, “círculos que resonan”.

Perspectivas bíblicas sobre la comprensión

La Biblia nos exhorta a comprender a Dios y sus caminos. Por ejemplo, Job declara que Dios es tan grande que es incomprensible (Job 36:26). Sin embargo, con su gracia, nos da entendimiento de muchas cosas (Job 32:8; 1 Jn 5:20). El libro de Proverbios nos dice que apliquemos nuestro corazón al entendimiento (Prov 2:2), teniendo cuidado de no confiar en nuestro propio entendimiento (Prov 3:5). Más bien, debemos obtener nuestro entendimiento

mediante el conocimiento del Santo (Prov 9:10). Entender a Dios no tiene precio (Prov 4:7; 16:16); es una fuente de vida (Prov 16:22). Con Dios como fuente de entendimiento, la persona sabia meditará en su Palabra y contemplará la creación, que susurra y proclama la gloria de Dios.

La Biblia dice que podemos obtener entendimiento de la revelación general de la creación y de la revelación especial de la Palabra de Dios. El Salmo 19 representa la descripción más clara de la comprensión que proviene de la creación. El rey David, el autor, afirma con entusiasmo que los cielos declaran, los firmamentos proclaman, los días hablan, las noches revelan, cada rincón de la creación nos instruye. Escucha:

Los cielos proclaman la gloria de Dios; el firmamento anuncia la obra de sus manos. Día tras día proclaman su mensaje; noche tras noche revelan su conocimiento.

No existe idioma ni lengua en la que no se oiga su voz.

Su voz resuena por toda la tierra,

sus palabras hasta los confines de la tierra. (Salmo 19:1-4)

Entonces David pasa sin problemas de la comprensión que obtenemos de la creación a la comprensión que obtenemos de la «ley del Señor» (Salmo 19:7). Declara que tanto la creación como la Palabra de Dios son valiosas fuentes de verdad. La creación y las Escrituras proclaman el mismo mensaje, porque Dios, que es la fuente de toda verdad, nos ha dado ambas.

Otro pasaje de las Escrituras con una profunda reflexión sobre la creación y la comprensión proviene de la carta de Pablo a los Romanos. Este pasaje, de mensaje duro, también nos motiva a compartir la buena noticia del perdón a través de la muerte y resurrección de Cristo. La ira de Dios se derrama sobre toda la humanidad a causa del pecado. Todos los seres humanos somos culpables y estamos condenados por una sola razón: hemos rechazado la comprensión de Dios que se manifiesta a través de la

creación.

Porque lo que se puede conocer acerca de Dios les es evidente, pues Dios mismo se lo ha revelado. Porque desde la creación del mundo, las cualidades invisibles de Dios —su eterno poder y su naturaleza divina— se han visto claramente, siendo entendidas por medio de lo creado, de modo que los hombres no tienen excusa.

Porque aunque conocían a Dios, no lo glorificaron como a Dios ni le dieron gracias, sino que sus razonamientos se volvieron vanos y su necio corazón se oscureció. (Romanos 1:19-21)

Dios habla a través de la creación y de su Palabra. Cuando escuchamos la voz de Dios, tenemos la opción de elegir. La mayoría opta por ignorarla. Pero mientras tengamos vida, aún podemos responder a su voz, tal vez a través de ti.

La comprensión es importante por las siguientes razones:

Dios dice que la verdad está disponible a través de las Escrituras (revelación especial) y a través de la creación (revelación general). Por inferencia, eso significa que podemos aprender. Aprendemos más sobre Dios a medida que conocemos otras culturas. Él no ha revelado todo su conocimiento y sabiduría solo a las culturas occidentales ni a ninguna cultura en particular. Sin embargo, cada cultura puede contribuir significativamente a nuestra comprensión de quién es Dios y cómo actúa en este mundo.

Cuando buscamos comprender y aprender de otras culturas, honramos a Dios. Dios nos brinda mayor comprensión y sabiduría a medida que adquirimos conocimiento de los demás.

El aprendizaje y la comprensión son actividades sagradas porque nos acercan a Dios y a la creación.

A medida que comprendemos una nueva cultura, podemos integrarnos mejor en ella. Antiguamente, esto se denominaba

«identificación», pero ahora se llama «encarnación». Encarnación es el término teológico que describe la verdad de que el Hijo de Dios tomó forma humana, entró en la cultura humana y vivió como nosotros (pero sin pecado). De manera similar, los misioneros están llamados a encarnar a Cristo en una nueva cultura, comprendiendo y adaptándose a las realidades locales y viviendo los valores del reino de Dios.

La comprensión aporta nuevas perspectivas. Si somos abiertos y hemos generado confianza, las personas compartirán sus vidas con nosotros. Podemos aprender de ellas y comprender gradualmente la nueva cultura; adquirimos nuevas perspectivas. La capacidad de añadir nuevas perspectivas a las que ya traemos de nuestra propia cultura es uno de los aspectos más descuidados en la eficacia intercultural.[5] Pero existen barreras.

Egocentrismo

El egocentrismo es la tendencia de cada uno a creer que nuestra forma de pensar, creer y actuar es la mejor, la superior. Entonces, medimos a los demás según su grado de similitud con "nuestra forma de pensar". Si se acercan a nuestra manera de pensar y actuar, los aceptamos, nos acercamos a ellos y pensamos positivamente sobre ellos. Si no "dan la talla", desconfiamos e intentamos cambiarlos. Si no responden favorablemente, podemos rechazarlos evitándolos. Hay muchas maneras de mostrar desagrado. Otra forma de decir "medir" a los demás es juzgarlos. La persona altamente egocéntrica evalúa constantemente a los demás para ver si cumplen con sus estándares. Si no, los considera defectuosos y poco confiables. Pero si cumplen con sus estándares, son recibidos en un círculo de amigos de confianza.

La evaluación constante de los demás, generalmente inconsciente, tiene efectos desastrosos en las amistades interculturales. En una

cultura nueva, casi todo es diferente. La tendencia, entonces, es juzgar todo como inferior, necesitado de cambios, de calidad inferior. Nuestro comportamiento revelará estas actitudes subyacentes y será percibido por la gente local como prejuicioso, arrogante, paternalista y neocolonialista.

Cuando un grupo comparte valores comunes y se adhiere de todo corazón a ellos, se le llama etnocentrismo (un enfoque centrado en el grupo), lo cual puede ser una segunda barrera para la comprensión intercultural.[6]

Etnocentrismo (Revisitado)

El etnocentrismo —literalmente, la orientación hacia la etnia o la cultura— no es necesariamente malo; al fin y al cabo, todos tenemos lealtad a un grupo, incluso lealtad a la nación.

Sin embargo, se vuelve negativo cuando nos vemos aprisionados por él y nos resistimos al cambio. Carley Dodd explica que el etnocentrismo es “la actitud cultural de que la propia cultura o grupo es superior a la de otra persona”.[7] WG Sumner añade otra dimensión: “El etnocentrismo es el nombre técnico de la visión en la que el propio grupo es el centro de todo y todos los demás se miden y clasifican en relación con él”.[8] En el egocentrismo, mis costumbres son superiores a las tuyas; en el etnocentrismo, nuestras costumbres son superiores a las tuyas. El grupo cree que es superior. De nuevo, todos somos etnocéntricos en cierta medida. El etnocentrismo es valioso cuando crea solidaridad entre los miembros del grupo y fomenta el orgullo grupal. Todavía no he conocido a nadie que no esté esencialmente orgulloso de su cultura, incluso si se encuentra entre los más pobres y marginados. Así que si detectan que menospreciamos su cultura, naturalmente se sienten heridos. Dado que la mayor parte de nuestro egocentrismo y etnocentrismo es inconsciente, los demás lo ven, pero nosotros en su mayoría no somos conscientes.

Gladis DePree, misionera en Hong Kong, expuso su actitud etnocéntrica al confesar: «No entiendo por qué la gente se preocupa tanto por identificarse con la cultura. Para mí, todo esto es ridículo. ¿Por qué no debería ser yo misma? Nosotros tenemos nuestras costumbres y ellos las suyas».[9] Sospecho que muchos hemos murmurado algo similar al intentar adaptarnos a una nueva cultura. Este lado oscuro del etnocentrismo se manifiesta como arrogancia cultural. Observa tus pensamientos e incluso tus palabras; comprueba si esto no es cierto. En mi caso, fue cierto más veces de las que quisiera creer. ¡El etnocentrismo siempre acecha dentro de mí, dentro de nosotros! Afortunadamente, la mayoría nos damos cuenta de que es una actitud poco saludable. Entonces, ¿qué hacemos al respecto?

Deja de compararte

Creo firmemente en ser consciente de mis pensamientos, por fugaces que sean, y de cómo me influyen. Me esfuerzo en esto porque quiero deshacerme de algunos patrones improductivos. Por ejemplo, aunque mi experiencia en Sudáfrica fue maravillosa, al principio no dejaba de comparar todo con mi país: las carreteras, el saneamiento, la vestimenta, la puntualidad, las condiciones de vida, la calidad del trabajo, la comida, la forma de conducir, los olores, los servicios religiosos, los estilos de liderazgo, la toma de decisiones, la gestión de conflictos, las relaciones, el ocio, el servicio telefónico, la organización, etc., hasta que me agoté de lidiar con todas las inseguridades que me rodeaban y me preguntaba por qué me había ido de casa. Sudáfrica, hermosa en tantos sentidos, siempre se quedaba corta. Pero ¿de qué servía esta comparación? No cambiaba nada y solo me dejaba deprimida y sola.

Esto fue lo que hice: hablar conmigo misma. ¡Basta! Me lo repetía veinte veces al día, y me dedicaba a vivir aquí e integrarme. Tenía que interrumpir conscientemente el patrón de juzgar la nueva

cultura. Mantente abierta. Acepta las cosas como son, me repetía. ¡Recuerda la apertura y la aceptación! Concéntrate en generar confianza. Aprende. Comprende. Puedes hacerlo.

Con el tiempo, rompí con el patrón negativo; dejé de evaluar y criticar las piezas del rompecabezas y comencé a ver cómo encajaban y tenían sentido. A veces cometía errores, pero sobre todo empecé a ver a las personas como seres creados a imagen de Dios, con toda la dignidad que Él les había otorgado. Veía la cultura como un rompecabezas que, visto en su conjunto, tendría una belleza e integridad impactantes. Había cicatrices evidentes que revelaban el efecto corruptor del pecado sobre la cultura, pero la belleza persistía. Observé a otros que eran expertos en desenvolverse en la cultura para ver qué actitudes y habilidades contribuían a su comprensión. Estas actividades sencillas pero estratégicas me reorientaron en la dirección correcta. Y ahora, treinta y cinco años después, esas habilidades siguen guiándome.

Es perfectamente normal hacer comparaciones. A menudo conectamos una nueva experiencia con algo de nuestro pasado. Eso está bien, por un tiempo. Pero trabaja para minimizarlas para que puedas...Podrás apreciar la nueva cultura por sí misma, sin compararla con tu cultura de origen.

Busca el bien, la belleza y la gracia común.

La película El pianista narra la devastación humana y física de la Segunda Guerra Mundial II. Un talentoso pianista judío emerge de entre los escombros de los edificios de Varsovia y se esconde de los nazis ocupantes. Entre los escombros descubre un piano y, cuando está seguro de que nadie lo oír, comienza a tocar. En el sonido de su propia música encuentra consuelo y un escape temporal del miedo y el hambre voraz. Pronto, un oficial alemán que ha establecido una oficina entre los edificios destruidos

escucha la hermosa música, que también le brinda una paz momentánea. El oficial descubre que el pianista es judío. Un día, el pianista, siempre al borde de la inanición, ve un paquete que no estaba allí el día anterior. Dentro del paquete hay pan. Viviría un día más. Tocaría el piano una vez más. El pan comienza a aparecer con regularidad. Tanto el oficial alemán como el pianista judío viven gracias a la bondad del otro y, en última instancia, a la bondad de Dios.

La película, sombría por la devastación de la guerra, tenía destellos de bondad, de belleza, de la gracia de Dios: un piano en buen estado, música que reconfortaba al cazador y a la presa, pan para comer, paz que periódicamente invadía a los culpables y temerosos, y vida, vida en estado puro. Por la gracia de Dios, las personas pueden ser amables entre sí, crear belleza, amarse, construir familias y culturas. El pecado y sus efectos siempre están presentes, pero si nos obsesionamos con ellos, pasamos por alto la maravilla de la presencia de Dios en las personas y sus diversas culturas. Busquen lo bueno y lo bello, y cuando lo vean, verán la gracia de Dios.

Niños que ministran la gracia de Dios

En Ruanda, poco después de la masacre y mientras aún se desenterraban fosas comunes, mi esposa y yo visitamos un orfanato en el sur del país. Muchos de los niños, de entre cinco y doce años, habían huido a la selva durante la guerra. Nunca encontraron a sus padres y terminaron en este orfanato, rodeado de una densa jungla. Las instalaciones eran básicas. El dormitorio era una habitación rectangular con filas de literas separadas por apenas unos centímetros. De dos a cuatro niños, según su tamaño, dormían en cada cama. Algunos dormían de lado, mientras que los más grandes dormían con la cabeza en extremos opuestos, esquivando los pies de los demás. No había juguetes, ni pelotas, ni juegos

infantiles. Unos trapos anudados servían de balón de fútbol. Todo se convertía en tierra o barro cuando llovía. La comida era escasa.

Después de que el director, un misionero estadounidense, nos mostrara el lugar, reunió a un grupo de niños y les pidió que cantaran y bailaran para los invitados inesperados. Lo hicieron con alegría y entusiasmo, y contagiaron su sonrisa. Estos niños, que no tenían más que sus vidas y unos harapos que les servían de ropa, llenaron mi corazón de alegría y convicción. Con frecuencia me quejo por pequeñeces, olvidando momentáneamente mi inmensa riqueza en Cristo, en mi familia, en mi cultura y en mis posesiones. Los huérfanos, tan jóvenes y con tan poco, me enseñaron a ver, a valorar, a vivir y a reconocer la gracia de Dios.

Perspectivismo

Otra forma fructífera de lidiar con el etnocentrismo es conocer bien a dos o tres personas locales. Hacerlo debería (1) romper cualquier estereotipo y prejuicio que puedas tener, (2) darte oportunidades para obtener respuestas específicas a preguntas, (3) crear algunos vínculos emocionales positivos con la gente anfitriona, (4) proporcionarle compañeros diarios que puedan compartir con usted las situaciones de la vida, y (5) ayudarlo a obtener una perspectiva interna, es decir, ayudarlo a ver las cosas, comprender las cosas e interpretar el mundo más como ellos lo hacen.

Obtener la perspectiva de los lugareños, a veces llamada perspectivismo o toma de perspectiva, significa empezar a ver como lo ven.[10] Es como tener visión doble: ver el mundo a través de la propia perspectiva cultural y, al mismo tiempo, poder ver cada vez con mayor claridad a través de la perspectiva de otra cultura. Adoptar la perspectiva de otro nunca es fácil; implica dejar de lado nuestro etnocentrismo para intentar ver como ven, pensar como piensan y valorar como valoran. Esto no significa que

renunciemos a nuestros principios bíblicos, sino simplemente que logramos una comprensión más profunda de las personas y su cultura.

“Puede resultar difícil enseñar a una persona a respetar a otra a menos que podamos ayudarla a ver las cosas desde el punto de vista del otro.” Kohei Goshi

¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué? Adquirir el hábito de preguntar por qué nos ayuda a aumentar nuestra Comprender y superar nuestro etnocentrismo. Es improbable que nos planteemos esta pregunta crucial si ya hemos emitido un juicio negativo sobre alguien o su cultura. Por lo tanto, tras revisar y dejar de lado nuestros juicios negativos iniciales, debemos buscar intencionadamente nuevas perspectivas sobre la situación para ampliar nuestra comprensión.

Preguntarnos por qué nos mantiene abiertos a recibir nueva información. Nos impulsa a buscar respuestas, a comprender. Necesitamos saber más porque el conocimiento conduce a la comprensión y la empatía, lo que abre la puerta a un ministerio más eficaz con las personas.[11]

A continuación, se presentan una serie de ilustraciones que muestran cómo las personas descubrieron la comprensión cultural al adoptar la perspectiva de otros. Algunas ilustraciones ilustran las terribles consecuencias de intentar llevar a cabo acciones importantes sin antes conocer la perspectiva de la población local.

Aplastar multitudes en lugar de filas. Habiendo vivido en Sudáfrica durante un tiempo Tras años de viaje (y una breve estancia en Zimbabue), y con mucha experiencia en aeropuertos norteamericanos, estaba acostumbrado a filas ordenadas y bien organizadas donde la gente esperaba pacientemente su turno. Al

llegar por primera vez al aeropuerto de Manila, supuse que encontraría el mismo tipo de filas. En cambio, había una enorme masa de gente apretujada, intentando llegar al mostrador de billetes. ¿Debería ir al extremo más alejado? Tardaría una eternidad. ¿Debería intentar colarme por un lateral? Me parecía de mala educación. ¿Debería ir a un restaurante y volver justo a tiempo para embarcar? Solo a riesgo de que me dieran mi asiento. Así que me abrí paso entre la multitud. En cualquier momento, había dos o tres maletas apretándome. Intenté mantener una distancia respetuosa de la maleta de la persona que tenía delante. No funcionó. La gente seguía metiendo la esquina de su equipaje en el pequeño espacio, y ahora me veía obligado a dejarles pasar. Hasta que no aprendí las reglas y las seguí, perdí terreno. (¿Mencioné el calor sofocante?)

Carley Dodd tuvo una experiencia similar en India al comprar un billete de transporte.

Llegamos temprano (como buenos estadounidenses) y nos aseguramos un lugar frente a la taquilla. No había nadie más, así que confiábamos en que la espera sería mínima una vez que abriera la ventanilla. Sin embargo, cuando abrió, unas cien personas aparecieron de la nada y se agolparon a nuestro alrededor, apretujándonos en lo que creíamos que era nuestro lugar en la fila. Después de media hora de pie en el mismo sitio mientras todos los demás se agolpaban delante, finalmente nos dimos cuenta de que en esta cultura no existía tal cosa como una "fila": cada uno se las arreglaba como podía. Una vez que lo entendimos, pronto conseguimos nuestras entradas.[12]

Dodd explica que muchas culturas del mundo no piensan de forma lineal, en términos de líneas rectas. Tampoco comparten el mismo concepto de espacio personal. Estas diferencias representan la evolución de las culturas. Si bien podemos preferir una u otra forma de pensar, para sobrevivir y prosperar en otra cultura, debemos ver, pensar y actuar como sus habitantes.

Soy tuyo para siempre. En muchas partes del mundo el sistema patrón-cliente, junto con Con muchas suposiciones implícitas, está profundamente arraigada. En Norteamérica, la relación patrón-cliente se encuentra en los libros de antropología. Los patrones (propietarios, terratenientes, personas adineradas) contratan a personas, llamadas clientes, para que trabajen para ellos.

En Norteamérica, a esto lo llamaríamos una relación empleador-empleado, pero ambos sistemas se basan en supuestos muy diferentes, lo que provoca graves problemas.

A menudo, los clientes no se ven simplemente como empleados, sino como trabajadores leales que, hasta su muerte, recibirán un salario, prestaciones sanitarias y protección general por parte del empleador. Es decir, los clientes conciben el empleo como un acuerdo vitalicio. Muchos países cuentan con leyes que obligan a los empleadores a otorgar estas prestaciones de por vida a sus clientes. Por consiguiente, la jubilación, la seguridad social y la cobertura sanitaria del cliente están vinculadas a las del empleador.

Los misioneros y los trabajadores humanitarios y de desarrollo lo han descubierto por casualidad. Cuando contratan a una persona local para un trabajo, los misioneros asumen que se trata de un contrato por tiempo limitado, mientras deseen emplear a esa persona. Si los misioneros no están satisfechos con el desempeño laboral, pueden rescindir el contrato y contratar a otra persona, creyendo que no tienen ninguna obligación más con el cliente (empleado). Sin embargo, el cliente aceptó el trabajo creyendo que tendría empleo y protección de por vida.[13] Pero lo cierto es que,

con muchos misioneros o agencias misioneras, el patrocinador y el cliente suelen llegar al acuerdo con supuestos muy diferentes.

¿Por qué otras culturas funcionan de esta manera? Una razón radica en el sistema financiero. La mayoría de los clientes se ofrecen como empleados a los mecenas por un salario muy bajo. Aceptan trabajos con sueldos tan bajos porque asumen que se trata de un acuerdo para toda la vida y que, aunque nunca se enriquecerán, estarán protegidos de por vida. El misionero que no comprenda esto se llevará una sorpresa y quizás una demanda.

Una organización cristiana con sede en Estados Unidos tenía varios occidentales en Filipinas, pero también empleaba a un número considerable de filipinos que se encargaban de gestionar los asuntos en su propio país.

Todo transcurrió con relativa normalidad hasta que la organización decidió abandonar Filipinas y transferir todo el trabajo a los filipinos que había empleado, dando por sentado que podrían romper fácilmente la relación cliente-patrocinio. Los filipinos, por otro lado, habían estado trabajando por un salario bastante bajo y daban por sentado que la organización estadounidense les garantizaría de por vida sus ingresos, atención médica y seguridad. La situación se complicó bastante, llegando incluso a interponer demandas contra el gobierno filipino. Esta falta de entendimiento resultó costosa en muchos sentidos.

¿Lo entiendes? Los occidentales que acaban de dar algún tipo de instrucción Las indicaciones a un lugareño suelen terminar con un "¿Lo entiendes?". Rara vez un lugareño responde "No, no lo entiendo", incluso cuando no lo entiende. Esto, por supuesto, causa frustración, ya que la falta de comprensión suele hacerse evidente tarde o temprano. Entonces, ¿a qué se debe esta confusión?

En culturas donde la vergüenza es primordial, se evita a toda costa responder negativamente. Decir "no" se considera de mala educación o grosero. Además, decir "no entiendo" implica que la

explicación no fue clara. Por lo tanto, si la persona responde "no entiendo" después de haber dado instrucciones, podría avergonzarla o hacerle perder prestigio. De igual manera, quien escucha "¿Entiendes?" puede sentir vergüenza o perder prestigio si realmente no entiende. Evita esta humillación respondiendo afirmativamente. Si quien pregunta "¿Entiendes?" es el jefe, un cliente o una persona de alto estatus (lo cual suele ser frecuente), decir que no le haría perder prestigio al cliente (empleado). Así que el cliente siempre responde: "Sí, entiendo". Obviamente, las consecuencias suelen ser negativas, pero por el momento todos salvan las apariencias.

Eunice y las rosas. Eunice era una señora zulú que trabajó para nosotros cuando... Vivíamos en Sudáfrica. En nuestro jardín delantero había docenas de rosales. Una de las responsabilidades de Eunice cada día durante la época de floración era recoger unas cuantas rosas para el centro de nuestra mesa.

¿Qué rosas elegirías para tu mesa de comedor? De donde yo vengo, habrían sido las rosas más jóvenes a punto de abrirse o las que se habían abierto ese mismo día. Esto tenía sentido porque serían las más hermosas y también durarían unos días si se colocaban en agua. Eunice, al parecer, no lo veía así. Las rosas que trajo eran las más viejas, con los pétalos ya marrones.

Teníamos docenas de flores preciosas. ¿Por qué eligió la menos atractiva para nuestra mesa? Me irritó y me pregunté si estaría haciendo algún tipo de comentario negativo sobre nosotros. Mi esposa no lo creía. Quizás la concepción zulú de la belleza era diferente a la nuestra.

En realidad, nunca hablamos con Eunice sobre sus razones, por temor a que pensara que estábamos descontentos con su trabajo. Pero hay dos interpretaciones plausibles.

Eunice quizás tenía una visión de las personas diferente a la nuestra. Provenía de una cultura colectivista donde la gente no

piensa de forma tan individualista como en Occidente.[14] La belleza debía compartirse primero con la comunidad y luego con la familia. Eunice, atenta a los vecinos y a quienes pasaban por allí, quería que disfrutaran de las hermosas flores. Cuando llegaban los últimos momentos de belleza, las recogía para la casa. Si una persona tenía recursos como hermosas rosas, tenía la obligación de compartir esa belleza con los demás para su disfrute.

Otra posible interpretación es que la visión de la belleza de Eunice era diferente a la nuestra. Quizás para ella, la belleza residía en la grandeza y plenitud de la flor, no en el capullo ni en las primeras etapas de su desarrollo. La belleza se ve diferente para cada persona. Si bien me preguntaba si Eunice estaba haciendo algún tipo de crítica hacia nosotros, tal vez nos estaba abriendo los ojos a otra forma de ver la belleza y cómo podríamos compartirla con los demás. Intentar comprender la perspectiva de Eunice me ayudó a comprenderla a ella; me hizo ser menos precipitada al juzgarla y me ayudó a dar un pequeño paso hacia una nueva perspectiva. Cuando las perspectivas más amplias y una comprensión más profunda reemplazan la estrechez de miras, nos convertimos en mejores personas.

El complicado asunto de la generosidad. Jason Saunders cuenta una historia sobre el donación.

Constantemente me ofrecía a hacer cosas por [Boli Zhiang], pero él las rechazaba amablemente. En una ocasión, me ofrecí a arreglarle el ordenador gratis. Me lo agradeció efusivamente, pero aun así lo llevó a reparar a una tienda. Esto me desconcertó y me preocupó. Entonces, su [amigo] me explicó que estar en deuda conmigo, sin una forma clara de devolverme el favor, sería una humillación para él, ya que era diez años mayor que yo. Esto significaba que, si quería hacerle algún favor, tenía que buscar la manera de que me ayudara de alguna forma.[15]

Jason descubrió que dar un regalo puede ser complicado, y que comprender las normas culturales es fundamental. Implica edad, estatus, preservar o perder prestigio, la percepción de ganar o perder honor, y aspectos económicos (es decir, estar demasiado endeudado u obligado con otra persona). Es solo una pieza del rompecabezas, un hilo suelto en la parte posterior del tapiz, hasta que empezamos a ver su lugar en el panorama general; entonces se convierte en parte de un todo integrado y coherente.

La comprensión nos transforma de maneras que nos ayudan a construir relaciones para servir con sensibilidad y de forma culturalmente apropiada o, dicho de otro modo, para ser Jesús dondequiera que Dios nos ponga.

Comprueba tus motivos

Comprender la perspectiva del otro no es fácil, y no lo es debido a nuestro etnocentrismo. Cuando entramos en otra cultura y nos aferramos a nuestro etnocentrismo, la gente local se da cuenta de que no estamos allí para aprender de ellos, sino para enseñarles; no haremos preguntas, sino que daremos respuestas; no estamos allí para estar con ellos, sino para adoctrinarlos; no construiremos confianza, sino que intentaremos transformarlos; no estamos allí para dialogar, sino para dar lecciones. Paulo Freire, el pedagogo brasileño, llama a esto una “relación sujeto-objeto”. El etnocentrismo descontrolado convierte a los seres humanos en objetos para ser manipulados. Freire también dice que tales relaciones no son

Intercambiar ideas, sino dictarlas; no debatir ni discutir temas, sino dar clases magistrales; no trabajar con el estudiante, sino trabajar sobre él, imponiéndole un orden al que se ha visto obligado a adaptarse. Al darle al estudiante fórmulas para recibir y almacenar,

no le hemos ofrecido los medios para el pensamiento auténtico.[16]

Cuando se trata a las personas sin dignidad, la imagen de Dios que llevan consigo se profana aún más. Así, en nuestro afán por hacer la obra de Dios, podríamos estar actuando en contra de sus propósitos.

La perspectiva definitiva es la de Dios; debemos tratar de ver las cosas como Él las ve. Por ejemplo, Dios se llama a sí mismo nuestro Padre y nos llama sus hijos. Como Padre, siempre vela por nuestro bienestar. Puede que diga que no a nuestras oraciones porque su perspectiva sobre esa situación es mucho mejor que la nuestra; lo que pedimos puede hacernos daño. Aunque conocía estos hechos desde pequeño, no fue hasta que me convertí en padre que empecé a comprender mucho mejor la perspectiva de Dios. Al tener en brazos a nuestro primogénito, Scott, me di cuenta de que no había nada que no haría por él. Entonces comprendí mucho más profundamente que así era exactamente como mi El Padre Celestial se sintió acerca de mí. Amo a mi hijo incondicionalmente, de la misma manera que mi Padre Celestial me ama. Sacrificaría cualquier cosa, incluso mi vida, para que Scott viviera. Y así, mi Padre Celestial lo hizo por mí a través de su Hijo, Jesús. Entiendo la perspectiva de Dios sobre ser padre y busco su perspectiva en otros asuntos: el sufrimiento, amar a mis enemigos, alcanzar a un mundo perdido, mostrar misericordia, vivir con justicia y administrar mi tiempo y mis recursos.

Del natural al antinatural

Todos somos etnocéntricos. Es natural creer que hacemos las cosas de la mejor manera. Por lo tanto, es antinatural que quien sirve en el ámbito intercultural asuma que otras culturas han sido bendecidas por Dios. Pero cuando descubrimos la validez de las costumbres de otras culturas (aunque quizás no de todas), no solo

descubrimos la belleza y la diversidad del carácter de Dios, sino que también descubrimos algo sobre nosotros mismos y nos sentimos libres para cambiar de maneras que revelen mejor a nuestro Creador ante los demás.

Ver las cosas como las ven los demás es propio del siervo. Verlas como las ve Dios es propio del discípulo: «Prestad atención a mi sabiduría, escuchad atentamente mis palabras de discernimiento» (Proverbios 5:1). En la peregrinación cristiana hacia el servicio, la sabiduría y el entendimiento de Dios nos guían a servir a los demás.

Servicio

Llegar a ser como Cristo para los demás

«Tú eres mi siervo; yo te he elegido y no te he rechazado.»

Isaías 41:9

La siguiente historia la cuenta Ted Engstrom, expresidente de World Vision. Es un ejemplo maravilloso de cómo alguien intentó comprender la perspectiva de otra persona y utilizarla para servir a los demás.

Pat Moore, que aparentaba ochenta y cinco años, se embarcó en una aventura inusual adoptando una identidad falsa. En realidad tenía veintiséis años, era atractiva y tenía un buen trabajo en diseño industrial. Su transformación en una anciana, con todas las características de la fragilidad, incluyendo un bastón, engañó a todos. Pat siempre había sentido preocupación por los ancianos y ahora iba a experimentar cómo era vivir en esa situación, en la medida de lo posible. Ted escribe:

Durante al menos una vez por semana, durante los siguientes tres años, Pat, que se hacía pasar por una anciana, se disfrazaba con espuma de látex facial, una tela gruesa que le ceñía el cuerpo y una convincente peluca gris. Visitó catorce estados haciéndose pasar por una anciana. Conoció a cientos de personas que jamás descubrieron su verdadera identidad.

Recuerda el viejo dicho de que nunca conocemos realmente las necesidades de otra persona hasta que...

¿Nos hemos puesto en su lugar? Eso es precisamente lo que hizo Pat Moore durante 36 meses. Desarrolló tal sensibilidad hacia las personas mayores que llegó a sentirse anciana. Su experimento fue la definición perfecta de identificación total con el otro.

El exitoso intento de Pat por comprender las necesidades de las personas mayores es un ejemplo vivo de un principio vital para aprender y vivir el arte de la amistad: tratar siempre a los demás como iguales.

Este principio, obviamente, no se aplica solo a las personas mayores. También es necesario un mayor respeto mutuo entre las distintas razas, sexos, competidores y jefes o empleados.

Pero, ¿acaso no viviríamos vidas más sabias, felices y plenas si valoráramos a los demás por lo que son? ¿Jóvenes o mayores, negros o blancos, ricos o pobres, adultos o niños? Tratar a los demás como iguales es fundamental para aprender a ser un buen amigo.[1]

En cuanto a “tratar a los demás como iguales”, a veces quienes venimos de Occidente comunicamos algo ligeramente diferente: “Te trataré como a un igual si tú me tratas como a tu superior”. Debemos cuidar nuestra forma de actuar para que el espíritu de servicio que deseamos proyectar sea percibido correctamente por los demás.

Pat se adentró en la cultura de la vejez y experimentó de primera mano lo que significa ser anciano. Esto es lo que Jesús hizo en la encarnación. Vivió entre los humanos durante más de treinta años. Y sabía lo que tenía que hacer para servir a la humanidad: tenía que morir. Pero entre su nacimiento y su muerte, especialmente durante los tres años de su ministerio público, sirvió de dos maneras: (1) llamando a la gente al arrepentimiento y a la fe, y (2) haciendo el bien. Estas acciones no son mutuamente excluyentes ni

necesariamente están ligadas. Es decir, podemos hacer el bien y también compartir nuestra fe. O podemos hacer el bien, pero no sentirnos llamados a compartir nuestra fe en ese momento. No es prudente hacer exclusivamente una u otra cosa. La Escritura parece clara en que debemos dar testimonio de palabra y obra, y así servir a las personas tanto en sus necesidades eternas como temporales.

Definición de servir

Servir es la capacidad de relacionarse con las personas de tal manera que se afirme su dignidad como seres humanos y se les capacite para vivir vidas que glorifiquen a Dios.

Primero, servir siempre implica relaciones, aunque sean breves. Segundo, quien sirve respeta a quienes son servidos por la dignidad que Dios les ha dado. Tercero, quienes son servidos se sienten fortalecidos por haber tenido un encuentro con Jesús, lo reconozcan conscientemente o no. Pueden sentirse respetados, desafiados o incluso interpelados. En cualquier caso, se sienten capacitados para replicar el bien que se les ha brindado. Siempre que nos relacionamos con los demás de una manera que los lleva a sentir la presencia de Jesús o a considerar sus enseñanzas, Dios se complace. Los seguidores de Jesús están llamados a ser Jesús para cada ser humano: a servir como él sirvió.

Servir sin comprender crea confusión o algo peor. Con la ayuda de un Una anciana filipina, apoyándose en su bastón, bajó cojeando a la cuneta junto a una carretera en las afueras de Manila. Una estadounidense la observaba con interés desde la distancia. Parecía que la anciana estaba en apuros. La estadounidense se apresuró hacia la cuneta y miró con ansiedad. Efectivamente, la anciana parecía estar sufriendo mucho; su rostro reflejaba dolor mientras permanecía en cuclillas. La estadounidense bajó por el terraplén para ayudarla. Al acercarse, la anciana comenzó a agitar su bastón de forma amenazante

mientras profería insultos. Confundida, pero decidida a no abandonar a aquella mujer que sufría, la estadounidense, en su papel de buena samaritana, examinó la situación con más detenimiento. Solo entonces se dio cuenta de que la anciana estaba haciendo sus necesidades y no necesitaba ayuda externa.[2]

Obviamente, fue un error inocente. La estadounidense descubrió un nuevo detalle en el entramado cultural, una pieza más del rompecabezas. Ahora sabe interpretar ciertos comportamientos en Filipinas y será más sabia y comprensiva. Sin embargo, nunca debemos dudar en ayudar si vemos que alguien lo necesita. Puede resultar un poco incómodo, pero a veces las mejores lecciones se aprenden de la experiencia. Los estadounidenses no son los únicos que hacen cosas vergonzosas. Una joven asiática, recién llegada a Occidente, se sentía cansada y aburrida de estar de pie en un tren abarrotado. Hizo lo que era perfectamente aceptable en su cultura: apoyó la barbilla en el hombro del desconocido que tenía delante. La mirada de asombro que recibió le dejó claro que esa no era una práctica común en su nueva cultura.[3]

Una viñeta de Herman revela cómo la falta de comprensión puede causar un grave problema. La escena transcurre en una celda. El prisionero está sentado en el suelo con las manos y los brazos fuertemente encadenados a la pared. Sus pies, extendidos, también están encadenados al suelo. De repente, la mirada del lector se fija en la sierra de mano que está haciendo un agujero en el suelo desde abajo para ayudar al prisionero a escapar. Pero quien maneja la sierra, al no poder ver al prisionero, está a punto de cortarle las piernas sin darse cuenta.[4]

Aunque no podemos ver a la persona con la sierra, es evidente que es un buen amigo, valiente y dispuesto a arriesgar mucho por el prisionero. Sin embargo, si el amigo logra abrir el agujero, las consecuencias para el prisionero serán nefastas. El mensaje es claro: es difícil ayudar a alguien si no se comprende su contexto.

Servir mientras se disciplina. Uno de mis antiguos alumnos trabajó entre los nuevos Adolescentes de York que vivían mayormente en la calle. Parte de su labor consistía en supervisar a los adolescentes que llegaban al albergue para su rehabilitación. Una dificultad radicaba en cómo hacer cumplir las reglas sin parecer superior. Un día, cuando un chico rompió una regla, el castigo preestablecido fue raspar el chicle de la acera. Esto fue particularmente humillante porque sus antiguos compañeros de la calle podrían verlo, lo que sería como echar sal en la herida.

El supervisor, obligado a hacer cumplir las normas, pensó detenidamente en cómo evitar las graves consecuencias de este castigo. Finalmente, le dio al adolescente una espátula y lo condujo a la acera. Entonces, antes de que el adolescente pudiera arrodillarse y empezar a raspar el chicle de la acera, el supervisor sacó una espátula del bolsillo trasero, se arrodilló y comenzó a raspar.

El servicio a los demás adopta diferentes formas, según la situación. Por eso no se puede legislar, formular ni prescribir al detalle. Al fin y al cabo, es una actitud que, cuando está arraigada en nosotros, encuentra la manera adecuada de expresarse en cada circunstancia. Si no es una expresión de nuestra esencia, resultará artificial y falsa.

El perdón: estilos chino y estadounidense

Estaba dando una serie de conferencias en una universidad hawaiana. Después de hablar sobre valores culturales e ilustrar un punto sobre el perdón, una mujer elocuente de Singapur se me acercó. Empezó a rememorar momentos de su pasado con su padre. Él había cometido errores que la habían lastimado. «Lo presioné una y otra vez para que me dijera "Lo siento", pero nunca lo hizo. Si tan solo dijera esas palabras, todo estaría bien. Estaba

tan angustiada porque nunca las pronunciaba», declaró con emoción.

“A menudo quería hacerme regalos, y yo me negaba a aceptarlos hasta que me pidiera disculpas. Se ofrecía a hacer otras cosas por mí, y yo siempre me negaba hasta que lo decía. A veces me pedía un favor, y yo le decía: ‘No, hasta que te disculpes’”, continuó.

En varias ocasiones durante la conversación, se identificó como estadounidense, a pesar de haber nacido y crecido en Singapur. Había rechazado en gran medida sus valores culturales singapurenses y adoptado por completo los estadounidenses. Por lo tanto, parecía una estadounidense de pura cepa.

La joven insistía rotundamente en que debía escuchar las palabras «Lo siento» de su padre para que el perdón fuera sincero y la relación se restableciera. Durante años, no había cedido en sus exigencias, y su padre, que seguía en Singapur, se mostraba igualmente inflexible. Al rechazar sus regalos y negarse a hacer nada por él como haría una buena hija, lo castigaba e intentaba forzar un cambio en él. Hasta el momento, ambos permanecían obstinadamente firmes en sus posturas. La relación había sufrido esta tensión durante varios años.

Parecía que contar la historia la agotaba. Afirmé su deseo de tener una relación renovada con su padre. Con delicadeza le sugerí que tal vez su padre estaba expresando su dolor a través de los regalos que le ofrecía. Tal vez estaba diciendo que quería una relación padre-hija al hacer el tipo de peticiones que los padres hacen a sus hijas cuando todo está bien entre ellos. Le dije que en Occidente, el perdón (decir «Lo siento») es un intercambio verbal. En muchas otras culturas, la disculpa y el perdón se expresan mediante acciones. «Quizás tu padre te ha estado pidiendo disculpas a través de regalos y favores, y tú te has negado», le comenté. Sus ojos se perdieron en el vacío mientras esta nueva idea calaba hondo en su mente.

Continué: «Le estás pidiendo que se convierta en alguien como tú, como la cultura occidental que has adoptado. Quizás debas dejar que se exprese desde su propio contexto cultural. Le estás pidiendo que haga algo muy ajeno e incómodo dentro de su cultura. Puede que esté pidiendo disculpas con mucha sinceridad y en voz alta, pero los oídos occidentales a los que te has acostumbrado son incapaces de oírlo».

Antes me había comentado que su padre no era cristiano, a pesar de que ella llevaba muchos años siendo ferviente creyente. Empecé a dudar. Arriesgándome un poco, le hice una pregunta: «¿Es posible que tu padre siga rechazando el cristianismo porque lo ve como una forma de imitar a los occidentales? ¿Crees que piensa que para ser cristiano debe renunciar a su herencia cultural y convertirse en un extranjero, en un estadounidense?». La idea pareció paralizarla. Se quedó boquiabierta y sus ojos se perdieron en el vacío. Tras un instante de silencio, retomó la conversación y, pensativa, dijo: «Tengo que pensarlo».

Esa tarde, antes de la siguiente sesión, vino y preguntó cómo podía reconstruir su relación con su padre. Esta difícil pero importante decisión la encaminaría hacia un nuevo rumbo, pues ahora entraría en el mundo de su padre desde su perspectiva cultural e intentaría comprenderlo a través de ella. Su nueva apertura demostraría aceptación hacia él. Antes solo podía aceptarlo según sus propias normas estadounidenses. Ahora lo aceptaría como singapurense.

La siguiente pregunta se centró en la confianza: ¿cómo reconstruirla de una manera que su padre pudiera comprender desde su perspectiva cultural china? En lugar de obligarlo a adoptar sus costumbres occidentales, intentaría adaptarse a las suyas, actuando y reaccionando desde su marco cultural. Ella comprendía bien la cultura china, pero la había rechazado por considerarla totalmente pagana. Había fracasado al intentar servir a su padre desde su perspectiva occidental. Ahora, decidió servirle desde la suya. Así es como servimos de verdad.

Ir hacia atrás es lo que tiene más sentido.

El modelo de servicio ha progresado siguiendo los siguientes pasos: apertura, aceptación, confianza, aprendizaje, comprensión y servicio. Este modelo ha evolucionado a lo largo de una década de conversaciones con líderes religiosos de todo el mundo, mediante la lectura de las Escrituras con especial atención a la vida de Jesús y un examen minucioso de la verdad de Dios, tal como se encuentra en la literatura sobre ciencias sociales y comunicación intercultural. El modelo se ha puesto a prueba en cerca de veinte países, y usted está leyendo las reflexiones de cientos de personas que han contribuido a su desarrollo. Ahora, analizaremos el modelo en orden inverso, ya que, como verá, así se comprende mejor. Por lo tanto, le invitamos a leer atentamente el siguiente apartado para ver si todo esto le aporta una perspectiva más enriquecedora.

Servir. No puedes servir a alguien que no entiendes. En el mejor de los casos, solo puedes ser un opresor benevolente, como obligar a alguien a decir "Lo siento" cuando esa es una forma antinatural de disculparse.

Comprensión. No se puede comprender a otra persona hasta que se haya aprendido de ella y, finalmente, con ella. Una actitud de aprendizaje demuestra humildad y disposición para identificarse con los demás.

Aprendizaje. No se puede aprender de otra persona hasta que se haya generado confianza. La gente no comparte información importante con alguien en quien no confía, especialmente en contextos interculturales.

Confianza. No se puede generar confianza con otra persona hasta que se sienta aceptada por ti, hasta que sienta que la valoras como ser humano.

Aceptación. No puedes comunicar valor y estima a los demás a menos que se sientan bienvenidos en tu presencia y se sientan seguros: apertura.

Apertura. La apertura con personas de otra cultura requiere que estés dispuesto a salir de tu zona de confort para iniciar y mantener relaciones en un contexto de diferencias culturales. Si bien requiere cierto riesgo, te lanza a la Maravillosa y fructífera peregrinación al servicio.

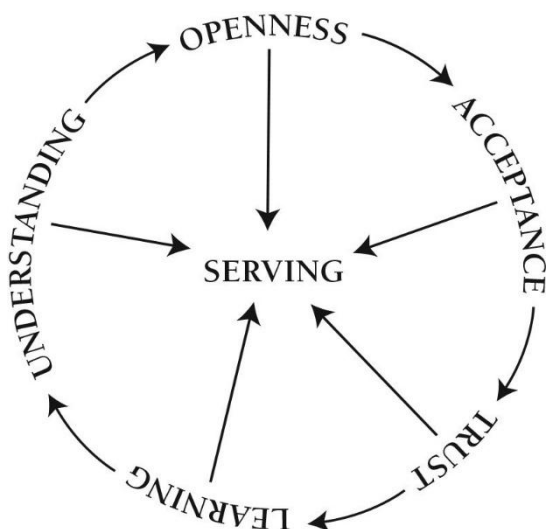
La apertura está profundamente arraigada en nuestra visión del Dios que acoge a los pecadores y los acepta como portadores de su imagen; por lo tanto, cada persona posee una dignidad sagrada—ese tipo de dignidad que nos impulsa a acoger también a otros en nuestras vidas.

Pero aún no hemos terminado con el modelo. Personas de otras culturas que lo han visto han hecho observaciones similares: El contenido del modelo es bueno y aborda temas que los occidentales necesitan conocer para ser servidores en nuestra cultura. Sin embargo, su formato lineal puede funcionar para ustedes en Occidente, pero no es así como funciona nuestra mente. Para que el modelo funcione para nosotros, deben pensar en términos circulares.

Cuando les pedí que explicaran a qué se referían, invariablemente propusieron un esquema que se ajustaba mejor a su forma de pensar cultural: un modelo circular integrador.

No concebían el servicio como el final de una secuencia de pasos, sino como algo que ocurre siempre que somos abiertos, receptivos, confiamos, aprendemos y comprendemos. Además, no veían la necesidad de empezar con la apertura, aunque para mí es un punto de partida lógico. Una persona podría empezar a servir simplemente aprendiendo de los demás. Más adelante, podría

mostrar apertura, comprender, generar confianza y comunicar aceptación.



La metáfora empleada era similar a la de una máquina de pinball: servir a los demás es como una bola de pinball, que rebota constantemente entre los postes y los toques (apertura, comprensión, confianza, apoyo y aceptación), sin saber siempre qué sigue, pero respondiendo adecuadamente a la situación, estando dispuesto a mostrar espíritu de servicio dondequiera que uno se encuentre. Sus ideas circulares e integradoras son maravillosas y probablemente reflejan mejor la realidad. Pero sigo prefiriendo mi enfoque lineal; me ayuda a comprender el proceso de servicio desde mi perspectiva occidental.

Sin embargo, para un número creciente de personas en Occidente y para la mayoría de la población del Tercer Mundo, el modelo circular podría ser más adecuado. Estoy profundamente agradecido a quienes me enseñaron y me ayudaron pacientemente a comprender las ventajas del modelo circular. Utilice el modelo que mejor se adapte a sus necesidades.

Tercera parte

Servicio

Los desafíos

El servicio y el liderazgo

“Alfred North Whitehead afirmaba que toda verdadera educación es educación religiosa. En ese mismo sentido, todo verdadero liderazgo es liderazgo religioso, pues la religión tiene que ver con purificar el ser humano de las toxinas que hacen que nuestro liderazgo sea más destructivo que vivificante.”

Parker Palmer

“La misión... debe adoptar la forma de servicio. Solo así podrá evitar la acusación de arrogancia.”

G. Thompson Brown

He escrito bastante a lo largo de mi vida, y este capítulo ha sido el más difícil. Sinceramente, encuentro confusa la literatura sobre liderazgo, incluso la escrita por autores cristianos. He sido pastor de una iglesia, he dirigido dos instituciones educativas y he ocupado otros cargos administrativos —todas experiencias positivas—, pero aun así prefiero evitar el tema del liderazgo.

La pregunta fundamental es: ¿Cómo combinamos el concepto de servicio con el de liderazgo? Por lo general, resolvemos este dilema simplemente uniendo ambos como gemelos siameses: el liderazgo de servicio. Esta solución fácil en realidad no cambia nada. Los líderes siguen haciendo lo suyo. Algunos líderes

talentosos son propensos a un estilo dictatorial, pero aun así se aferran al título de líder de servicio, aunque La función de servidor está muy distorsionada, si no ausente. Otros, evidentemente, no son líderes dotados. Esto genera aún más problemas. Ambas situaciones son igualmente antibíblicas y causan destrucción en el cuerpo de Cristo. Desafortunadamente, estas personas rara vez reconocen sus limitaciones de liderazgo porque, al considerarse líderes servidores, se convencen de que lo son.

No encuentro particularmente útil el título de líder servidor. El uso repetido de la palabra "servidor" aparentemente no nos recuerda suficientemente el tipo de liderazgo al que estamos llamados. Muchos que se consideran líderes servidores no lo son, lo cual equivale a autoengaño. Muchos son tiranos, dictadores, egocéntricos y opresores benevolentes. Lo que a veces se hace pasar por liderazgo cristiano es bastante chocante.

Otra razón por la que cuestiono la utilidad del líder servidor es que no creamos híbridos similares al hablar de otros dones en la iglesia: maestro servidor, siervo que ora, siervo que anima, siervo que ayuda, etc. ¿Cómo se asoció por primera vez la palabra "servidor" con "líder"? "Líder" y "liderazgo" son invenciones relativamente modernas; no son comunes en el vocabulario de las Escrituras. Por lo tanto, sospecho que asociar "servidor" con "líder" fue un intento de corregir ciertos abusos dentro de la comunidad cristiana. Francamente, anteponer "servidor" a "líder" suena muy espiritual, pero parece no haber dado mucho resultado.

Este capítulo refleja mi interpretación de las enseñanzas bíblicas sobre la iglesia, el servicio, la humildad, los dones y el sacerdocio universal de los creyentes. Aplicaré cada una de ellas a cuestiones de liderazgo.

Varias cosas están claras. Primero, la Biblia habla mucho más sobre el servicio que sobre el liderazgo. Esto debería darnos una idea. Segundo, la Biblia reconoce que hay buenos y malos líderes,

así que debemos esperar ambos. Tercero, estar instruido en las Escrituras no garantiza que una persona sea un buen líder. (Los fariseos estaban bien instruidos, pero también eran hipócritas descarados; véase Mt 23:13-36). Cuarto, solo Dios designa y otorga dones a quienes desea liderar. La iglesia, en su sabiduría colectiva, confirma los dones que Dios ha dado, no solo a un líder, sino también a cada miembro.

Las instituciones que afirman capacitar a casi todos para ser líderes podrían estar perjudicando al reino de Dios. Joe Stowell, expresidente del Instituto Bíblico Moody, afirma que, en el mejor de los casos, solo el 20 por ciento del alumnado de Moody posee dones de liderazgo. El otro 80 por ciento son seguidores.[1] Sin embargo, conozco a muchos cristianos Instituciones que dan la clara impresión de que todos se graduarán como líderes. Prácticamente todas las carreras universitarias y programas de desarrollo de liderazgo implican que los graduados estarán capacitados para liderar. Considero esto sumamente engañoso (y nunca mejor dicho), y genera falsas expectativas. Además, es una teología errónea, ya que solo Dios otorga dones de liderazgo (Romanos 12:6; 1 Corintios 12:4-6). En consecuencia, muchos han sido formados para liderar, pero no poseen ese don, lo que genera problemas para todos.

En quinto lugar, las personas liderarán según su personalidad, su historia, sus modelos a seguir y otras influencias. Ninguna de estas influencias formativas debe negar una realidad primordial: toda expresión de liderazgo debe guiarse por principios bíblicos.

Muchos de quienes creen que su educación los ha preparado para el liderazgo se convierten en misioneros. ¿Cómo influye esta creencia en sus expectativas sobre su papel en la nueva cultura? ¿Cómo se manifiesta en las relaciones con quienes ya son líderes en esa cultura? ¿Es el liderazgo tal como se practica en Occidente un buen modelo para otras culturas? Estas preguntas son difíciles de responder, y de hecho deberían serlo. Quizás estemos utilizando

el modelo equivocado. Dada la importancia del servicio y la humildad en las Escrituras, tal vez deberíamos preguntarnos más sobre cómo es un siervo.

Dado que mis breves comentarios no cambiarán el vocabulario que utilizamos, continuaré usando los términos "líder" y "liderazgo", pero estos se reformularán y matizarán de manera diferente según lo que hayamos examinado previamente y que ahora apliquemos a nuestra comprensión del liderazgo bíblico.

El jefe tribal tradicional

Hace algunos años, fui director interino de una organización de capacitación misionera y miembro de un comité que buscaba un nuevo director ejecutivo. Esta persona sería nuestro líder en el futuro previsible, por lo que el estilo de liderazgo se convirtió en un tema importante. Le pregunté a un candidato si podía darme una metáfora de su estilo de liderazgo.

Los entrevistados anteriores utilizaron metáforas como la de entrenador y equipo o la de orquesta y director; uno incluso usó la de animadora. Pero esta persona ofreció una metáfora impactante que, en mi opinión, representa mejor los valores del reino.

Describió el papel del jefe tribal tradicional. Señaló que hoy en día rara vez vemos a este tipo de jefe. Sin embargo, la metáfora reflejaba su visión del liderazgo. El jefe tradicional convocaba a los ancianos de la aldea y les exponía el problema, planteando una cuestión que debía resolverse. Los ancianos se sentaban en círculo alrededor del fuego. Aunque el jefe pudiera llevar algún símbolo de liderazgo, se unía al círculo como un igual. El jefe sabía que los ancianos habían cumplido con su deber de escuchar al pueblo y que eran sensibles a las inquietudes de la aldea. Confiaba en que expresarían la sabiduría popular.

Mientras el jefe compartía con los ancianos, se aseguró de presentar toda la información relevante sobre el tema. No mostró ninguna predisposición hacia una respuesta correcta o una decisión preferida. Luego abrió el foro para el debate. Los ancianos hablarían, escucharían, preguntarían e indagarían, tratando de ver las cosas desde todas las perspectivas. Tomar una postura sobre el asunto no era importante, ya que eso obstaculizaría el debido proceso. Era importante que todos se sintieran seguros para hablar, para compartir sus perspectivas y reflexiones. En raras ocasiones, el debate podía durar días. Finalmente, surgía un consenso entre ellos. Algunos comenzaban a pensar en una dirección determinada. Otros pronto comprendían la sensatez y se unían con su apoyo.

Cuando el jefe se daba cuenta de que todos apoyaban una dirección en particular, se ponía de pie para anunciar la decisión a todos. No necesitaban oírla, ya que era obvia desde hacía tiempo. Sin embargo, necesitaban oírla de su líder para estar seguros que representó fielmente la sabiduría del grupo.

Obviamente, no todos estarían igual de entusiasmados con la decisión, pero todos se comprometieron a apoyarla porque sus opiniones habían sido respetadas durante el proceso. Así, pudieron compartir sus ideas sin temor a represalias ni vergüenza. Se valoraba más compartir información y diversas perspectivas que imponer el propio punto de vista. A menudo, surgían tantas voces y tanta información que resultaba difícil discernir qué postura prevalecía. La fortaleza de un proceso que involucra a todos reside en que todos participan en la toma de decisiones. Cuando las personas abordan un debate con mente abierta y sin posturas preconcebidas, la competencia, los celos y la defensa del propio territorio se reducen al mínimo.

El líder occidental suele tomar decisiones de forma aislada y luego pregunta: "¿Cómo puedo lograr que los demás se apropien de la decisión?". Esto a menudo no funciona, y rara vez los demás sienten que la decisión les pertenece. Esto podría explicar la

dificultad que experimentan los misioneros cuando los locales tardan en involucrarse o carecen de entusiasmo por una nueva idea. Quienes se apropian de una decisión trabajarán para que tenga éxito, pero se mostrarán menos entusiasmados cuando un líder intente imponerles una decisión predeterminada.

Una vez que el jefe anunciaba la decisión a los demás ancianos y veía que asentían con la cabeza en señal de aprobación, reunía a los aldeanos y les comunicaba la decisión. Cada familia, al ver que su representante de confianza estaba de acuerdo, acogía con beneplácito las palabras del jefe e inmediatamente se ponía manos a la obra para llevarla a cabo. Ahora todos estaban involucrados y comprometidos con el éxito de la decisión.

El papel del jefe consistía en supervisar la implementación de la decisión. Aclaraba cualquier duda, se aseguraba de que hubiera recursos disponibles y animaba a los ancianos y aldeanos a cumplir con sus tareas, haciendo todo lo necesario para ello. Y lo que es más importante, los aldeanos confiaban en que la decisión de los ancianos beneficiaría a toda la comunidad.

Volviendo a nuestro comité de selección: la persona que contó esta historia fue contratada y nos prestó un excelente servicio. Encarnó a la perfección los valores del jefe tribal.

Un baño de realidad

El estilo de liderazgo del jefe tribal africano tradicional a veces se denomina estilo de consenso. Su eficacia depende de varios factores: el líder es respetado pero no temido; la gente está dispuesta a abordar el tema de forma honesta y abierta; todos están comprometidos con el bien común, minimizando o dejando de lado las ambiciones personales; todos confían los unos en los otros; la mayoría de los

Quienes toman las decisiones cuentan con la confianza de la comunidad en general y han escuchado la opinión pública. Debe existir cierto grado de igualitarismo. En muchos lugares del mundo, este estilo se consideraría una insensatez. En muchos países de la antigua Unión Soviética, por supuesto, el estilo de liderazgo dictatorial, autoritario y de mano dura aún prevalece incluso en muchas iglesias. Debemos ser cautelosos al juzgar, ya que parece que ese estilo fue necesario y eficaz durante la era comunista. En otros lugares, sin embargo, los puestos de liderazgo se utilizan para consolidar el poder, explotar a otros y disfrutar de privilegios excesivos.

La situación dista mucho de ser desesperada, y creo que está mejorando. A medida que los valores bíblicos del servicio influyen en los estilos de liderazgo, los pastores responden adecuadamente. En Sudáfrica, conozco pastores que se esfuerzan por aceptar a los demás, pues al hacerlo honran a Cristo. Dedicán más tiempo a generar confianza con los miembros de la junta directiva y descubren que esto mejora la comunicación y aclara las motivaciones. Se observa un mayor espíritu de cooperación y humildad. Las reuniones se caracterizan por más risas y conversaciones animadas; se busca la sabiduría de los demás y, en última instancia, las iglesias encuentran la sabiduría de Dios. Las personas salen de las reuniones fortalecidas y animadas, deseosas de llevar su espíritu de servicio a todos los miembros de la iglesia y la comunidad.

La responsabilidad del líder

Modelando a Cristo. La primera y principal responsabilidad del líder es modelar a Cristo el servicio a Cristo. Según ese criterio deben medirse todas las expresiones de liderazgo.

Todos estamos llamados a servir. Este es el llamado principal de

quienes deciden seguir a Jesús. El líder, sin embargo, tiene la responsabilidad particular de mostrar al pueblo de Dios cómo es esa vida de servicio. Los líderes religiosos de la época de Jesús se equivocaron por completo (véase Mt 23:1-36), y hasta el final de su vida terrenal, los discípulos también se equivocaron (véase Mt 20:20-28). Ningún líder individual podrá captar la totalidad de lo que Jesús fue, pero todo líder debe mostrarnos algo de lo que Jesús fue. Y parece que todo líder debe evidenciar la esencia de Jesús: la humildad.

El siervo humilde. La humildad es la característica principal del siervo. Dado que la humildad es fundamental para servir a los demás, nos conviene escuchar la voz de Dios al respecto:

Recuerda cómo el Señor tu Dios te guió por el desierto durante estos cuarenta años para humillarte... Te humilló... para enseñarte. (Deut 8:2-3)

El orgullo precede a la destrucción, la altivez de espíritu a la caída. Mejor es ser humilde de espíritu y estar entre los oprimidos que participar del botín con los orgullosos. (Proverbios 16:18-19)

Él te ha mostrado, oh hombre, lo que es bueno. ¿Y qué te pide el Señor? Actuar con justicia y amar la misericordia y caminar humildemente con tu Dios. (Miqueas 6:8)

El más grande entre vosotros será vuestro servidor. Porque todo aquel que se enaltece será humillado, y todo aquel que se humilla será enaltecido. (Mt 23:11-12; véase también Prov 15:33; 18:12; Is 2:9, 11; 5:15; 10:33; Mt 18:4; Lc 14:11; 18:14; 1 Pe 5:6)

Todos ustedes, revístanse de humildad los unos con los otros, porque «Dios se opone a los orgullosos», pero da gracia a los humildes. (1 Pedro 5:5)

La humildad se expresa principalmente en las relaciones. Sin

embargo, parece haber una prioridad. La humildad ante Dios genera humildad hacia los demás. Si la humildad hacia los demás no es evidente, es improbable que nos veamos correctamente ante Dios. Ver a Dios con claridad es ver cuán indignos somos. El orgullo es una forma de decir: «Soy digno de las cosas buenas que suceden a mi alrededor. Me atribuyo el mérito, la gloria». En este punto, Dios se opone a tales personas porque, en su orgullo, le roban a Dios la gloria que merece. Quizás por eso Dios usa algunas de sus palabras más provocadoras para recalcar la necesidad de la humildad y los peligros del orgullo.[2] La humildad es la actitud central del siervo dotado para liderar.

Doctrinas que informan al siervo dotado para liderar.

El sacerdocio universal de los creyentes es una doctrina que guía al siervo que desea liderar. Al igual que los sacerdotes del Antiguo Testamento, los cristianos tienen dos relaciones fundamentales: una relación vertical con Dios, mediante la cual nos comunicamos con él a través de nuestro sumo sacerdote, Jesús, y una relación horizontal con todas las personas, mediante la cual mediamos la gracia y la misericordia de Dios entre nosotros. Solo, dice Larry Richards, «cuando comprendemos que cada creyente debe ser discipulado y discipulado, recibir y servir, podemos entender el papel del liderazgo».[3]

El líder de una iglesia, misión u otra organización cristiana es su líder porque, según asumimos, Dios lo ha designado y le ha otorgado con gracia los dones apropiados. Esta designación y estos dones tienen un solo propósito: servir a Dios sirviendo a los demás. Pero otras personas también tienen dones; de hecho, cada miembro del cuerpo tiene al menos un don con el cual servir a los demás. Para que el cuerpo funcione correctamente, cada miembro debe recibir de los dones de los demás y dar de los suyos (Rom 12:5-8; 1 Cor 12:12-29). Esto describe la función sacerdotal. Todos ministramos y recibimos ministerio. Todos discipulamos y somos discipulados. El líder que carece de humildad tendrá dificultades

para ver a todos los creyentes como sacerdotes y no logrará conectar con ellos de manera que sus funciones sacerdotales sean mutuamente beneficiosas. Este ejercicio humilde de los dones entre el santo sacerdocio de la iglesia tiene varias implicaciones:

Las dotes de liderazgo deben ejercerse en comunidad.

Los líderes deben estar abiertos a recibir ministerio de personas con diferentes dones.

Los líderes deben demostrar aceptación hacia todos los miembros del cuerpo de Cristo porque, aunque tienen dones diferentes, tienen valor como portadores de la imagen de Dios y pueden mediar (administrar) la gracia de Dios unos a otros.

Los líderes deben mostrar apertura y generar confianza con los demás para que todos se sientan... Libres para compartir sus propios dones con todos los demás, incluidos los líderes.

Los líderes deben estar atentos a la voz del pueblo, aprendiendo de él y con él para poder aprovechar su sabiduría colectiva y tomar decisiones acertadas.

Los líderes deben comprender la complejidad de la vida de las personas, sentir su dolor, celebrar sus alegrías y acompañarlas en su camino, de modo que el ejercicio de sus dones se adapte a los corazones y las experiencias de la gente.

Los líderes deben comprender que la visión y la toma de decisiones serán más efectivas cuando se realicen en el contexto de las implicaciones 1-6. Al estar excluidos de la sabiduría de la comunidad, los líderes se ven privados de la sabiduría de Dios, expresada a través de su pueblo. Es como si el mono decidiera qué es lo mejor para el pez (véase «El mono "sirve" al pez» en el capítulo 3). El líder, cuya principal vocación es imitar el servicio de Cristo, escucha atentamente a los demás, busca sus opiniones y

sopesa cuidadosamente sus ideas.

Si bien creo que estos puntos se aplican a todos los líderes cristianos, centrémonos en el servicio intercultural. El líder que sirve será un buen oyente, indagando con frecuencia y profundidad en la sabiduría de los demás en la comunidad local. Saber escuchar fortalece a aquellos a quienes servimos, y, en consecuencia, estarán más dispuestos a compartir sus vidas con nosotros y viceversa. Escuchar también demuestra humildad, una disposición a aprender del otro. En la mayoría de las culturas fuera de Occidente, esto requiere bastante tiempo. A la gente le gusta conversar tranquilamente en un café, bajo la sombra de un árbol o tomando el té. Las ideas occidentales de citas y horarios deben ceder ante la vida pausada de la gente local.

Me preocupa profundamente que algunos líderes se aislen en su estudio la mayor parte de la semana, dedicando poco tiempo a interactuar con la gente, y luego pronuncien sermones exegéticamente correctos y retóricamente poderosos que resultan irrelevantes para la persona sentada en la banca. Lo mismo ocurre con los líderes organizacionales que están absortos en conferencias, viajes y reuniones "importantes", pero que rara vez se toman el tiempo para escuchar a sus empleados. Luego, estos líderes anuncian decisiones que no se basan en la realidad del lugar de trabajo. Considero que la toma de decisiones unilaterales, a cualquier nivel, se fundamenta en una visión errónea de sí mismos, de la iglesia, de la imagen de Dios y del sacerdocio de todos los creyentes. Este tipo de liderazgo a menudo margina a las personas que llevan la fe.

La carga de trabajo aumenta y, finalmente, desemboca en el despotismo. Este descenso se vuelve aún más rápido y terrible cuando ocurre en otra cultura donde el líder nunca se ha molestado en aprender mucho del pueblo o con él.

Me preocupa profundamente el líder que, sin la influencia de los demás, recibe una visión de Dios para el futuro y luego la impone

de forma autoritaria a las masas. ¿Acaso Dios solo habla a los líderes? ¿Ha agotado Dios su sabiduría únicamente en quienes ostentan títulos? ¿Puede alguien más oír la voz de Dios o recibir su visión? Si es así, ¿los líderes la escucharían? ¿Tiene sentido todo esto a la luz del sacerdocio y los dones de todos los creyentes? ¿Acaso Dios no nos creó como un cuerpo, una comunidad, una hermandad? ¿No ha llamado Dios a los líderes a ser siervos humildes? ¿No deberían desterrarse los títulos artificiales en la iglesia (Mt 23:5-12)? ¿No dijo Jesús: «Todos ustedes son hermanos» (Mt 23:8)?

Francis Schaeffer observa acertadamente:

La relación fundamental entre los cristianos no es la de anciano y feligreses, ni la de pastor y feligreses, sino la de hermanos y hermanas en Cristo. Esto significa que hay un solo Padre en la familia y que sus hijos son iguales. Hay diferentes tareas que realizar, diferentes cargos que desempeñar, pero como cristianos somos iguales ante un solo Maestro. No debemos buscar un gran título: debemos compartir los mismos puestos como hermanos.[4]

Esto también se aplica a la situación intercultural, ya sea en otra comunidad étnica o en otro país. Cuando a los misioneros se les enseña que son los líderes y que solo ellos están capacitados para liderar, creen que serán ellos quienes proyecten la visión y tomen las decisiones en la nueva cultura. Pero tal vez convenga plantear algunas preguntas preliminares. ¿Son todos los misioneros líderes automáticamente? ¿La mayoría? ¿Solo unos pocos? Si no hay líderes locales (y debemos ser muy cautelosos antes de afirmar esto), ¿qué tipo de liderazgo podría exhibir el misionero que no viole los patrones culturales?[5] ¿Deberían los misioneros buscar personas locales que exhiban un estilo de liderazgo occidental antes de confiar en ellas?

¿Deberían los misioneros que solo tienen uno o dos años de experiencia en una nueva cultura capacitar a los líderes locales? ¿No parecerán los aprendices occidentales a menos que los

misioneros se hayan integrado intencionalmente en la cultura? Confieso que me da escalofrío.

Cada vez que escucho a un nuevo misionero hablar sobre capacitar a los locales para el liderazgo, me pregunto: ¿A alguien más le parece presuntuoso y arrogante? ¿Qué opina la gente local cuando ve esto?

Además, la visión y la toma de decisiones siempre se basan en un contexto. El mono obtuvo sus ideas y su plan de acción de su propio contexto, que no encajaba con el del pez. En realidad, el servicio del mono era opresión. El misionero que lleva una visión a la nueva cultura probablemente será visto como el mono: bienintencionado, pero desconectado de la realidad y equivocado. A menos que el misionero practique fielmente los principios del servicio, será difícil verlo como tal.

Pablo y Bernabé

Mucho se ha dicho sobre el apóstol Pablo, pero un aspecto que a menudo se pasa por alto es la naturaleza temporal de su actividad misionera. Sus estancias misioneras eran relativamente cortas. No creo que ese fuera el modelo a seguir para todos, pero me pregunto si Pablo lo eligió porque sabía que era un líder nato, una persona decidida, y que si no se marchaba, obstaculizaría el surgimiento de líderes locales. Dado que no existía ninguna iglesia en los lugares que Pablo visitaba, su propio liderazgo era importante. Pero tan pronto como podía, Pablo nombraba líderes locales y luego se marchaba, aunque mantenía el contacto con ellos. Permanecer por un tiempo relativamente corto conlleva riesgos, pero Pablo parecía dispuesto a asumíroslos, probablemente en beneficio de los líderes emergentes.

Si bien a menudo se utiliza a Pablo como modelo de liderazgo, creo que Bernabé es un mejor ejemplo para la situación misionera actual. Mientras que Pablo se dedicaba principalmente a evangelizar, fundar y organizar iglesias (dones que aún se necesitan), Bernabé era más versátil y colaboraba según las necesidades. Vendió sus propiedades y las donó a la comunidad cristiana (Hechos 4:36-37); fue enviado por la iglesia de Jerusalén para ayudar a la creciente iglesia de Antioquía de Siria (Hechos 11:19-22) y tuvo un éxito considerable (Hechos 11:24); reclutó a Pablo para que lo ayudara en Antioquía (Hechos 11:26) y luego colaboró con el socorro durante la hambruna en Jerusalén. El hecho de que el nombre de Bernabé aparezca antes que el de Pablo (Saulo) en el versículo 26 sugiere que desempeñó un papel de liderazgo fundamental durante este tiempo. Bernabé apoyó al joven Juan Marcos cuando Pablo lo rechazó (Hechos 13:13). Se dijo de Bernabé: “Era un hombre bueno, lleno del Espíritu Santo y de fe” (Hechos 11:24).

El misionero contemporáneo que entra en otra cultura haría bien en

imitar el papel versátil y solidario que se vio en Bernabé. La iglesia está bien establecida en muchas partes del mundo con un buen liderazgo. Nuestro llamado puede ser a apoyar más que a liderar. Si tenemos dones de liderazgo, se verán en nuestro espíritu de servicio y en nuestros roles de apoyo. Si la gente local está dispuesta a afirmarnos como líderes, que así sea. Pero entonces será porque primero hemos sido vistos como siervos. En el trabajo internacional de mi esposa, ella repite una historia maravillosa que... Ilustra el liderazgo de servicio. Ella dice:

Cuando dirigía varios programas de supervivencia infantil para World Relief, visité Honduras y pasé varios días con el Dr. Orestes Zúñiga y su equipo, todos cristianos comprometidos. Visitamos a los promotores de salud mientras evaluaban el crecimiento de los niños y enseñaban a las madres cómo mantener a sus hijos sanos en medio de la extrema pobreza. Al principio de mi visita, mientras observaba a un grupo de madres sentadas en bancos bajos escuchando a su promotora de salud, busqué al Dr. Zúñiga con la mirada. Me costó un rato encontrarlo. Estaba sentado sobre un par de ladrillos detrás de la última fila de mujeres, escuchando atentamente. La promotora de salud, una mujer menuda de mediana edad, lo presentó y le pidió que les dijera unas palabras a las madres.

Habiendo oído hablar de la prevalencia del machismo en los hombres latinos, especialmente en aquellos con estatus profesional, esperaba que este médico se explayara más sobre el tema de salud del día. En cambio, se adelantó, rodeó con el brazo a la joven promotora de salud y dijo algo así como: «Me complace mucho poder escuchar a María (la promotora de salud) enseñarles hoy. Es una mujer sabia que sabe cómo mantener a sus hijos sanos y salvos. Escúchenla con atención y sigan sus consejos». Y volvió a sentarse en su pequeño montón de ladrillos detrás de la última fila. Mi respeto por el Dr. Zúñiga se profundizó considerablemente ese día.

Durante el resto de mi visita, observé cómo este médico tan capacitado celebraba y animaba constantemente a los demás miembros de su equipo de supervivencia infantil. Sin importar cuán pequeño fuera el papel de cada uno en el equipo, siempre destacaba su importante contribución, y nunca recuerdo que hablara de su propio papel en lo que fue un programa de supervivencia infantil amplio y de gran éxito que atendió a miles de mujeres y miles más de bebés y niños. Muchos adultos hoy en día, sin siquiera saberlo, le deben la vida a la forma en que este hombre dirigió a su equipo de promotores de salud, enseñando a las madres cómo cuidar a sus pequeños.

Al igual que los demás dones, el liderazgo es un don dado por Dios (1 Corintios 12:12) que debe ejercerse con humildad, bajo la autoridad del Espíritu Santo y para el bien común. El liderazgo bíblico siempre nos señala la naturaleza de servicio de Dios.

Cristo nos atrae hacia él y nos invita a vivir como él lo hizo.

Resumen

Mi intención no ha sido ofrecer un extenso discurso sobre el siervo dotado de liderazgo. Mi propósito era crear una forma de concebir el liderazgo basada en importantes doctrinas bíblicas. Si nosotros, los siervos, también llegamos a ser líderes, que sea porque la gente ha visto nuestra actitud de servicio y desea reconocer nuestro don. Entonces, no será un rol que nos hayamos asignado a nosotros mismos, sino uno que otros nos han conferido con honor.

El sirviente y el poder

“Jesús vino a mostrarnos cómo era la vida en el reino, no a enseñarnos a modificar la forma en que el mundo hacía las cosas.”

C. Gene Wilkes

«No quiso dominar a los hombres, sino servirles. No buscó su propia voluntad, sino la de Dios.»

William Barclay

Al principio de mi carrera misionera experimenté el poder y fracasé estrepitosamente en su uso. Ocurrió en el transcurso de la vida y no me pareció importante en ese momento. Sin embargo, es en las cosas pequeñas, a veces mundanas, donde nos descubrimos a nosotros mismos, a nuestro verdadero ser. Eunice, una mujer zulú, llamó a nuestra puerta. Necesitábamos ayuda doméstica y ella necesitaba trabajo. Además, nos la había recomendado alguien que conocíamos. El desempleo entre los sudafricanos negros era muy alto. La pobreza era generalizada.

Eso me puso en una posición de poder: yo estaba contratando y ella necesitaba un trabajo.

Mientras mi esposa y yo hablábamos con Eunice, seguí negociando para que bajara su salario, usando como ventaja el hecho de que podríamos encontrar fácilmente a otra persona. Saber que podría no conseguir el trabajo la presionaría para aceptar el salario más bajo. Finalmente, Acordamos un salario y contratamos a Eunice. Me sentí bien. Crecí en un lugar donde la habilidad para negociar

era motivo de respeto. Además, era una buena administración proteger el dinero de Dios. Y me sentí bien porque le dimos trabajo a Eunice, quien lo necesitaba desesperadamente. Pero en ese momento no me di cuenta de lo perverso que era aquello. Tenía maneras de justificar lo que había hecho, lo cual tranquilizó temporalmente mi conciencia.

Finalmente me di cuenta de que Dios no se deja engañar por mis juegos de palabras.

Como ya habrás comprendido, lo que hice no tenía nada de bíblico. De hecho, fue abusivo y opresivo. Pero era coherente con la literatura de la Harvard Business Review, donde se les dice a los líderes que usen el poder para influir en los pensamientos y acciones de otras personas.[1]

Ejercí el poder de una manera que me benefició a mí y perjudicó a otro ser humano sumido en la pobreza, sin poder y ahora aún más victimizado. Además de usar el poder al servicio de los demás, también debería usarse al servicio de la justicia (aunque ambos conceptos están relacionados). Si me hubiera preocupado la justicia, un tema bíblico recurrente, ¿cómo habría manejado la situación de manera diferente? ¿Puedes describir un escenario que hubiera convertido esta situación en un ejemplo del uso del poder por parte de un servidor?

En lugar de reflexionar sobre cómo podría servir a Eunice, un ser humano creado a imagen de Dios, utilicé mi poder en mi propio beneficio y en su perjuicio.

En lugar de preguntarme cómo podría ser un instrumento de la justicia de Dios (la misma palabra que se usa para justicia en Mt 6:33), obtuve el mejor trato posible.

Muchas veces he deseado poder volver atrás y hacerlo de otra manera. Desearía encontrar a Eunice y disculparme. El apartheid, el sistema de control que ejercían los blancos sobre las personas de color en Sudáfrica en aquel entonces, ya la había oprimido en

todos los sentidos; ahora yo añadía más carga a su sufrimiento. Durante el año siguiente, poco a poco me di cuenta de que el espíritu del apartheid también me habitaba. Vivir con las injusticias del apartheid en el país era difícil; reconocer el apartheid dentro de mí era aún más difícil.

El poder debe usarse al servicio de los demás y solo secundariamente, si acaso, para beneficio propio. Con Eunice, violé ese principio. El ejercicio del poder por parte del siervo debe fomentar la apertura, la aceptación y la confianza mutuas. El ejercicio piadoso del poder siempre enaltece al cuerpo de Cristo o a la comunidad local. El poder debe compartirse con el objetivo de empoderar a los demás. El poder acaparado debilita a los demás y exalta a quien lo posee. El poder, cuando se fundamenta en valores bíblicos, sirve a los demás.

Al liberarlas, reconocemos que las personas llevan la imagen de Dios y las tratamos de manera que fomentemos el desarrollo de esa imagen. De este modo, honramos a su Creador.

El ejercicio del poder

Mi propia visión sobre el liderazgo y el poder está evolucionando. Los capítulos anteriores sirven de contexto para el ejercicio del poder por parte de un servidor. No seamos ingenuos. Cualquier persona occidental que se integre en una nueva cultura (o grupo étnico) posee poder: recursos financieros, educación, tecnología, redes de contactos y un pasaporte. Ese poder genera menos admiración en muchos alrededor del mundo hoy en día, pero no deja de ser una posición de poder. No me preocupa tanto el hecho de que los occidentales posean poder; me preocupa cómo lo ejercen, tema central de este capítulo.

El poder es para el servicio. Maxie Dunnam dice:

La forma en que la mayoría servimos nos mantiene en control. Elegimos a quién, cuándo, dónde y cómo serviremos. Nos mantenemos al mando. Jesús nos llama a algo diferente. Nos llama a ser siervos. Cuando tomamos esta decisión, renunciamos al derecho a estar al mando. Lo asombroso es que, al tomar esta decisión, experimentamos una gran libertad. Nos volvemos disponibles y vulnerables, y perdemos el miedo a ser pisoteados, manipulados o aprovechados. ¿Acaso no son estos nuestros miedos más básicos? No queremos estar en una posición de debilidad.[2]

Dunnam plantea algunos puntos interesantes. ¿Te importaría releer esta cita y anotar uno o dos puntos que consideres más importantes para reflexionar?

A continuación, mis propias reflexiones:

Todos somos servidores de los demás, en todo momento y en toda circunstancia, porque el servicio es un estado del ser antes que un estado del hacer.

Al optar por servir, renunciamos al poder, al control y a la toma de decisiones unilaterales en favor de escuchar, aprender y comprender, y así llegamos a una decisión que refleja la sabiduría de Dios y de su pueblo.

Contrariamente a la lógica humana, pero en consonancia con la lógica de la cruz, la gloriosa libertad florece en el interior del siervo.

Cuando servimos, seremos incomprensidos, manipulados y maltratados, pero no temeremos, porque Cristo recorrió ese mismo camino y ahora camina con nosotros.

Serviremos imperfectamente. A menudo no nos damos cuenta de nuestro orgullo, nuestra necesidad de control o nuestra obstinación. La vieja naturaleza (y Satanás) busca pervertir nuestro deseo de seguir a Cristo como siervos humildes y obedientes. Por eso,

oramos los unos por los otros y nos animamos mutuamente.

El virus gentil. Jesús dijo:

Sabéis que los gobernantes de los gentiles se enseñorean de ellos, y sus altos funcionarios ejercen autoridad sobre ellos. Pero entre vosotros no será así. Al contrario, el que quiera ser grande entre vosotros deberá ser vuestro servidor, y el que quiera ser el primero deberá ser vuestro esclavo; así como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir y para dar su vida en rescate por muchos. (Mt 20:25-28)

Jesús compara el modelo de liderazgo gentil con el modelo del reino. Wilkes señala que Jesús, al referirse a los líderes gentiles, usó la palabra «considerados» —«aquellos que son considerados gobernantes»— sugiriendo que no representaban el tipo de liderazgo que él buscaba en ellos.[3] Seguían el modelo exhibido por los ocupantes romanos: un liderazgo que ejerce poder sobre los demás; que los ve como siervos; que acumula estatus, riqueza, poder y privilegios; que los ve como un medio para un fin. ¡Los líderes romanos no solo dominaban a los demás, sino que lo disfrutaban! Me pregunto si nosotros, en la comunidad misionera, también nos hemos contagiado del «virus gentil». Tal vez no de maneras tan obvias, pero sí de formas más sutiles y «cristianizadas».

El virus gentil también infecta a los líderes de la iglesia. Mientras hablaba a la multitud, incluidos sus discípulos, Jesús centró su atención en los líderes religiosos de la época—los maestros de la ley y los fariseos. Estas personas poderosas ejercieron una influencia enorme, aunque desafortunada, sobre la comunidad religiosa. Su liderazgo era opresivo porque seguía el modelo impío de los gentiles.

Si bien conocían la verdad correctamente («Debéis obedecerles», Mt 23:3), usaban su posición para dominar a quienes los escuchaban. Empleaban su poder para elevar su estatus y obtener privilegios. Lee Mateo 23:1-10 y enumera las maneras en que los

maestros de la ley y los fariseos abusaron de su poder.

“Casi todos los hombres pueden soportar la adversidad, pero si quieres poner a prueba el carácter de un hombre, dale poder.”
Abraham Lincoln

En la iglesia, quienes emplean un estilo de liderazgo gentil suelen usar palabras bíblicas, fingiendo espiritualidad. Sin embargo, con el tiempo, la gente se da cuenta de que esas palabras enmascaran un estilo de liderazgo que carece de integridad bíblica («No hagan lo que ellos hacen, porque no practican lo que predicán», Mt 23:3). Esta falta de integridad motivó una de las mayores condenas de Jesús: «¡Ay de ustedes, hipócritas!», se repite una y otra vez (Mt 23:13-29). Luego, Jesús usa algunas de las expresiones más provocadoras de la Biblia: «Cierran el reino de los cielos a los hombres» (v. 13), «guías ciegos» (v. 16), «han descuidado lo más importante» (v. 23), «llenos de avaricia y desenfreno» (v. 25).

Jesús los llama (y nos llama) a abandonar el ejercicio gentil del poder, donde todo contribuye a la comodidad, el estatus, la autoridad y la posición de cada uno (Mt 23:4-10). En cambio, «el mayor entre ustedes será su servidor», un servidor movido por un espíritu humilde (Mt 23:11-12). El liderazgo de servicio siempre termina estando centrado en el otro: sirviéndoles y edificándoles (a diferencia de la forma en que negocié con Eunice). Además, la retórica del siervo es coherente con su comportamiento.

Si bien el “hipócrita” reside en todos nosotros, un siervo se niega a cultivarlo. Tal persona cultiva en cambio el carácter y la integridad. Dado que ser una persona íntegra es más difícil entre quienes mejor nos conocen, la vida auténtica del siervo debe comenzar en el hogar, especialmente para los líderes de la iglesia (1 Timoteo 3:1-10; Tito 1:6-9).

Si la hipocresía reside en todos nosotros en cierta medida, y si

deseamos cultivar una integridad que concuerde con nuestros actos, entonces seamos honestos con nosotros mismos. Les confesé mi hipocresía al contratar a Eunice. Estoy seguro de que se habría burlado de la idea de que yo estuviera en Sudáfrica para servir a los demás. Ahora, los invito a reflexionar sobre ustedes mismos. Al integrarse en otra cultura, al vivir en ella, ¿dónde radican las inconsistencias entre sus palabras y sus acciones?

Cuando los familiares se involucran. Recuerden cuando la madre de Santiago y Juan vino con sus dos hijos y juntos [4] le pidieron un favor a Jesús: «Permítenos sentarnos uno a tu derecha y el otro a tu izquierda en tu gloria» (Mc 10:37). Parecería que el virus gentil los había infectado. Jesús declara que están siguiendo el modelo equivocado. El modelo gentil adopta valores contrarios a los de Jesús y a la iglesia que él está edificando. «Ustedes saben que los que son considerados gobernantes de los gentiles se enseñorean de ellos, y sus altos funcionarios ejercen autoridad sobre ellos. Pero entre ustedes no será así» (Mc 10:42-43).

Dado que los demás discípulos mostraron indignación hacia Santiago y Juan (Mc 10:41), ¿parecería que todos estaban contagiados! Pero, ¿acaso alguno de nosotros está libre de este virus? Como trabajadores interculturales, recordemos las palabras de Jesús: «Entre ustedes no es así». Nuestro camino es diferente. Seguimos un modelo de liderazgo distinto. Nuestro uso del poder es diferente.

Pero el modelo gentil resulta más atractivo porque apela a nuestro orgullo, a nuestros deseos más básicos, a nuestra sed de prominencia, a nuestro ansia de figurar en la élite. Combatán el virus gentil, dice Jesús. Sus seguidores no liderarán como lo hacen los gentiles.

Siguen el camino de la cruz: un servicio humilde y obediente.

Un problema común. Muchos misioneros y trabajadores temporales que sirven en otras culturas descubren que la población local los presiona para que aporten la visión, asuman el liderazgo,

tomen decisiones y, en general, se hagan cargo. Si bien estas situaciones son menos frecuentes, aún persisten. Puede haber varios motivos que lo expliquen, y conviene aclararlos. Uno de ellos, en mi opinión, es el deseo de realzar la posición del visitante en su cultura. Como muestra de cortesía cultural, el visitante debe ser debidamente honrado. La población local lo hace animando al misionero a asumir roles de liderazgo. La experiencia sugiere que se trata de una forma cultural de adulación, pero no es una oferta genuina para que el misionero tome el control. Debido a que la gente local puede parecer convincente, el misionero cede y asume el liderazgo. Necesitamos examinar esta práctica. ¿Cómo podemos determinar cuándo es una práctica cultural aceptable que el misionero debe aceptar como una forma de honor y luego cortésmente y rechazar con gratitud, ¿y cuando se trata de una solicitud legítima de los dones de liderazgo del misionero?

¿Existen otros motivos además del honor? ¿Es posible que algunas personas utilicen este tipo de comportamiento para congraciarse con extranjeros de mayor estatus? Fui profesor en un instituto bíblico de gran prestigio en Sudáfrica. Cuando me convertí en director, muchos estudiantes, pastores y líderes religiosos querían fotografiarse conmigo. Yo seguía siendo la misma persona que cuando era profesor, pero ahora tenía un estatus superior. Sin embargo, mi orgullo se desvaneció cuando algunas personas maduras me comentaron que muchos utilizaban las fotos para elevar su propio estatus y aumentar su poder. Con quién te relacionas y a quién acompañas es una forma de enaltecerte. No estoy seguro de estar libre de esto en mi propia cultura. ¿Y tú?

Justicia compasiva. Solemos ver la rectitud principalmente como una relación vertical entre Dios y las personas. Pero esta es solo una parte de la historia. La rectitud en las Escrituras también tiene una dimensión horizontal: debemos ser justos unos con otros en todas nuestras relaciones, incluso con desconocidos. A veces confundimos rectitud y justicia, creyendo que la rectitud tiene que ver con una relación correcta con Dios y la justicia con relaciones

correctas entre nosotros. Desde este punto de vista, la rectitud es vertical y un asunto espiritual; la justicia es horizontal y un asunto civil. Sin embargo, las Escrituras no hacen tal distinción; la misma palabra se usa para rectitud y justicia. Así, «buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas» (Mt 6:33) podría leerse igualmente con precisión como «buscad primero el reino de Dios y su justicia...». Estar en paz con Dios no puede separarse de estar en paz con los demás. Por eso, el profeta Miqueas reprende a los líderes de Israel «que desprecian la justicia y pervierten todo lo que es justo» (Mic 3:9) mediante el abuso de poder. Tal comportamiento distorsiona el carácter de Dios ante el pueblo. Según Miqueas, el juicio se cierne sobre quienes persisten en la maldad y la perversidad, quienes actúan injustamente con las personas bajo su liderazgo (Mc 3:6-12). Pero quienes siguen la ley de Dios deben «practicar la justicia, amar la misericordia y caminar humildemente con Dios» (Mc 6:8).

Dado que la rectitud (justicia) se fundamenta en el carácter mismo de Dios (Deut 32:4-5; Sal 7:9; 2 Tim 4:8; 1 Jn 2:1), si queremos ser semejantes a Dios, la justicia debe ser parte de nuestro carácter. Por lo tanto, cuando el pueblo de Dios (los justos) actúa con justicia hacia los demás (sean justos o injustos), revelan la clase de persona que es Dios y la clase de relación que desea con las personas en todas partes (Mt 6:1-4; Tit 3:5; 1 Jn 3:7; Ap 19).

Si este conocimiento hubiera sido una parte esencial de mi forma de pensar y actuar, habría tratado a Eunice de manera diferente. En lugar de recurrir a mi cultura, donde aprendí a negociar para obtener el mejor trato, me habría preguntado: "¿Qué le revelará a Eunice la justicia de Dios? ¿Cómo sería una relación justa entre empleador y empleado? ¿Cómo puedo ejercer mi poder de manera que sirva a Eunice y ella se sienta servida? ¿Cuál es la manera correcta de tratar a otro ser humano?".

Gordon, hijo de misioneros, me contó que veía con frecuencia un coche volcado en un barranco cuando iba y venía con sus padres a

su casa. En una ocasión, se percató de que había gente viviendo dentro del coche, y la familia, en situación de extrema pobreza, estaba expuesta al frío invernal, a menudo bajo cero, porque el vehículo no tenía ventanas. Otros misioneros que recorrían la misma ruta seguramente habían visto la situación de la familia. Sin embargo, nadie hizo nada, lo que le hizo reflexionar sobre el significado de ser cristiano. ¿Es esta una situación similar a la del sacerdote y el levita que, al pasar por el otro lado del camino, vieron al samaritano que había sido asaltado y golpeado (Lc 10:30-37)? No puedo juzgar, pero debemos tener cuidado de no separar nuestra justicia en Cristo de nuestra forma de vivir con rectitud y justicia en este mundo.

Antes les conté sobre mi viaje con un misionero en Guatemala. Su zona había sufrido un devastador terremoto unos meses antes. Le pregunté cómo había respondido a la catástrofe. Comentó que el terremoto había ocurrido en el momento más inoportuno. Su iglesia estaba colocando un letrero en el techo del edificio anunciando reuniones evangelísticas. El terremoto hizo que el letrero se cayera y las reuniones tuvieron que cancelarse, lamentó. "¿Usted o la iglesia participaron en las labores de rescate o reconstrucción?", le pregunté. "No, simplemente seguimos con nuestro trabajo. Bueno, había una viuda que tenía una grieta en la pared y la ayudamos a repararla". No pude evitar preguntarme cómo la comunidad vio a la iglesia en ese momento de necesidad.

Soy consciente de que las agencias misioneras tienden a considerar la respuesta a desastres y los problemas de desarrollo comunitario como responsabilidad de agencias de ayuda y desarrollo como World Vision y World Relief. La iglesia debería participar en la evangelización, el discipulado y la plantación de iglesias. Este razonamiento divide lo vertical (justicia ante Dios) y lo horizontal (vida justa en todas nuestras relaciones). Si bien las agencias de ayuda y desarrollo pueden responder en mayor medida con mayores recursos y experiencia, parece que la iglesia también debe revelar la plena justicia de Dios y su preocupación por lo espiritual

y lo humano. El bienestar físico de todas las personas. De lo contrario, podríamos presentar a un Dios indiferente al bienestar integral de la persona y, por lo tanto, distorsionar el evangelio.

El ejercicio bíblico del poder

El poder bíblico se asemeja mucho al de Jesús en su vida de siervo, no en su vida como Señor y Cristo. En su vida de siervo vemos su capacidad para atraer a la gente y hacerla sentir segura (apertura). Vemos su aceptación de los pecadores y su cuidado de los marginados. Vemos la confianza que construyó con la gente y la confianza que nos pide. Vemos cómo aprendió sobre la humanidad y creció en sabiduría. Vivió entre nosotros y sufrió al experimentar la esclavitud del pecado que oprime a la humanidad. Entonces, se hizo evidente que brindaría el mayor servicio de todos: dar su propia vida para romper la esclavitud del pecado y ofrecer vida a todos los que depositaran su confianza en él. Ese fue el liderazgo de Jesús: ser el siervo humilde y obediente. Nuestro Señor se hizo siervo de todos. Y millones siguen su liderazgo hoy, adorándolo como Señor del universo.

En resumen:

- El liderazgo y el poder comienzan con ser siervo de Dios con el espíritu de servir a los demás.
- El don del liderazgo se ejerce con una profunda humildad que revela un debido respeto por Dios, por uno mismo y por los demás.
- Los líderes humildes dejan de lado sus agendas, su visión y sus deseos personales, y escuchan la sabiduría de Dios a través de su pueblo. Si bien esto resulta mucho más difícil en un contexto intercultural, los principios y las habilidades

bíblicas lo hacen posible para todos los líderes.

- Involucrar al pueblo de Dios en una escucha y un diálogo respetuosos y mutuos no solo revela la sabiduría de Dios, sino que también les otorga una participación legítima en el ministerio.
- Las personas que sienten que un ministerio les pertenece, naturalmente apoyan las decisiones de los líderes y confían en que actuarán en el mejor interés de la gente.
- A los líderes que siguen los principios bíblicos les resulta más fácil reclutar y capacitar a las personas para la tarea que tienen entre manos.

Cuando la tarea esté cumplida, el pueblo dirá: "Lo hemos logrado", y los líderes estarán de acuerdo con gusto y añadirán: "Por la gracia de Dios y para su gloria".

El sirviente y el misterio

*¿Acaso el rostro de Dios ha aparecido alguna vez en una moneda?
Nosotros somos la moneda que lleva la imagen viva de Dios. El
entregarnos a los demás, con todo lo que ello implique, es la única
moneda válida del reino de los cielos.*

Gordon y Gladis DePree

Si alguien me hubiera explicado el misterio en mi juventud, tal vez me habría ayudado a afrontar algunas experiencias difíciles que no comprendía en lo terrenal. El apóstol Pablo usa la palabra misterio unas veintiuna veces. A menudo la usa para referirse a los propósitos ocultos de Dios (véase Rom 11:25; 1 Cor 14:2).[1] Es decir, Dios no siempre explica el «por qué» de los problemas más complejos de la vida. Esto es un misterio para nosotros.

Hoy estará nublado, mañana soleado.

A veces Dios nos permite ver sus propósitos con bastante rapidez, como en el caso de Mike. Mike, un adolescente misionero, vivió con nosotros en Sudáfrica durante el año escolar. Un día anunció que representaría a su escuela en una competencia de atletismo. Esto me sorprendió, ya que Mike era muy bajo para su edad. Pero él había tomado la decisión, y todos lo animamos. ¿Qué daño podía hacer? Practicó rigurosamente y llegó la noche de la carrera. Era en el estadio donde normalmente se celebraban las carreras de

caballos. Las luces brillantes creaban un efecto surrealista. Otros jóvenes misioneros no pudieron venir con Mike y conmigo debido a conflictos de horario. La última carrera de la noche sería la de Mike. Siendo su primera competencia de atletismo, se tomó su tiempo para entrar a la pista y terminó en la posición más externa, una desventaja considerable ya que no era una salida escalonada para la carrera de tres cuartos de milla. Mike no pareció darse cuenta. Sonó el disparo.

Mike se mantuvo al final del grupo hasta la primera curva. A mitad de camino, sus cortas piernas simplemente no podían seguir el ritmo. En secreto pensé que sería inteligente que Mike se desviara hacia las sombras y "desapareciera"; podría encontrarse conmigo detrás de las gradas y podríamos escabullirnos a casa. Evitémonos una vergüenza total, pensé. La mente de Mike aparentemente funcionaba de otra manera, pues siguió avanzando con dificultad, quedándose cada vez más rezagado. Cuando todos los demás corredores cruzaron la meta entre los educados aplausos de los espectadores, Mike llegaba a la última curva. Mirándolo desde las gradas, parecía tan pequeño, tan solo, tan humillado.

Sin importar lo que sintiera Mike, sus pies seguían avanzando hacia la meta entre los leves aplausos de los que quedaban. En la meta, algunos amigos del colegio le ofrecieron un débil apoyo, pero Mike se desplomó, con la cabeza gacha, arrastrando los pies abatido hacia las gradas, donde nos encontraríamos. Para colmo de la humillación de la noche, Mike y yo tuvimos que empujar mi pequeño coche para que arrancara, ante las miradas curiosas de sus amigos que pasaban a toda velocidad en sus coches de lujo. No encontré palabras para describir la situación. Al acercarnos a casa, Mike murmuró: «Jamás volveré a participar en una carrera en mi vida».

Antes de acostarse, Mike me pidió permiso para quedarse en casa y no ir a la escuela al día siguiente. Intenté consolarlo, pero estaba inconsolable. Con compasión, le dije: «Creo que será mejor que vayas a la escuela mañana», lo que provocó que Mike hiciera una

mueca de disgusto y soltara un gemido lastimero. Entonces, con una urgencia casi primitiva, Mike suplicó: «Por favor, por favor, por favor, tío Duane, no me obligues a ir a la escuela mañana».

Mike estaba sumido en la confusión. El misterio lo envolvía, y yo lo había visto. Tenía el poder de posponer la humillación. Mike notó que yo flaqueaba y repitió su súplica con mayor vehemencia. Su desesperación casi doblegó mi determinación. No sé qué me impulsó a hacerlo, pero le dije: «Mike, no se me ocurre ninguna razón válida por la que no debas ir a la escuela mañana, salvo que será difícil». Con la cabeza gacha, salió de la habitación.

A la mañana siguiente, Mike estaba hecho un desastre, tanto física como emocionalmente. En un silencio de protesta, comió y se fue con sus amigos al colegio. El desastre se cernía sobre él, pues ahora tendría que enfrentarse a sus compañeros y revivir su humillación. Perder la carrera de esa manera ya era suficiente; ahora tenía que soportar su tormento.

El día comenzó con toda la escuela reunida en el auditorio, donde el director anunciaría a los ganadores de la noche anterior. Desfilaban como héroes por el escenario entre los vítores de todos. Mike intentó desaparecer cerca del fondo del auditorio. Cuando los vítores para el último héroe se desvanecían, el director dijo algo así: “Hay un reconocimiento más que quisiera hacer. Una persona de nuestra escuela no ganó una carrera, pero representó a la escuela con nuestra mejor tradición. Él, tanto como cualquier ganador, nos llenó de orgullo. Cuando era evidente que no ganaría la carrera, siguió adelante. Cuando muchos de nosotros nos habríamos rendido, él perseveró. Terminó la carrera. Mike, por favor, acércate. Es un honor estrechar tu mano”. El alumnado estalló en vítores y aplausos atronadores, gritando “¡Bien hecho, Mike!” y “¡Buen espectáculo, viejo amigo!”. Cuando Mike llegó a casa, declaró que había sido el mejor día de su vida.

En el fracaso y la humillación, Mike se convirtió en el mayor héroe

de la escuela. La niebla se disipó. El misterio se resolvió. Mike había hecho todo lo posible. Dios escribió el resto de la historia.

Diez años de niebla

A veces, Dios tarda en disipar la niebla. Un joven misionero, Chuck, encontró que los primeros años en el campo misionero fueron desafiantes, pero a la vez aventureros y maravillosos. A medida que se integraba más en la cultura, pasaba cada vez más tiempo con la gente local. El disfrute parecía mutuo, y la gente local comenzó a compartir profundamente desde el corazón, tal como él lo hacía. Chuck compartió lo que estaba aprendiendo con sus compañeros misioneros. Estos se preguntaban por qué no habían tenido una respuesta similar, ya que llevaban mucho más tiempo allí.

Después de un par de años, Chuck y su esposa comenzaron a invitar a la gente del lugar a su casa. Primero invitaron a los pastores mayores, sabiendo que así demostraban respeto. Con el tiempo, también incluyeron a los más jóvenes. Sabía que muchos misioneros no invitaban a la gente del lugar a sus casas, pero no entendía por qué. Así que siguió haciéndolo. Además, en esta cultura, la gente del lugar solía entrar por la puerta trasera de la casa del misionero, la que usaban los sirvientes. Allí esperaban o, a veces, los invitaban a pasar y sentarse unos instantes hasta que se resolviera el asunto. Chuck no comprendía por qué era necesario usar la puerta trasera para los pastores y demás gente del lugar. Así que recibía a sus invitados locales por la puerta principal y los sentaba en la sala. En el momento oportuno, se reunían alrededor de la mesa y comían todos juntos.

Las relaciones se ampliaron y se fortalecieron. Sin embargo, el joven misionero no se percató de que estaba infringiendo una regla no escrita entre sus compañeros: «Es mejor no entablar una

relación demasiado cercana con ellos». Los misioneros debían evangelizar, discipular y edificar la iglesia. Si alguien se acercaba demasiado a la gente local, suponían, no podría ser objetivo en el cumplimiento de su misión. Su razonamiento parecía débil.

Chuck creía que estaba allí para servir a la gente, lo que sin duda incluía conocerlos, comprender su cultura e integrarse. Eso requería tiempo juntos, no solo en reuniones de negocios o estrategia, sino también en el transcurso de la vida y el ocio. Si bien las relaciones con la gente local prosperaron, lo contrario fue lo mismo ocurría con sus compañeros misioneros. Cada vez lo dejaban más fuera de los eventos, lo pasaban por alto de diversas maneras y, en la práctica, lo marginaban. Pensaba cada vez más en renunciar antes de terminar el período. Una profunda desilusión lo invadió y la vida le deparaba pocas alegrías. La niebla era espesa; el misterio, casi asfixiante.

Al finalizar su servicio militar, Chuck regresó a Estados Unidos, continuó sus estudios y se involucró en el ministerio religioso. Si bien aquellos días fueron brillantes y emocionantes, la niebla aún envolvía esa etapa anterior de su vida.

Diez años después, Chuck regresó al país y comenzó a buscar a viejos conocidos. Un pastor, parte del círculo de amistades que el misionero había cultivado, le pidió que predicara en su iglesia. A menudo se les concede este honor a los visitantes. Al comienzo del servicio, el pastor mencionó a una persona especial de la congregación que “cambió la historia de las misiones en este país”. Chuck recorrió con la mirada a las aproximadamente 350 personas presentes, pero no reconoció a nadie de sus años anteriores que pudiera haber merecido tal reconocimiento. Más tarde, el pastor local repitió la afirmación al presentar a Chuck para que hablara. El misionero se quedó perplejo, pensando que lo estaban confundiendo con otra persona. Su legado se había reducido a unas pocas relaciones y mucha confusión. El pastor continuó: “Este hombre nos invitó a muchos a su casa. No solo eso, sino que nos

hizo pasar por la puerta principal. Luego nos sentamos en su sala y comimos en su mesa. Ningún otro misionero hacía eso en aquellos tiempos. Ahora casi todos los misioneros nos invitan a sus casas por la puerta principal y nos tratan como invitados de honor, como iguales. De esta manera, cambió la historia de las misiones en nuestro país”. Después de diez años de incertidumbre, todo se disipó en menos de un minuto. El misterio quedó resuelto.

Dios eligió obrar tras bambalinas de una manera maravillosa que elevó las relaciones misioneras y nacionales a un nuevo nivel. Dios es digno de confianza incluso cuando no podemos verlo, sentirlo ni oírlo. Nos guía en nuestras decisiones y promete no abandonarnos jamás, incluso cuando su guía nos lleva a la confusión, el misterio y el sufrimiento. Él está presente en medio de la confusión, actúa y cumple sus gloriosos propósitos. Nuestro papel es confiar, aunque tome diez años.

La batalla de la mente y las emociones

Cuando caminamos entre la niebla, las pistas que nos orientan desaparecen. Buscamos alguna señal que nos muestre el camino, pero no aparece ninguna. El cielo parece silencioso. Buscamos el sentido de la vida, pero la niebla lo oculta. Suplicamos: «Dios, ¿por qué no haces algo?». Nuestros sentimientos nos dicen que Dios debe estar en otro lugar o que no le importamos. La mente, fundamentada en las Escrituras, replica: «No es cierto». Dios ha prometido no abandonarnos jamás. Y así, los sentimientos y la mente se debaten, cada uno presentando pruebas para justificar su postura.

Tarde o temprano, a menudo tarde, la niebla se disipa lentamente. Las cosas empiezan a tener sentido. La comprensión reemplaza la confusión. La confianza reemplaza la duda. El sentimiento de pertenencia reemplaza el de abandono. La esperanza regresa. Dios

siempre estuvo ahí, obrando activamente, no solo en nuestro favor, sino también de maneras que enriquecen a los muchos otros siervos a quienes ama. La niebla oscurece su presencia y sus propósitos, pero cuando finalmente se disipa, nos damos cuenta de que Dios ha cumplido todas sus promesas (véase Josué 21:45). Y en aquellas ocasiones en que su pueblo va a la tumba con fragmentos de su pasado aún envueltos en la niebla, él sigue siendo el Dios amoroso y fiel, digno de su confianza, aunque la niebla nunca se haya disipado. Si bien no es deseable, no hay que temer caminar en el misterio; Dios, aunque no sea visible ni audible, camina a nuestro lado, y ese camino siempre vale la pena para el siervo paciente y fiel.

Quizás porque los occidentales ejercen tanto control sobre sus vidas, se han vuelto poco acostumbrados al misterio. La mayoría de las personas en el mundo no tienen los recursos para ejercer tal control. Tomemos los seguros, por ejemplo. Quienes viven en Occidente tienen seguros de auto, vida, hogar, contra inundaciones, terremotos, salud, tarjetas de crédito y electrodomésticos. Pero por si acaso, muchos también contratan una póliza de seguro adicional para cubrir lo que pudiera quedar sin asegurar. Las personas con recursos tienen múltiples maneras de protegerse contra lo desconocido, pero quienes carecen de recursos suficientes son vulnerables. Paradójicamente, la gente del Tercer Mundo parece disfrutar de mayor tranquilidad que quienes ejercemos más control sobre nuestras vidas. ¿Cómo lo logran? Haríamos bien en aprender de ellos sobre la satisfacción en medio del misterio. Cuando la niebla amenaza nuestro juicio, debemos aferrarnos a verdades inexpugnables, tales como:

Dios me ha prometido que nunca me abandonará. Por lo tanto, Dios está cerca, aunque la niebla oculte su presencia y temo que me haya abandonado.

Dios cumple sus promesas. A pesar de mis circunstancias y mis actos pasados, no cambia, no cambiará ni puede cambiar de

opinión respecto a acompañarme en estos tiempos difíciles.

Dios obra para cumplir sus buenos propósitos no solo para mí, sino para todos los que ama. En los misterios de la vida, él obra activamente para su beneplácito, tanto para mí como para los demás, aunque yo jamás lo comprenda.

Aunque la niebla del misterio nunca se disipe en mi vida, Dios es digno de mi adoración y obediencia. Puede que decida no explicarse, y debo confiar en su sabio juicio. Deuteronomio 29:29 dice: «Lo secreto pertenece al Señor nuestro Dios, pero lo revelado nos pertenece a nosotros y a nuestros hijos para siempre, para que cumplamos todas las palabras de esta ley».

Mi responsabilidad es caminar con humildad y fidelidad ante mi Dios justo y amoroso, y dentro de mi comunidad.

El mayor factor de estrés del misterio

Acabo de regresar del sudeste asiático, donde pasé un par de semanas con misioneros. La mayoría de los que conocí estaban experimentando un estrés considerable. Alrededor de seis parejas confesaron haber considerado seriamente regresar a casa antes de tiempo durante el año anterior. La niebla era densa e implacable; no había señales de alivio. ¿El factor estresante? El conflicto interpersonal entre los misioneros. No se llevaban bien entre ellos, y vivir en conflicto era más de lo que podían soportar. Si bien existen factores estresantes culturales al vivir en una cultura nueva y muy diferente, la mayoría de los misioneros se adaptan. Vivir con otros misioneros parece ser más difícil. En mis extensos viajes, ha habido relativamente pocas situaciones en las que el colapso interpersonal no haya sido el principal desafío que enfrentan los misioneros. Es el misterio más difícil de soportar.

Muchos equipos de corta duración experimentan este mismo tipo de estrés durante su breve tiempo juntos. Sin embargo, pocos ayudan a los miembros del equipo a prepararse para este tipo de incertidumbre y, en consecuencia, la experiencia se ve empañada. Si bien se presta atención a los problemas de salud, los asuntos legales, los documentos de viaje y las actividades ministeriales, se dedica poco tiempo a la convivencia. Pero no solo estamos llamados a servir a la población local, sino también a servirnos unos a otros. Sin unidad entre los misioneros, el servicio a la gente local se verá gravemente obstaculizado.

¿Qué causa el estrés interpersonal? Si bien puede haber muchas respuestas, solo abordaré algunas y confío en que la discusión estimulará la reflexión y la acción.

Diferencias de personalidad. Las personas son diferentes. Algunas personas son extrovertidas y otras introvertidas; algunas son bulliciosas y otras tranquilas; algunas agresivas y controladoras, otras pasivas. Soy bastante consciente del tipo de persona que me irrita. He tenido que pensar por qué reacciono negativamente ante ciertas personas. ¿Es lo que hacen de alguna manera inapropiado o simplemente molesto? ¿Los demás parecen irritados por el comportamiento de esa persona? Por lo general, cuando los demás no parecen tan perturbados como yo, concluyo que el problema es mío. Entonces trato de mantenerme abierto, aceptar a la persona que es diferente a mí (ellos también llevan la imagen de Dios) y generar confianza.

También me doy cuenta de que la mayoría de las cosas que me irritan no son tan importantes: no vale la pena luchar por ellas, no vale la pena perder el sueño por ellas, no vale la pena gastar energía preocupándose. Cuando adopto esta perspectiva, me ayuda mucho dejarlas ir y concentrarme en las muchas cosas buenas que suelen suceder a mi alrededor. Las cosas buenas son una prioridad mayor y merecen mi energía. Satanás intentaría dividir a los cristianos por asuntos de poca importancia.

Diferencias filosóficas. La mayoría de nosotros no somos conscientes de nuestra propia filosofía. Dos personas en el sudeste asiático discutían sobre si un ministerio de salud debía adoptar una forma u otra. Esa era una diferencia filosófica. Otros debaten sobre las prioridades de la misión: plantar iglesias, evangelizar, formar discípulos o desarrollar el liderazgo. La forma en que llevamos a cabo la plantación de iglesias o la evangelización genera conflictos. Otra gran diferencia radica en el estilo de vida de los misioneros: el nivel de vida en un país determinado. ¿Qué tipo de vehículo, casa, lujos y salario deberían tener? Los misioneros también discrepan sobre las escuelas locales, las escuelas internacionales, las escuelas misioneras y la educación en el hogar para sus hijos. En algunos casos, se preguntan hasta qué punto deben acercarse a la población local. ¿Deben mantener una distancia respetuosa o entablar una estrecha amistad con ellos?

Diferencias generacionales. Las diferencias entre generaciones parecen haberse acentuado en los últimos tiempos, y resultan más dolorosas. Mis observaciones y lecturas sugieren que la tensión suele manifestarse en los estilos de culto, ya que la mayoría de los misioneros más jóvenes prefieren una mayor expresión física, música contemporánea, batería y guitarra, y un estilo más espontáneo y sencillo. La generación mayor, si bien acepta e incluso aprecia cada vez más este tipo de culto, puede que aún prefiera las formas más tradicionales. La dificultad surge cuando una iglesia local busca orientación sobre el estilo de culto que debería adoptar.

Otra diferencia generacional se refiere a las prioridades: ¿debemos priorizar la construcción de relaciones (generación joven) o la evangelización, la plantación de iglesias y el discipulado (generación mayor)? La generación joven cree que esta tarea surge naturalmente de las relaciones con la comunidad local, mientras que la generación mayor, a menudo con un mayor sentido de urgencia, desea ver a las personas salvas y la iglesia establecida cuanto antes.

Finalmente, existen diferencias en cuanto a autoridad, compromiso y lo que significa ser un

Persona de fe. Muchos de mis estudiantes que han entrado en misiones tomaron un camino diferente para llegar allí. Mientras que la generación anterior simplemente seguía las directrices de sus superiores para ir a un lugar determinado y realizar un ministerio específico, mis estudiantes se inclinan por seguir sus propios instintos. Por ejemplo, la generación más joven visita tres o cuatro países, conoce a las personas con las que podrían trabajar y explora los tipos de ministerios que les interesan. Todo esto se realiza con oración durante varios meses. Luego eligen el lugar y el ministerio. La generación anterior ve esto como un gasto innecesario de dinero, desconfianza en la autoridad de los líderes misioneros y falta de fe en Dios, quien obra a través del liderazgo misionero. Además, la mayoría de mis estudiantes quiere ir por uno o dos años para "ver si les gusta". Nuevamente, esto es percibido como falta de compromiso y fe por los misioneros mayores. Todos estos son puntos de tensión cuando misioneros mayores y jóvenes trabajan juntos. Sin embargo, estos valores contrapuestos no tienen por qué causar conflicto si comprendemos que son diferencias, no una violación de absolutos.

Las generaciones mayores y jóvenes se necesitan mutuamente. La estabilidad, la madurez y la sabiduría de los misioneros experimentados a menudo brindan la crianza paterna y materna que muchos misioneros jóvenes no recibieron en sus hogares. La generación más joven, por otro lado, aporta energía, visión y nuevos valores que pueden beneficiar a quienes se han estancado o se han aferrado a sus costumbres. Hay una manera de lograrlo aplicando los principios enseñados anteriormente en este libro: (1) mantener una mente abierta, suspendiendo el juicio; (2) aceptar a los demás y asumir que la sabiduría de Dios puede manifestarse eficazmente a través de ellos; (3) generar confianza para que pensemos lo mejor de los demás; (4) aprender unos de otros como sacerdotes; (5) buscar la comprensión, porque Dios no obra solo a través de una generación, una etnia, un género o una nacionalidad;

y finalmente, (6) servirnos unos a otros con la misma pasión con la que servimos a la gente local.

Diferencias de proximidad. Por proximidad me refiero tanto a la geográfica como a la relacional. Los misioneros debemos trabajar estrechamente unos con otros, y a menudo no podemos elegir con quién trabajamos. A veces también podemos vivir en el mismo lugar, como un complejo o una aldea. Esto significa que debemos llevarnos bien con las personas que Dios ha puesto a nuestro alrededor. No podemos elegir nuevos amigos o colegas que se adapten mejor a nosotros. Por lo tanto, debemos hacer que las relaciones funcionen, o viviremos en un estado constante de estrés y conflicto. El conflicto prolongado (la confusión mental) no es tan raro, pero es terriblemente debilitante. Quizás por eso los misioneros más jóvenes prefieren visitar los campos misioneros antes de comprometerse. Muchos de ellos han experimentado conflictos persistentes en sus hogares, incluyendo padres divorciados, y desean evitarlos en el campo misionero si es posible.

Diferencias culturales. El simple hecho de vivir como misionero genera estrés, sobre todo durante el primer o segundo año. La disciplina diaria de hablar (o intentar hablar) otro idioma, descifrar las rutas de conducción, preparar la comida, mantener la higiene, relacionarse con los demás, lidiar con la adaptación de los niños y cientos de imprevistos agotan las energías. Durante las primeras seis semanas de nuestro ministerio, mi esposa y yo caíamos rendidos en la cama por la noche preguntándonos por qué estábamos tan cansados si en casa hacíamos las mismas actividades sin sentirnos así.

Si bien nuestro gasto energético físico diario fue similar, el gasto emocional fue considerablemente mayor. Es decir, nuestra mente trabajaba sin descanso intentando comprender nuestro nuevo entorno. Y ese gasto emocional nos dejaba aún más agotados. Al final del día, nos quedaban pocas reservas para afrontar todas las diferencias personales, filosóficas, de proximidad y generacionales.

Además, veníamos de un clima más frío (Chicago), y adaptarnos al clima cálido, húmedo y a nivel del mar nos pasó factura.

Estas y otras diferencias generan estrés durante los primeros años del servicio misional (y a veces incluso después) y hacen que muchos se pregunten si Dios está con ellos, si no han cumplido su llamado o si existe algún defecto grave en su vida espiritual. Entonces empiezan a preguntarse si cometieron un error o si es hora de regresar a casa. Todas estas diferencias pueden crear una densa niebla que nubla nuestro juicio.

Resumen

A menudo, el siervo es llamado a caminar en el misterio, quizás más que nunca en el ministerio intercultural. Si bien es difícil implementar los principios y habilidades del servicio junto con todo lo demás, hacerlo sentará las bases para un ministerio eficaz, revelando a Cristo y su amor. Con el tiempo, la niebla se disipará.

Un siervo intercultural se desenvolvió en medio de un enorme misterio, pero lo hizo con dignidad y fidelidad a su Dios. Este joven llegó a ser siervo de las naciones. José es un modelo para nosotros no solo en cómo afrontar el misterio, sino también en liderazgo y en el manejo del poder. Utilizó los principios de servicio que hemos analizado y nos demuestra su eficacia.

El modelo del sirviente

José

«El que quiera ser el primero, que sea vuestro esclavo; así como el Hijo del hombre no vino para ser servido, sino para servir y para dar su vida en rescate por muchos».

Mateo 20:27-28

José es uno de mis personajes favoritos de la Biblia. Amado y aceptado por su padre, rechazado y odiado por sus propios hermanos, experimentó lo mejor y lo peor de la vida. El misterio lo persiguió durante años sin que él tuviera culpa alguna. Obligado a vivir en una cultura diferente, respondió con nobleza. Finalmente, se encontró en una posición de enorme poder. Cuando se le presentó la oportunidad de vengarse de sus hermanos por su traición, fue bondadoso y, al final, los perdonó y se reconcilió con ellos. Eligió el servicio a Dios en lugar del poder y la autoridad.

Entre la niebla y el sol, una frase se repite: “El Señor estaba con José”. José honró a Dios y caminó con él (Gén 40:8, 41:16, 28, 52). No se registra ningún pecado en la vida de José. Eso no significa que no pecara, sino que su vida se caracterizó por la lealtad y el servicio a Dios. Dios bendijo y prosperó a José, pero no lo protegió de las misteriosas pruebas de la vida. Sin embargo, durante esas fases misteriosas, José actuó de la misma manera que cuando las cosas iban bien: honró a Dios y caminó humildemente cada día. José no parece cambiar, ya sea que esté en segundo lugar después de la persona más poderosa del mundo.

ya sea en el mundo o pudriéndose en un calabozo. Los siervos son así, no hay diferencia entre ser exaltados o humillados. Al final, Dios usó a José para salvar a dos naciones.

La infancia de José distó mucho de ser ideal. Hijo primogénito de Jacob y Raquel, José era el favorito de los once hijos de Jacob, simbolizado en parte por su túnica ricamente adornada, que probablemente indicaba su posición privilegiada (Génesis 37:3). Sus hermanos lo odiaban (Génesis 37:4) y le hicieron la vida imposible. No hay pruebas de que José fuera responsable de esto; aunque sí pareció ingenuo al compartir su sueño, lo que avivó los celos de sus hermanos y desconcertó a su padre (Génesis 37:5-11).

Un día, Jacob decidió enviar a José a ver cómo estaban sus hermanos, que cuidaban las ovejas (Génesis 37:12-14). Los hermanos aprovecharon la oportunidad para expresar su rencor hacia José. Lo arrojaron a una cisterna vacía antes de venderlo a unos mercaderes madianitas que pasaban por allí camino a Egipto.

El misionero involuntario

José, un adolescente protegido, se vio ahora abocado a una vida de esclavitud. Se adentró en una densa niebla, un misterio tan profundo y desconcertante que no se le podía culpar por renunciar a todo lo que creía acerca de Dios. ¿Cómo podía confiar en el Dios de su padre, Jacob, si permitía tal injusticia? No se revelan los verdaderos sentimientos de José, pero, como ser humano, debió experimentar una intensa agitación interior y una profunda crisis existencial. No hay indicios de que dudara de Dios ni de que se enojara con él. De hecho, pareció integrarse a esta nueva cultura con serenidad y determinación. Dios dispuso que fuera vendido a Potifar, un alto funcionario de la corte del faraón. Egipto era la nación más poderosa del mundo en aquel entonces, y José se

encontró en el seno de la élite gobernante. «El Señor estaba con José» (Génesis 39:2).

En la casa de Potifar, José probablemente comenzó con tareas humildes, mientras aprendía el idioma y la cultura egipcia. A pesar de la confusión mental y emocional que pudo haber experimentado, desempeñó bien su trabajo. Incluso Potifar notó que «el Señor estaba con él y que el Señor le daba éxito en todo lo que hacía». Tanto fue así que «José halló gracia ante los ojos de Potifar y se convirtió en su ayudante» (Génesis 39:3-4). Posteriormente, José fue ascendido hasta hacerse responsable de todas las posesiones de Potifar.

Más tarde, José fue encarcelado injustamente, y el alcaide observó lo mismo que Potifar (Génesis 39:23). ¿Sabían estos hombres que los hebreos creían en el Señor Dios? ¿O fue José quien les habló del Señor? José insiste repetidamente en atribuir sus habilidades a Dios (Génesis 39:9; 40:8; 41:16). En una situación en la que José podría haber sentido una fuerte tentación de enorgullecerse atribuyéndose el mérito de la extraordinaria interpretación de sueños, demostró la primera cualidad de un siervo: la humildad. Esta virtud, cuando destaca en la vida de una persona, siempre presenta a Dios como la fuente de todo bien.

El modelo de José

Sinceridad. Potifar consideró a José una persona tan íntegra y confiable que le confió la administración de toda su fortuna. El alcaide de la prisión vio la misma cualidad en José y le encomendó la supervisión de todos los prisioneros.

Finalmente, el faraón nombró a José segundo al mando de toda la nación. La presencia de Dios en José y su capacidad para conectar con la gente de forma positiva lo distinguieron ante el mundo. José siempre recibía con los brazos abiertos a quienes lo rodeaban y les

brindaba seguridad. Al integrarse a la cultura egipcia y al acoger a quienes Dios puso a su alrededor, José manifestaba la presencia del Señor y la presencia celestial en toda su conducta. Su capacidad para no juzgar y su apertura permitieron que Dios obrara a través de él.

Aceptación. ¿Cómo logró José, un joven esclavo en tierra extraña, demostrar su aceptación a sus amos? Hizo lo que cualquier persona sabia haría: descubrió cómo se comunicaba la aceptación y la puso en práctica. Pero José no solo adoptó las costumbres de esta nueva cultura, sino que le aportó un toque distintivo. En particular, José supo transmitir respeto a todos a su alrededor, y ellos lo valoraron. José reconoció la dignidad de sus captores. No los trató como enemigos ni opresores, sino como personas que llevaban la imagen del Creador, el Creador al que deseaba servir.

Al igual que José, debemos adaptarnos a las costumbres locales e integrarnos lo mejor posible sin traicionar nuestra fe. Integrarnos no significa carecer de convicciones, sino madurez. La mayor parte de la vida se reduce a diferencias sin importancia. La mayoría de las diferencias culturales no merecen ser combatidas. Sí, debemos rechazar aquellas pocas cosas que claramente contradicen nuestra conciencia basada en la Biblia. Pero debemos buscar maneras de abordarlas sin ofender. El evangelio es controvertido, pero nosotros no tenemos por qué serlo. Cuando actuamos con sensibilidad, encontraremos que los demás nos aceptan con los brazos abiertos.

Parece que José se adaptó tan bien que cuando sus hermanos visitaron Egipto algunos Años después, vieron a un gobernante egipcio, no a su propio hermano (Génesis 42:8). Gracias a que José aceptó su nueva cultura, Dios protegió a dos naciones. Nunca sabemos qué planes tiene Dios cuando nos llama a seguirlo.

Confianza. ¿Cómo nos ganamos la confianza de los demás? ¿Qué hacen los demás para ganarse la nuestra? ¿Qué papel juega la

confianza en las relaciones de la vida? ¿En el matrimonio? ¿En la crianza de los hijos? ¿En ser empleador o empleado? ¿En desarrollar un ministerio en otra cultura? José lo hizo extraordinariamente bien. Aprendió el idioma, sobresalió en sus tareas diarias, honró a la gente, no se quejó de las dificultades de la vida, perdonó a quienes lo maltrataron y, en tiempos de incertidumbre, perseveró con la profunda confianza de que Dios estaría cerca.

José se ganó la confianza de manera tan efectiva que cada autoridad (Potifar, el alcaide, el faraón) le confió todo. José se ganó la confianza velando siempre por los intereses de sus amos. No solo les brindó confianza, sino que estos le correspondieron, lo que le proporcionó una posición estratégica desde la cual cumplir los propósitos de Dios. Los líderes egipcios actuaron con pleno conocimiento de la fe de José. Al parecer, José hizo dos cosas excepcionalmente bien: se adaptó a las diferencias culturales (idioma, vestimenta, costumbres sociales) y no comprometió los principios bíblicos (honestidad, adoración al único Dios verdadero, evitar el egoísmo y servir humildemente a los demás).

Al generar confianza con los demás en una nueva cultura, ellos corresponderán naturalmente confiándonos aspectos importantes de sus vidas. Desde esa profunda confianza mutua, surgirán los propósitos de Dios. Y esto puede suceder sin comprometer nuestras creencias más profundas.

Aprendizaje. *¿Cómo logró José seguir ascendiendo? Se dedicó a aprender el idioma egipcio y a adaptarse a la cultura egipcia, y lo hizo muy bien.*

José aprendió tan bien la cultura egipcia que administró sus asuntos, y el país prosperó maravillosamente. Sin embargo, se mantuvo libre de corrupción, evitó las intrigas para ascender, trabajó por el bien de los demás, fue sincero pero no autoritario en su fe y se mantuvo firme en su Dios, cuyos propósitos, durante gran parte de su vida, le fueron ocultos. Siglos antes de que Jesús

caminara sobre la tierra, José comprendió que «el que quiera ser el primero, que se someta a vuestros siervos; así como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir y para dar su vida en rescate por muchos» (Mt 20:28).

Comprensión. ¿Podría José haber gobernado una nación sin comprender su entramado era político, relacional, económico y comercial? ¿Podría haber sido eficaz sin la voluntad de trabajar dentro de los patrones culturales egipcios? Su asombrosa eficacia residía en su capacidad de adaptarse a los ritmos de la vida egipcia sin comprometer su esencia como hebreo temeroso de Dios. La comprensión requiere tiempo, vigilancia y voluntad de cambiar ante lo nuevo y diferente. José, como muchos misioneros a lo largo de los años, se identificó tanto con su hogar adoptivo que, a su muerte, fue embalsamado—igual que los egipcios (Génesis 50:26).

Servicio. José sirvió a Dios con humildad y obediencia tanto en los buenos como en los malos tiempos. Al final, sirvió (¡y salvó!) a la nación de Egipto y a la familia de Jacob. Un epitafio apropiado para José se registra cerca del final de su vida, cuando sus hermanos se presentan ante él con temor. José les dijo: «No teman. ¿Acaso estoy yo en lugar de Dios? Ustedes intentaron hacerme daño, pero Dios lo convirtió en bien para lograr lo que ahora se está haciendo: salvar muchas vidas» (Génesis 50:19-20).

Al final, José, un siervo intercultural, se relacionó con la gente de manera positiva, se adaptó a las realidades culturales y cumplió los propósitos de Dios sin comprometer su fe. Su labor fue excepcional, su carácter intachable y su motivación provenía de un reino que no es de este mundo. En tiempos de gran misterio, no dudó ni se amargó. De hecho, parecía fortalecerse su creencia de que el Dios de Abraham, Isaac y Jacob era el único Dios verdadero que jamás lo abandonaría. Entonces, como todo buen siervo del Señor, eligió aceptar lo que Dios le dio y prosperó a pesar de las circunstancias. «El Señor estaba con él». Y está con nosotros.

Reflexiones finales

Practica la apertura hacia los demás, acéptalos tal como son y genera confianza con ellos. Esta es la base para revelar a Cristo a otros, incluso cuando te encuentras en una cultura nueva por poco tiempo.

Aprende de la gente. Se sentirán valorados y tu presencia será una experiencia positiva para ellos. Cualquier otro logro será un valor añadido. Evita corregir o juzgar a la gente local; en cambio, pregunta por qué. Busca comprender; estudia a la gente local y sus costumbres con una mente abierta. Así serás apreciado y aquellos a quienes hayas influido lamentarán tu partida.

Practica el servicio a los demás antes de adentrarte en otra cultura. Desarrolla estos pilares fundamentales en tu entorno habitual y estarás preparado para aplicar las mismas actitudes y habilidades en otros lugares. Estos mismos pilares te ayudarán a tener éxito en otros ámbitos de la vida: el matrimonio, las amistades y la vocación, dondequiera que Dios te coloque. No existen límites para la práctica del servicio.

Dios te tiene reservado un papel fundamental en su misión global. Pero este papel solo será significativo si eres capaz de seguir el ejemplo de servicio de Jesús, lo cual es difícil incluso en las mejores circunstancias, pero especialmente desafiante en lugares desconocidos. Sin embargo, Dios llama a todos los cristianos a esta vida y nos asegura que nunca seremos más semejantes a Jesús que cuando servimos.

Tú eres mi siervo;

Yo te he elegido y no te he rechazado. Así que no temas, porque yo estoy contigo; No os desaniméis, porque yo soy vuestro Dios.

Yo te fortaleceré y te ayudaré; Yo te sostendré con mi diestra justa.
(Isaías 41:9-10)

Notas

Capítulo 1: El servicio: sus cargas y desafíos

¹Craig Storti, *Diálogos interculturales* (Yarmouth, Me.: Intercultural Press, 1994), pág. 47.

Capítulo 2: El servicio: Elegir entre la toalla o la túnica

¹James C. Edgar, “Dress”, en *Wycliffe Bible Dictionary*, ed. Charles F. Pfeiffer, Howard F. Vos y John Rea (Peabody, Mass.: Hendrickson, 1975), pág. 481.

ZB. O. Banwell, “Pie”, en *New Bible Dictionary*, ed. JD Douglas, 3.^a ed. (Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 1997), pág. 380.

Capítulo 3: Humildad: La postura del siervo

¹Retomo este relato de un libro anterior para destacar otro punto. La historia apareció originalmente en mi libro *Conexiones Interculturales* (Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 2002), pág. 14. Según tengo entendido, Ann Templeton Brownlee es la autora original del cuento del mono y el pez. No pude encontrar la fuente. La versión que aparece en el texto es mía, y desconozco hasta qué punto coincide con la de la Sra. Brownlee.

Véase Kenneth Wuest, “Humility”, en *Studies in the Vocabulary of the Greek New Testament* (Grand Rapids: Eerdmans, 1945), pp. 100-105.

³*Ibid.*, pág. 101.

⁴Esta visión negativa de la humildad se basa en conversaciones con

creyentes en antiguos países comunistas de Europa Central y Oriental, así como en China.

⁵Philip Yancey, “Las muchas caras de la humildad”, Christianity Today, 4 de diciembre de 2000, pág. 96.

⁶Ibídem.

⁷William Barclay, Cartas a Filipenses, Colosenses y Tesalonicenses (Edimburgo: Saint Andrew's Press, 1960), pág. 40.

⁸Richard G. Capen Jr., Vivir los valores que te llevan lejos (Nueva York: Harper, 1996), pág. 80.

⁹“Informe Willowbank: Evangelio y cultura”, Documentos ocasionales de Lausana 2 (Comité de Lausana para la Evangelización Mundial, 1978), págs. 15-16.

¹⁰Millard Erickson, Teología cristiana (Grand Rapids: Baker, 1998), pág. 131.

Capítulo 4: Apertura: Dar la bienvenida a los demás a tu presencia

¹David Schuringa, Hoy: El altar familiar, mayo-junio de 2002, 2 de junio de 2002.

La experiencia de los visitantes europeos me la contó Ryan Smith, quien llevó al grupo a la iglesia el 12 de julio de 2004.

³Miroslav Volf, Exclusión y abrazo (Nashville: Abingdon, 1996), pág. 29.

⁴Stephen Rhodes, Donde se encuentran las naciones (Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 1998), pág. 134.

⁵Ibid., pág. 135.

⁶Esta historia fue contada por un revisor de manuscritos en julio de 2005, quien aportó valiosas ideas de forma anónima al primer borrador de este libro. Publicado con el permiso del revisor.

⁷ Anoté los resultados del estudio, pero lamentablemente no registré la información bibliográfica. Sin embargo, Malcolm Gladwell, en su libro *Blink* (Nueva York: Little, Brown, 2005), presenta numerosos ejemplos de juicios rápidos, a menudo a nivel inconsciente o preconscious. Lo denomina «análisis superficial», lo que significa que las personas emiten juicios con solo una fracción de la información total disponible y prácticamente sin pensamiento consciente. Gladwell expone tanto las ventajas como las desventajas de esta tendencia.

⁸Abordé la atribución negativa en mi libro *Conexiones Interculturales*. Dado que es una idea tan poderosa y que la atribución negativa tiende a negar o limitar nuestra apertura hacia los demás, es necesario retomarla aquí.

⁹Para una lectura más extensa, consulte la obra del profesor universitario neerlandés Geert Hofstede, *Culturas y organizaciones: El software de la mente* (Nueva York: McGraw-Hill, 1997). Un tema principal de su libro es la evitación de la incertidumbre, que él equipara con la tolerancia a la ambigüedad. Su libro se basa en una amplia investigación.

Investigación sobre culturas corporativas en cincuenta países de tres regiones del mundo. La edición más reciente incluye algunos países de la antigua Unión Soviética. Véanse también las obras de Carley Dodd y William Gudykunst citadas en la bibliografía.

¹⁰Steven B. Sample, *La guía del inconformista para el liderazgo* (San Francisco: Jossey-Bass, 2002), pág. 7.

¹¹Lesslie Newbigin, citado en Rhodes, *Where the Nations Meet*, pág. 58.

Capítulo 5: Aceptación: Comunicar respeto por los demás

¹Carley Dodd, *Dinámica de la comunicación intercultural*, 2.^a ed. (Dubuque, Iowa: Wm. C. Brown, 1987), pág. 224.

ZDallas Willard, *Renovación del corazón* (Colorado Springs, Colo.: NavPress, 2002), pág. 36.

3Les animo a leer las páginas 91-97 de mi libro, *Conexiones Interculturales* (Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 2002), donde trato el concepto básico de aceptación.

⁴Gary Smalley y John Trent, citados en Stephen Rhodes, *Where the Nations Meet* (Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 1998), pág. 42.

⁵Ibíd.⁶Ibídem.

⁷Ibíd., pág. 44.

⁸Darrow Miller, *Servanthood: The Vocation of the Christian*, A Monograph (Scottsdale, Arizona: Food for the Hungry, 1991), pág. 109.

⁹“¿Por qué el Holocausto?”, entrevista con Helmut Thielicke, *Christianity Today*, 27 de enero de 1978, pág. 8.

¹⁰Ibíd., pág. 10.

¹¹Ibíd., pág. 11.

¹ZC. S. Lewis, “El peso de la gloria”, en *The Essential CS Lewis*, ed. Lyle W. Dorsett (Nueva York: Collier, 1988), pág. 369.

¹³Véase TF Pettigrew, “Estilos cognitivos y comportamiento social”, en *Review of Personality and Social Psychology*, ed. L. Wheeler (Beverly Hills, California: Sage, 1982), 3:200. Si desea realizar un breve cuestionario para ayudarle a determinar su propia amplitud de categoría, puede encontrar uno en William Gudykunst, *Bridging Differences*, 4.^a ed. (Thousand Oaks, California: Sage, 2004), pág. 175; Robert Detwiler, “Cultura, amplitud de categoría y atribuciones”, *Journal of Cross-Cultural Psychology* 11 (1978); y Robert Detwiler, “Interacción intercultural y el proceso de categorización”, *International Journal of Intercultural Relations* 4 (1980).

¹⁴Pettigrew, “Estilos cognitivos”, pág. 207; véase también Gudykunst, *Superando diferencias*, págs. 17-18, 173-75.

¹⁵Robert Detwiler, “Sobre la inferencia de las intenciones de una persona a partir de otra cultura”, *Journal of Personality* 43 (1975): 600.

¹⁶Carley H. Dodd, *Dinámica de la comunicación intercultural*, 5.^a ed. (Nueva York: McGraw-Hill, 1998), pág. 275.

¹⁷*Ibid.*, pág. 179.

¹⁸E. Zerubavel, *La línea fina* (Nueva York: Free Press, 1991), pág.

34. ¹⁹Gudykunst, *Superando las diferencias*, pág. 162.

²⁰Véase “Expresiones de adoración: de lo elevado a lo popular”, en mi libro *Conexiones interculturales*, págs. 182-190.

²¹David W. Johnson, *Reaching Out* (Englewood Cliffs, NJ: Prentice-Hall, 1972), págs. 129-31.

²²Sherwood G. Lingenfelter y Marvin K. Mayers, *Ministering Cross- Culturally*, 2.^a ed. (Grand Rapids: Baker, 2003), págs. 66-67

Capítulo 6: Confianza: Cómo generar confianza en las relaciones

¹Ann T. Fraker y Larry C. Spears, eds. *Buscador y servidor: Reflexiones sobre el liderazgo religioso* (San Francisco: Jossey-Bass, 2001), pág. 89.

Esta ilustración también se utiliza en mi libro *Conexiones Interculturales* (Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 2002), págs. 36-37.

3He seleccionado algunos versículos maravillosos del libro de los Salmos que hablan de la fidelidad de Dios: Sal 36:5; 89:1, 24; 92:2; 119:86, 90, 138. También de los Salmos, versículos que nos invitan a confiar en Dios: Sal 40:4; 73:28.

⁴Richard G. Capen Jr., *Vivir los valores que te llevan lejos* (Nueva York: Harper, 1996), págs. 70, 75.

⁵Véase *Conflicto intercultural*, donde trato en detalle cómo manejar los conflictos.⁶La mayoría de los mediadores en este contexto serían hombres.

Capítulo 7: Aprendizaje: Buscar información que te transforme

¹Repito esta historia porque aún percibo las mismas actitudes persistentes, especialmente entre mi generación (mayor). También las he notado en misioneros que han viajado desde países del Tercer Mundo (por ejemplo, India, Camboya, Bolivia, Zambia). Por lo tanto, me inclino a pensar que se trata de una tendencia humana que aún requiere atención.

Aquí utilizo el término «educación» en su sentido más común. Suelo diferenciar entre educación y escolarización para mayor precisión. Una mayor escolarización no implica necesariamente una mejor formación. En mi opinión, muchas personas con un alto

nivel educativo no están bien formadas. Sin duda, las personas educadas se caracterizan por el conocimiento. Pero, además, se caracterizan por la humildad, que las mantiene abiertas al aprendizaje de los demás a lo largo de su vida. También se caracterizan por ser buenas practicantes de lo que saben. Muchos argumentan que saber sin hacer no es saber. Así, todos lidiamos con el problema de los fariseos, que conocían la verdad pero no la practicaban (Mt 23).

Soy consciente de que podemos aprender sobre las personas estando inmersos en su cultura. Esto se puede lograr leyendo, tomando clases, observando arte o utilizando otros medios para obtener información. Si bien esto puede ser útil y legítimo, no nos pone en contacto directo con la gente; existen limitaciones e incluso peligros.

⁴Daniel J. Kealey, “El desafío de la selección de personal internacional”, Manual de capacitación intercultural, ed. D. Bhagat Landis y RS Bhagat Landis (Thousand Oaks, California: Sage, 1996), págs. 84-89. Kealey ha dejado de usar el término "realista" en sus investigaciones recientes porque ha resultado demasiado difícil de medir con precisión. Sin embargo, yo sigo usándolo como un descriptor que nos alerta sobre el hecho de que la vida tiene altibajos en todas partes. Por lo tanto, es más probable que evitemos los extremos de ser excesivamente positivos o excesivamente negativos sobre vivir en otra cultura.

⁵Reuel L. Howe, El milagro del diálogo (Minneapolis: Seabury, 1963), págs. 36, 37.

⁶Escribo desde mi perspectiva estadounidense; sé que la mayoría de la fuerza misionera proviene ahora de los países del Tercer Mundo, que también experimentan estas mismas realidades. Sin embargo, necesitan expresarse por sí mismos sobre estos temas. Al hacerlo, aprenderemos qué es universal para la humanidad en el intercambio cultural y qué puede ser específico de cada cultura.

Capítulo 8: Aprendiendo los fundamentos bíblicos para el cambio

¹Paul Enns, El manual de teología de Moody (Chicago: Moody Press, 1989),
pág. 332; y Millard J. Erickson, Teología cristiana, 2.^a ed. (Grand Rapids: Baker, 1998), pág. 321.

2Louis Berkhof, Teología sistemática, 4.^a ed. (Grand Rapids: Eerdmans, 1941),
pág. 436.

Romanos 1:20 continúa diciendo que él ha revelado su “eterno poder y naturaleza divina”, y que estos “se han visto claramente, siendo entendidos por medio de lo creado, de modo que los hombres no tienen excusa”. El texto afirma claramente que quienes no conocen a Cristo no tienen excusa para rechazarlo. Por lo tanto, el pueblo de Dios, quienes siguen a Cristo, deben compartir el evangelio de la gracia salvadora de Dios a través de su Hijo Jesús para que las personas se arrepientan y se conviertan en adoradores del único Dios verdadero. La gracia común, que reconoce la existencia y la bondad de Dios en el mundo que nos rodea, tiene como propósito guiar a las personas a recibir su gracia especial de salvación mediante la obra convincente del Espíritu Santo y a volverse a Cristo, la solución a nuestro problema del pecado (Juan 16:8-11).

⁴Si desconoce o no comprende el valor fundamental que la vergüenza, la pérdida de prestigio y el honor tienen en muchas culturas del mundo, le conviene informarse sobre el tema para evitar conflictos graves y dañar relaciones sin darse cuenta. El conocimiento de las culturas basadas en la vergüenza guiará sus conversaciones, le ayudará a manejar conflictos, le protegerá al lidiar con las diferencias culturales y le permitirá construir relaciones sólidas y alcanzar otros objetivos con mayor eficacia. Le recomiendo comenzar con mi libro Conflicto Intercultural

(Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 2002).

⁵Véase Hechos 4:32; 15:22; Romanos 12; 1 Corintios 12; véase también Millard Erickson, Teología Cristiana, 2.^a ed. (Grand Rapids: Baker, 1998), págs. 1096-97; «Sacerdocio» y «Sacerdotes y levitas» en Enciclopedia Bíblica Baker, ed. Walter Elwell, (Grand Rapids: Baker, 1988), 2:1754-64.

⁶Paul Goring, “¿Qué se necesita para comunicarse?” Decision, enero de 1991, págs. 27-28.

⁷Encontré esta cita de William Stringfellow en Friend's Journal. No tengo más información. También se puede encontrar en el sitio web de la Asociación Internacional de Escucha en www.listen.org/quotations/máscitas.html.

⁸Carl Rogers, citado en David W. Johnson, Reaching Out (Englewood Cliffs, NJ: Prentice-Hall, 1970), págs. 129-31.

⁹Gladis DePree, El viento de primavera (Nueva York: Harper & Row, 1970), pág. 100.

Capítulo 9: Comprender: Ver a través de los ojos del otro

¹Sherwood G. Lingenfelter y Marvin K. Mayers, Ministering Cross-Culturally, 2.^a ed. (Grand Rapids: Baker, 2003), pág. 23.

William Gudykunst y Young Yun Kim, Comunicación con extraños (Nueva York: McGraw-Hill, 1992), pág. 15.

³Cornelius Osgood, Los chinos: Un estudio de una comunidad de Hong Kong (Tucson: University of Arizona Press, 1975), pág. 15.

⁴David Hesselgrave, Comunicando a Cristo de forma intercultural

(Grand Rapids: Zondervan, 1978), pág. 69.

⁵Robert Selman lo denomina toma de perspectiva, aunque a veces se le llama perspectivismo (The Promotion of Social Awareness [Nueva York: Russell Sage Foundation, 2003]). Una idea afín es el multicentrismo, que es lo opuesto al egocentrismo. La «transformación de la perspectiva» de Jack Mezirow se basa, en cierta medida, en la capacidad de adoptar la perspectiva de otro para transformar la propia (Transformational Dimensions of Adult Learning [San Francisco: Jossey-Bass, 1991]).

⁶Los investigadores han identificado muchas más barreras para la comprensión intercultural.

⁷Carley Dodd, Dinámica de la comunicación intercultural, 5.^a ed. (Boston: McGraw-Hill, 1998), pág. 276.

⁸W. G. Sumner, Folkways: A Study of the Sociological Importance of Usages, Manners, Customs, Mores and Morals (Boston: Ginn, 1941), pág. 13

⁹Gladis Depree, El viento de primavera (Nueva York: Harper & Row, 1970), pág. 5.

¹⁰Los antropólogos llaman perspectiva émica a la perspectiva de quienes están dentro del grupo; la perspectiva ética es ver como ve el observador externo.

¹¹Para obtener más información sobre la empatía, consulte William B. Gudykunst, Bridging Differences, 4.^a ed. (Thousand Oaks, California: Sage, 2004), págs. 260-64. Véase también Carley Dodd, Dynamics of Intercultural Communication, 5.^a ed. (Nueva York: McGraw-Hill, 1998), págs. 178, 193, 202-4.

¹²Dodd, Dinámica de la comunicación intercultural, pág. 87.

¹³Cada cultura tiene maneras en que se puede romper el contrato no escrito entre patrón y cliente.

¹⁴Véase el capítulo 15 sobre individualismo y colectivismo en mi libro *Cross-Culture Connections* (Downers Grove, Illinois: InterVarsity Press, 2002).

¹⁵Jason Saunders, ponencia presentada para el curso de Ministerios Educativos 643, Wheaton College, Wheaton, Illinois, noviembre de 1997.

¹⁶Paulo Freire, *Educación para la Conciencia Crítica* (Nueva York: Continuum, 1973), pág. 38. La postura que describe Freire da como resultado lo que Hiebert denomina «contextualización acrítica»: la idea de que podemos imponer el evangelio a otra cultura sin intentar conocerla ni comprenderla. Históricamente, esto se denominó «colonialismo» o «paternalismo», términos considerados opresivos y anticristianos. Véase Paul G. Hiebert, *Perspectivas Antropológicas para Misioneros* (Grand Rapids: Baker, 1985), págs. 185-191.

Capítulo 10: Servir: Llegar a ser como Cristo para los demás

¹Ted Engstrom, “Busca lo improbable”, en *International Bible Society*, diciembre-enero 1989-1990, págs. 3-4, citado en Ted W. Engstrom y Robert C. Larson, *El arte de la amistad* (Nashville: Thomas Nelson, 1985).

La historia de la mujer filipina fue relatada por una joven miembro del personal de Juventud con una Misión en Kailua-Kona, Hawái, durante mi ciclo de conferencias “Cultura, Valores y Educación”, en la Universidad de las Naciones, el 16 de diciembre de 2002.

³La historia de la joven asiática que apoyó la barbilla en el hombro de un desconocido fue relatada por una joven miembro del personal de Juventud con una Misión en Kailua-Kona, Hawái,

durante mi ciclo de conferencias “Cultura, Valores y Educación”, en la Universidad de las Naciones, el 16 de diciembre de 2002.

⁴Jim Unger, “Herman”; la única fecha que se da es el 3 de junio.

Capítulo 11: El servidor y el liderazgo

¹Joe Stowell, Proclaim, WMBI, 4 de diciembre de 2004.

En este libro he hablado del orgullo, que considero el enemigo sutil y siempre presente de la humildad, pero la Biblia utiliza términos muy enérgicos para instar a la vigilancia a la hora de protegernos contra él.

³Lawrence Richards, Teología de la educación cristiana (Grand Rapids: Zondervan, 1980), pág. 133.

⁴Francis Schaeffer, No Little People, No Little Places (Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 1974), pág. 25.

⁵Conozco varios casos en los que el buen liderazgo local de la iglesia ha sido desviado hacia puestos más lucrativos en ONG cristianas (organizaciones no gubernamentales), privando así a la iglesia de talento local. Pero también conozco situaciones en las que a los misioneros les resulta difícil confiar en los líderes locales o cederles el protagonismo para que desarrollen sus dones. Abundan los factores que complican la situación, por lo que las generalizaciones son peligrosas.

Capítulo 12: El sirviente y el poder

¹Abraham Zaleznik, “Gerentes y líderes”, en Harvard Business Review on Leadership, ed. Henry Mintzberg, John P. Kotter y Abraham Zaleznik (Boston: Harvard Business School Press, 1998), pág. 63.

ZMaxie Dunnam, El libro de ejercicios sobre disciplinas espirituales (Nashville: Upper Room, 1984), pág. 101.

3C. Gene Wilkes, Descubriendo los secretos del liderazgo de servicio en la vida de Cristo (Wheaton, Ill.: Tyndale House, 1998), pág. 102.

⁴Digo «juntos» porque en Mt 20:20 se indica que la madre hablaba y en Mc 10:35-39 se indica que Santiago y Juan hablaban. Esto me indica que la madre y sus dos hijos estaban de acuerdo.

Capítulo 13: El sirviente y el misterio

¹Véase Stephen Motyer, “Mystery”, en Evangelical Dictionary of Theology, ed. Walter Elwell (Grand Rapids: Baker, 1984), pág. 742.

Bibliografía

Athen, Gary. *American Ways*. Yarmouth, Maine: Intercultural Press, 1988.

Banwell, BO, "Pie". En *New Bible Dictionary*, editado por JD Douglas, 3.^a ed. Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 1997.

Barclay, William. *Cartas a los Filipenses, Colosenses y Tesalonicenses*. Edimburgo: Saint Andrew Press, 1959.

Bennis, Warren. *Por qué los líderes no pueden liderar*. San Francisco: Jossey-Bass, 1990.

Berkhof, Louis. *Teología sistemática*. 4.^a ed. Grand Rapids: Eerdmans, 1941.

Black, JS y HB Gregersen. "Antecedentes de la adaptación intercultural de los expatriados en asignaciones en la Cuenca del Pacífico". *Human Relations* 44 (1991).

Borden, George A. *Orientación cultural*. Englewood Cliffs, NJ: Prentice-Hall, 1991.

Brueggemann, Walter. *La palabra creativa*. Filadelfia: Fortress, 1982.

Burns, J. Patout, ed. *Antropología teológica*. Filadelfia: Fortress, 1981.

Capen, Richard G., Jr. *Vivir los valores que te llevan lejos*. Nueva York: Harper, 1996.

Condon, John C. Con respecto a los japoneses, editado por George C. Renwick. Interact. Yarmouth, Maine: Intercultural Press, 1984.

Covey, Stephen R. Liderazgo centrado en principios. Nueva York: Simon & Schuster, 1991.

DePree, Gladis. El viento de primavera. Nueva York: Harper & Row. 1970.

Dinges, NG y KD Baldwin. «Competencia intercultural: una perspectiva de investigación». En Manual de formación intercultural, editado por D. Bhagat Landis y RS Bhagat Landis. Thousand Oaks, California: Sage, 1996.

Dodd, Carley H. Dinámica de la comunicación intercultural. 5.^a ed. Nueva York: McGraw-Hill, 1998.

Dorsett, Lyle W., ed. Lo esencial de C.S. Lewis. Nueva York: Macmillan, 1988.

Dunnam, Maxie. El libro de ejercicios sobre disciplinas espirituales. Nashville: The Upper Habitación, 1984.

Elmer, Duane H. Conflicto intercultural: Construyendo relaciones para un ministerio eficaz. Downers Grove, Illinois: InterVarsity Press, 1993.———. Conexiones interculturales: Salir y encajar en todo el mundo. Downers Grove, Illinois: InterVarsity Press, 2002.

Elmer, Duane H., y Lois McKinney, eds. Con la mirada puesta en el futuro: Desarrollo y misión en el siglo XXI. Monrovia, California: MARC, 1996.

Edgar, James C. “Vestimenta”. En Diccionario Bíblico Wycliffe. Editado por Charles F. Pfeiffer, Howard F. Vos y John Rea. Peabody, Massachusetts: Hendrickson, 1975.

Engstrom, Ted. “Busca lo improbable”. En Sociedad Bíblica Internacional, diciembre-enero de 1989-1990.

Enns, Paul. Manual de teología de Moody. Chicago: Moody Press, 1989.

Erickson, Millard J. Teología cristiana. 2ª ed. Grand Rapids: Baker, 1998.

Ferris, Robert F. “El servicio, el suyo y el nuestro”. Conferencias impartidas en la Conferencia Anual de la Misión Bautista Conservadora, Ciudad de Tagaytay, Filipinas, 1984.

Fitzsimmonds, FS “Humildad”. En Nuevo Diccionario Bíblico, editado por JD Douglas. Grand Rapids: Eerdmans, 1962.

Foster, Richard, Celebración de la disciplina. Nueva York: Harper Collins, 1988.

Fox, Christine. “La autenticidad de la comunicación intercultural”. Revista Internacional de Relaciones Interculturales 21, n.º 1 (1997).

Fraker, Ann T., y Larry C. Spears, eds. Buscador y servidor: Reflexiones sobre el liderazgo religioso. San Francisco: Jossey-Bass, 1996.

Freire, Paulo. Educación para la conciencia crítica. Nueva York: Continuum, 1973.

Goring, Paul. “¿Qué se necesita para comunicarse?” Decision, enero de 1991.

Gudykunst, William B. Superando las diferencias. 4.^a ed. Thousand Oaks, California: Sage, 2004.

Gudykunst, William B., y Stella Ting-Toomey. Cultura y comunicación interpersonal. Thousand Oaks, California: Sage, 1988.

Gudykunst, William B., y Young Yun Kim. Comunicación con desconocidos. Menlo Park, California: Addison-Wesley, 1984.

———. Comunicación con extraños. 2.^a ed. Nueva York: McGraw-Hill, 1992.

———. Lecturas sobre cómo comunicarse con extraños. Nueva York: McGraw-Hill, 1992.

Gudykunst, William B., Lea P. Stewart y Stella Ting-Toomey (eds.). Comunicación, cultura y procesos organizacionales. International and Intercultural Communication Annual 29. Thousand Oaks, California: Sage, 1985.

Harris, John. Facilitando a otros: Una visión cristiana del liderazgo. Alabaster, Alabama: Smokey Road, 2003.

Hawes, Frank y Daniel J. Kealey. «Un estudio empírico de la asistencia técnica canadiense: adaptación y eficacia en las asignaciones en el extranjero». Revista Internacional de Relaciones Interculturales, n.º 4 (1981).

Hiebert, Paul G. Perspectivas antropológicas para misioneros. Grand Rapids: Baker, 1985.

———. Implicaciones misiológicas de los cambios epistemológicos: Afirmar la verdad en un mundo moderno/posmoderno. Harrisburg, Pensilvania: Trinity Press International, 1999.

Hoekema, Anthony A. Creados a imagen de Dios. Grand Rapids: Eerdmans, 1986.

Hopler, Tom y Marcia Hopler. Alcanzando el mundo vecino. Downers Grove, Illinois: InterVarsity Press, 1993.

Howard, C. “Perfil del gerente expatriado del siglo XXI”. Relaciones Humanas (1992).

Howe, Reuel L. El milagro del diálogo. Minneapolis: Seabury, 1963.

Huxley, Aldous. A lo largo del camino. Freeport, NY: Books for Libraries Press, 1972.

Johnson, David W. Reaching Out. Englewood Cliffs, NJ: Prentice Hall, 1972.

Kealey, Daniel J. «El desafío de la selección de personal internacional». En Manual de formación intercultural, editado por D. Bhagat Landis y RS Bhagat Landis. Thousand Oaks, California: Sage, 1996.

———. Eficacia intercultural: un estudio de asesores técnicos canadienses en el extranjero. Hull, Quebec: Agencia Canadiense de Desarrollo Internacional, 1990.

Kohls, L. Robert. Desarrollo de la conciencia intercultural. Washington, DC: SIETAR, 1981.

———. Kit de supervivencia para vivir en el extranjero. 2.^a ed. Yarmouth, Maine: Intercultural Press, 1984.

Kohls, L. Robert y John M. Knight. Desarrollando la conciencia intercultural. 2.^a ed. Yarmouth, Maine: Intercultural Press, 1994.

Lewis, CS El peso de la gloria y otros sermones. Nueva York: Macmillan, 1949.

Lingenfelter, Sherwood G., y Marvin K. Mayers. Ministerio intercultural. 2.^a ed. Grand Rapids: Baker, 2003.

Mezirow, Jack. Dimensiones transformadoras del aprendizaje de adultos. San Francisco: Jossey-Bass, 1991.

Miller, Darrow L. El servicio: La vocación del cristiano, una monografía. Scottsdale, Arizona: Food for the Hungry, 1991.

Motyer, Stephen. “Misterio”. En Diccionario evangélico de teología, editado por Walter Elwell. Grand Rapids: Baker, 1984.

Osgood, Cornelius. Los chinos: Un estudio de una comunidad de Hong Kong. Tucson: University of Arizona Press, 1975.

“Perfil de la persona interculturalmente eficaz”. Centro para el Aprendizaje Intercultural (2000).

Richards, Lawrence. Teología de la educación cristiana. Grand Rapids: Zondervan, 1980.

Rhodes, Stephen A. Donde se encuentran las naciones: La Iglesia en un mundo multicultural. Downers Grove, Illinois: InterVarsity Press, 1998.

Sample, Steven B. La guía del inconformista para el liderazgo. San Francisco: Jossey-Bass, 2002.

Schaeffer, Francis. Ni gente pequeña, ni lugares pequeños. Downers Grove, Illinois: InterVarsity Press, 1974.

Selman, Robert. La promoción de la conciencia social. Nueva York: Fundación Russell Sage, 2003.

Sproul, RC En busca de la dignidad. Ventura, California: Regal Books, 1983.

Stewart, Edward C., y Milton Bennett. Patrones culturales estadounidenses. Edición revisada. Yarmouth, Maine: Intercultural Press, 1991.

Storti, Craig. Diálogos interculturales. Yarmouth, Maine: Intercultural Press, 1994.

Stowell, Joseph. Proclamación, WMBI, 4 de diciembre de 2004.

Sumner, WG. Costumbres populares: Un estudio de la importancia sociológica de los usos, modales, costumbres, tradiciones y moral. Boston: Ginn, 1941.

VanGemeran, Willem A. "Justicia". En Baker Encyclopedia of the Bible, editada por Walter A. Elwell. Vol. 2. Grand Rapids: Baker, 1988.

Volf, Miroslav. Exclusión y abrazo. Nashville: Abingdon, 1996.

———. Vivir en el extranjero. Nueva York: Free Press, 1984.

“Informe Willowbank: Evangelio y cultura”. Documentos ocasionales de Lausana 2. Comité de Lausana para la Evangelización Mundial, 1978.

Wuest, Kenneth S. Estudios sobre el vocabulario del Nuevo Testamento griego. Grand Rapids: Eerdmans, 1945.

Wenzhong, Hu y Cornelius L. Grove. Encuentro con los chinos. Yarmouth, Maine: Intercultural Press, 1991.

Wilkes, C. Gene. Jesús sobre el liderazgo: Descubriendo los secretos del liderazgo de servicio a partir de la vida de Cristo. Wheaton, Illinois: Tyndale House, 1998.

Yancey, Philip. “Las muchas caras de la humildad”. Christianity Today, 4 de diciembre de 2000.

Zaleznik, Abraham. «Gerentes y líderes». En Harvard Business Review on Leadership, editado por Henry Mintzberg, John P. Kotter y Abraham Zaleznik. Boston: Harvard Business School Press, 1998.

Zerubavel, E. La delgada línea. Nueva York: Free Press, 1991.

"MISSIONARIES COULD MORE EFFECTIVELY MINISTER IF THEY DID NOT THINK THEY WERE SO SUPERIOR TO US."

The last thing we want to do in cross-cultural ministry is to offend people in our host cultures. Unfortunately, all too often our actions inadvertently communicate superiority, paternalism, imperialism and arrogance. How can we minister in ways that are received as true Christlike service?

Cross-cultural specialist Duane Elmer gives Christians practical guidance for serving internationally with sensitivity and humility. With careful biblical exposition and keen cross-cultural awareness, he shows how our actions and attitudes often contradict and offend local cultural sensibilities. He offers principles and guidance for avoiding misunderstandings and building relationships in ways that honor host cultures.

Whether you're going on your first short-term mission trip or ministering overseas for extended periods, this useful guide is essential reading for anyone who wants to serve effectively in international settings with grace and sensitivity.

"This book should be required reading for every Christian seeking to serve cross-culturally, whether in a long-term or short-term capacity."

PAUL BORTHWICK, author of *How to Be a World-Class Christian* and *A Mind for Missions*

"This is not another book of quick and easy formulas to be applied in specific situations. It is a call to a new way of relating to one another and to those around us."

PAUL G. HIEBERT, Distinguished Professor of Mission and Anthropology, Trinity Evangelical Divinity School, and author of *Incarnational Ministry*

"*Cross-Cultural Servanthood* offers short-termers and career missionaries a wise and practical guide on how to serve God and others."

MICHELE RICKETT, founder and president, Sisters In Service, and coauthor of *Daughters of Hope*

"Simply put, this marvelous book opens significant doors to more effective cross-cultural service. If all missionaries lived out the lessons Elmer presents, the effect on missionary service and outreach—not to mention the church—would be incalculable."

SCOTT MOREAU, department chair and professor of intercultural studies, Wheaton College, and coauthor of *Introducing World Missions*

Duane Elmer is the G. W. Alden Professor of International Studies at Trinity Evangelical Divinity School in Deerfield, Illinois. In addition to traveling and teaching in over seventy-five countries, he has provided cross-cultural training to people from Fortune 500 companies, relief and development agencies, mission organizations, churches, and educational institutions. He has also conducted peace and reconciliation efforts in several countries. He is the author of *Cross-Cultural Conflict* and *Cross-Cultural Connections*.

RELIGION / Christian Ministry / Missions

ISBN 978-0-8308-3378-8



9 780830 833788